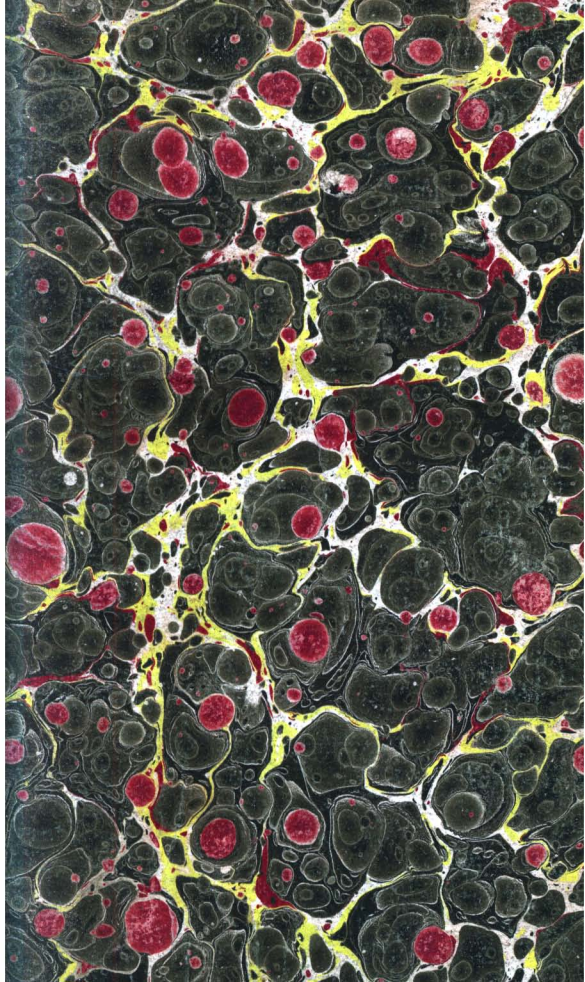








BIBLIOTECA GENERAL

OBRA DONADA POR:

J. L. ESTRADA

18276

D/3761

BIBLIOTECA

DEL

MEDIO-DIA.

—

SEGUNDA EPOCA.

TOMO XIV.

LA GUERRA DEL NIZAM.

LA GUERRA DEL NIZAM,

ESCRITA EN FRANCES

POR

M. MERY.

TRADUCIDA AL CASTELLANO,

POR

C. N. M.

TOMO III.

MALAGA:

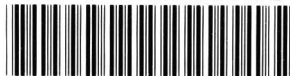


Enero 8 de 1850.

C. N. Muñoz, editor.

**Imprenta y librería, de D. Francisco Gil de
Montes, calle de Cintería, núm. 3.**

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104988586

X-66-143644-1

Es propiedad del editor.



XIII.

El día siguiente.

*Noctem minacen et in
scelus eruptucram fors
lenitivi.*

TACITO.

Una circunstancia desconocida hizo abortar la esplosion de crímenes preparados para aquella noche, pues no era dado dudar de la sagacidad de Nizam. Los soldados emboscados entre los bambous del estanque vecino no oyeron la señal de su coronel. Sir Edward veló hasta el alba, tendido entre las yerbas, bajo las ventanas de Octavia, con Nizam y doce valie

tes cipayos, robustos y diestros como ellos.

Los Taugs no se presentaron.

Antes de la puesta de las última estrellas, el coronel Douglas ordenó que todos sus soldados, en lugar de entrar en sus acantonamientos, se ocultasen en los maderos mas tenebrosos y menos frecuentados de las dos selvas de Nerbudda y que permaneciesen allí hasta nueva orden. Nizam aprobó aquel plan, y dijo á Douglas. Fiaos en mí, mi coronel, os pongo mi cabeza por garantía. Los Taugs no han atacado la habitacion esta noche, pero no han renunciado á su proyecto; yo los conozco. No hay que dormirse, velemos siempre.

A la salida del sol la habitacion tomó su fisonomía ordinaria. Nadie hubiera adivinado que un ataque y una defensa terrible habian estado en las eventualidades de la noche anterior.

El coronel Douglas entró en los bosques á la cabeza, de sus tropa para de-

signar el mismo los puestos y dar las últimas instrucciones al capitán Moss. Edward no había dejado la terraza de Nerbudda. Los primeros rayos del sol coloraban la cima de los árboles y despertaban las aves. Nizam había partido, llevando siempre consigo sus secretos de exploración.

«Ella duerme—decía Edward en un monólogo mental—duerme con esa dichosa tranquilidad de espíritu que acompaña siempre el sueño de las mugeres.... Para nosotros la trabajosa velada ó el sueño sofocante! oh! las mugeres!!... esta... ese delicioso diablo de raso ha recibido una carta mia ayer; ella ha leído esta carta febril como se lee un periódico inglés, sin hacer atención en el contenido... luego, la hermosa dama ha hecho su tocado de noche; ha liado sus lindos cabellos con una egoísta coquetería, para agradarse á si misma, para disfrutar de su gracia en el sueño. Luego se ha dormido con la sonrisa en los labios, y hasta que

despierte guardará sobre sus mejillas encantadoras, la sonrosada serenidad del querubín!... Si, esas son las mugeres!.... Y yo, si le digese hoy: Señora he velado por vos desde el oscurecer á la aurora, he velado como el perro fiel á la puerta de su amo; he velado con las armas en la mano, porque vos os habeis obstinado en permanecer en una casa rodeada de peligros, y habiamos jurado morir en el umbral de esa casa que es el templo augusto de vuestra belleza... Si yo le digese eso, ella me recompensaria con una sonrisa incrédula ó con una equívocas gracias á la francesa, palabra de los labios, silencio del corazon!... Ella duerme ahí, tras de esa persiana llena de sombra. Y hay aves que pasan por su aliento y vuelan hácia el cielo... Que dichosas son!

En medio de aquel éxtasis de contemplacion, Edward oyó un ruido de pasos acompasados en uno de los caminos que conducian á la habitacion, y se dirigió hácia aquel lado con lentitud.

Era la hora en que se llegaba de Roudjah ó de las habitaciones lejanas de la vecindad, teniendo lugar la partida siempre un poco antes de la salida del sol.

Edward buscó á Douglas en los alrededores, pero el coronel estaba todavía ocupado en sus deberes militares.

—Es imposible—se decia Edward—que sea el nabab; los hemos desterrado á nuestro gusto, á él y á su hija por tres dias. Tres dias son tres siglos, cuando una hora se ha hecho tan preciosa como una mina de oro.

La congetura era falsa; el nabab y miss Arinda llegaban en palanquin..

Edward corrió al encuentro de la jóven dueña de la habitacion, para ayudarla á bajar y ofrecerle el brazo.

Esto vá á complicar terriblemente la situacion,—se dijo—pero hagamos siempre lo que es menester hacer y esperemos lo imprevisto.

Miss Arinda suspendida del brazo de sir Edward con un abandono criollo, hablaba ya, como canta el ave á la aurora, cansada del largo silencio de la noche.

—Sí, sir Edward, decia, esas visitas son muy fastidiosas. Los vecinos son muy poco divertidos; todos cuentan una misma cosa. Hemos pasado la noche en casa de M. Barlow; es un ministro; nos ha leído la Biblia hasta las once de la noche: todavía me estoy durmiendo, mirad. He dicho á mi padre que era menester volver á Nerbudda. Hemos visitado cuatro familias; M. Barlow está encargado de ver las otras. Todas esas gentes vendrán aquí á mis bodas, el domingo próximo. Vuestras señoritas blancas son bien feas; vos no sereis de esa opinion, sir Edward, porque sois blanco. Si yo fuese hombre no podría amar una muger blanca: es una cosa insípida como la leche. Los cuakaros no vendrán á nuestro baile. Tanto mejor! Que diablo de familia! las

señoritas hablan cerrando los ojos y los hombres se estan callados. Porqué son cuakeros esas gentes? yo creo que han cometido algun crimen en su pais y que se les ha condenado á ser cuakeros. Decidme sir Edward, se ha levantado nuestro amigo el coronel?

—Creo que está de cacería en los bosques, miss Arinda; se le ha visto salir al amanecer.

—Solo?

—Oh! miss Arinda, jamás vá solo; se ha hecho acompañar de algunos de vuestros mejores cazadores.

—Es tan imprudente el coronel!

—No creais eso, miss Arinda. Y ademas que peligro puede correr á esta hora?

—Ah! Dios mio! puede haber alguna bestia feroz] que se halla retardado.

—Seria castigada de su pereza por una bala del coronel.

—Sir Edward, direis al coronel Dou-

glas que no podrá verme hasta el mediodía. Los portadores me han despertado con el sol, y M. Barlow me ha dado sueño para dos noches. Voy á llamar mis sirvientas y á reposar. Hasta luego sir Edward, os dejo. Vos vereis al coronel antes que yo, decidle que le prohibirè la caza cuando sea mi marido.

Arinda alargó amigablemente la mano á sir Edward y subió la escalera con una agilidad de gacela.

Edward quedó solo en la terraza, por que el nabab se habia detenido en un cercado inmediato al *chattiram*, para dar algunas órdenes y visitar los nuevos plantíos.

Una mirada escrutadora, habia seguido por entre las persianas, á Edward desde el pie del árbol donde el palanquin de Ariada se habia abierto, hasta la puerta de la habitacion.

Era siempre ese mismo genio infernal que toma un papel en medio de las ecsis-tencias apasionadas y que conduce los pa-

sas ó las miradas en la direccion fatal.

Los que han vivido, saben esto; los que no han hecho mas que como que viven, lo ignoran y acusan de inverosimil al filósofo historiador. La vida de los seres privilegiados es un duelo sin fin contra la maligna inteligencia del acaso.

Octavia lo habia visto todo. Se hubiera dicho que una mano invisible la habia sacado de su sueño en el momento inoportuno y que una voz le habia dicho: *miral!*

Que estraña sonrisa anubló su frente y vino á espirar sobre sus labios pálidos y convulsivos! A aquella sonrisa sucedió una espresion mas estraña aun. Octavia experimentaba esa dolorosa alegría del amor propio que vé cumplirse una prediccion. El acontecimiento esperado destroza el alma, pero se triunfa habiendo fatalmente tenido razon.

—Sí, así está bien! está bien! dijo con la tranquilidad amenazadora de una nube que guarda el tesoro del huracan. No

se podia adivinar mejor una intriga infame en todas sus vergonzosas circunstancias! Cuánto me aplando ahora de no haber obedecido estupidamente á estacarta de mentiras! He visto... Vedlo ahí radiante con su bohemia del Malabar! Que orgulloso está de su conquista! como temblaba su brazo de placer al enlazarlo con el de esa bayadera de cobre mohoso!... Verdaderamente, es necesario vivir, viajar, correr el mundo para conocer á los hombres! Que raza!... Es una muger, y esto les basta!... Ella baila para divertir á los soldados y á los fakires; què importa és una muger! Ella se carga de falsas baratijas como una diosa de pagoda; es una muger! Ella es vieja á los diez y seis años; es una muger! Ella tiene un color de demonio rojizo; es una muger!... Hay hombres que se precian de esa falsa moneda de nuestro secso, en sus inconcebibles pasiones.

Octavia hizo un gesto y llevó la mano á la frente, como para reco-

gerse y arreglar una idea.

Se sentó, se levantó, volvió á sentar y se escribió este billete.

«Sir Edward,

«Vos sois el mas adicto de mis servidores, no es cierto? Cuento pues con vos en toda ocasion.

«Haced ensillar dos caballos y preparar dos palanquines. Quiero visitar los alrededores con mis sirvientas. Vos me escoltareis.

«Ecsijo la mayor celeridad. El sol incomoda ya demasiado. No perdaist tiempo.

«Vuestra muy adicta

Condesa OCTAVIA,»

Hizo llevar el billete, se vistió con precipitacion, llamó sus mugeres de servicio, les dió sus órdenes de partida, y bajó.

—Esta casa está manchada, se dijo, el aire que se respira en ella me mancha á mí misma. Guardémonos bien sin embargo de dejar adivinar en mi rostro ni en mi palabra, una sombra de celos. Como triunfaria! Seamos muger hasta el fin... porque, Dios lo sabe! no estoy celosa; estoy indignada; aborro bajezas y traiciones.

Sir Edward aguardaba á la condesa Octavia, bajo los primeros árboles del camino de Roudjah.

Hubo algun embarazo por ambas partes en esta primera entrevista; mas sin embargo, todo fué disimulado con destreza;

—Está bien! dijo Octavia, sois esacto, sir Edward.

—Habeis mandado, señora, y le obedecido, dijo Edward con ademan respetuoso y encantadora sonrisa.

—A caballo, sir Edward, y haced adelantarse los palanquines para mis sirvientas.

—Los portadores están en su sitio, señora, se han dado todas las órdenes necesarias.

—Está bien, partámos,

—A dónde vamos, señora?

—Me parece, sir Edward, que habeis adivinado el objeto de mi paseo, pues que me esperábais en el camino de Roudjah.

—He creído, señora, que despues del consejo de la noche, os habriais dignado seguir la inspiracion de la carta que he tenido el honor de escribiros.

—Habeis pensado bien, sir Edward, dijo la condesa con un tono de ironía imperceptible; sí, la noche dá consejo. Voy á Roudjah... pero no mas lejos.

—Entonces, señora, no seguireis mas que la mitad de mi indicacion...

—Ah! ya sé lo que quereis decir..... sí, renuncio á las posesiones del coronel Douglas. No se viene á Bengala para buscar los ribazos de Meudon. Dareis las gracias en mi nombre al coronel.

—Señora, he de conducirlos á la posa-

da de las Dulces Horas en Roudjah?

—Mejor quisiera dirijirme á otra parte, dijo Octavia despues de alguna vacilacion; no me agrada ese parador.

—Como no hay allí otro....

Octavia hizo un movimiento que detuvo su caballo.

—Como, sir Edward, esa gran poblacion inglesa no tiene mas que una posada?

—Yo estableceré otra para vos, señora, si es necesario.

La jóven lanzó una estraña mirada á Edward.

—Oh! yo hallaré una casa á mi gusto y haré de ella una posada para mí. Con el dinero se adquiere un palacio en un minuto.

—La casa del capitan Moss está á vuestra disposicion. Moss se halla ausente.

—Sí, me conviene; me apearé en casa del capitan Moss provisionalmente; y an-

tes de la noche habré hallado fácilmente una casa para mí... Dios mío! no es eso lo que me inquieta!

—Teneis otros cuidados, señora?..... permitid....

Octavia escitó su caballo, que tomó la delantera y se alejó de Edward.

—Alguna cosa extraordinaria hay en todo esto pensó Edward; y permaneció pensativo.

No se oía ya mas que el paso cadencioso de los caballos, y el canto monotonó de los portadores de palanquin.

Al llegar á Roudjad, Edward condujo á la jóven y bella viajera á la casa designada, y le ofreció sus servicios.. Octavia le detuvo bruscamente con esta interrogación. —Podeis concederme ocho dias en Roudjah, sir Edward?

—Ocho dias, señora, es imposible!....

—Ah! es imposible!... con que vuestra adhesion es una fórmula epistolar sin consecuencia? pues bien! me contento

con cuatro dias... imposible tambien! y dos dias?.... tambien imposible... Qué asuntos teneis entre manos?... Sir Edward sospecho que sois el gobernador de las Indias, de incognito.

—Es que... señora, he prometido al coronel acompañarle en una cacería esta tarde....

—Ya comprendo; no hablemos mas. La caza debe ser antes que todo..... Adios, sir Edward. Guardaré buen recuerdo de vos.

Edward se inclinó profundamente para saludar, y al incorporarse no vió ya á la condesa; habia entrado en una habitacion con su acompañamiento despues de haber pagado á los portadores.

—Qué muger infernal! se decia así mismo alejándose á paso lento, como he adivinado su pensamiento! ella ha querido sondarme; ha querido saber si marchó al instante para Nerbudda ó si permanezco en Roudjab! La intencion de su astucia es demasiado evidente... Maldicion!... Ser-

vir así de juguete!... Ella viene aquí para ver su joven conde Elona?... y yo soy quien la conduce á la cita!... Ella escogerá alguna casa aislada, y allí, libre de toda vigilancia... nó, no! no disfrutará esa dicha! yo me lo juro á mí mismo.... Oh! yo muero veinte veces, en un solo acceso de desesperacion, á la idea de que esa muger, que acaba de rehusarme una mirada de amistad, vá á prodigar los rayos de su sonrisa y palabras de ternura, que dan el paraíso á un hombre y el infierno á otro!... Veremos! el amor, es una pasion abominable, por que aconseja cosas odiosas... Sin embargo es menester no dejarse estrangular por ese Taug de fuego, que se llama, los celos, segun creo.

Bajo la impresion de estas ideas, Edward se compuso, por decirlo así, una máscara moral que debia disimular á las miradas de otros su turbacion interior. Fingió rasgos tranquilos en su rostro y la serenidad en su mirada; ensayó su voz

como se hace con un instrumento, á fin de tomar el tono natural de los días apacibles de la vida y cuando se juzgó preparado para entablar una conversacion difícil, se dirigió hacia la posada del conde polaco al otro extremo de la poblacion.

Edward tuvo poco trabajo para encontrar al jóven Elona. Se estrecharon cordialmente las manos, y se dirigieron al campo para hablar con mas libertad.

—Ya veis, dijo Elona, que egecuté ciegamente las órdenes de la amistad. Me habeis recomendado que espere y espero.

—Sí, dijo Edward, vuestro sacrificio es magífico, espero que Mr. Tower y su pupila recibirán dentro de poco la visita del coronel Douglas,

—Ah! dijo Elona afectando una gran calma—se celebrará bien pronto el casamiento... tanto mejor! ya es tiempo de que esto concluya....

—No sé bien, como esto acabará, mi querido conde, porque nosotros casi no tenemos tiempo de pensar en esas cosas. La hora es cada vez mas mala..., Os hablo sinceramente... Mas vale estar aquí ocupado en fastidiarse con M. Tower, que pasar noches infernales en Nerbudda.

—Qué quereis decir, sir Edward!

—Lo que quiero decir es bastante claro; os hemos dado el buen puesto y hemos tomado el malo.... Como pasais el tiempo aqui, conde Elona?

—Espero.

—Y nada mas?

—Eso es bastante, sir Edward, segun creo, para morir de fastidio.

—Y la encantadora Amalia? Veamos no está nadie enamorado aquí de la divina griega?

—Nadie la vé aquí, sir Edward, nadie.

—Escepto sin embargo, M. Tower y.....

—Nadie. La señorita Amalia no baja nunca.

—No importa, conde Elona, haria de buena gana un cambio de situacion con vos... Nerbudda es inhabitable.

—Me parece, sir Edward, que aperci-bo à través vuestras reticencias, un pensamiento oculto, muy poco ventajoso pare mi.

—Mi querido conde, decís eso con un aire.....

—Es que no concibo el reproche indirecto que me dirijís, con una oscuridad trasparente. Si estoy en Roudjah, es porque vos me habeis enviado; si permanezco, es por serviros..

—Y tambien un poco por vuestro placer; vamos, mi querido conde, vos sois demasiado valiente y amante de peligro y demasiado celoso de vuestro honor, para permanecer en Capua cuando se degüella en Zama. Es menester que un atractivo inmenso....

—Hablais seriamente, sir Edward?

—Eh! Dios mio! si bromease no reiría.

—Hay pues peligros terribles en la habitacion?

—Bien lo sabeis mi querido conde.....

—Mirad lo que decís, sir Edward, estais en el camino del insulto...

—Es el único camino de este mundo que me sea desconocido, conde Elona.

—Vos dudais de mi valor! Esa duda es una afrenta.....

—Dudo tan poco de él, conde Elona que os invito para una fiesta magnífica esta noche.

—Que fiesta?

—Hablemos bajo, y retirémonos mas aparte. Los árboles mismos se inclinan, escuchan y hablan. Coloquémonos en terreno claro, y matemos el insecto que arrastra bajo nuestros pies... El aire está lleno de oídos de Taug... Conde Elona, la habitacion de Nerbudda está amenazada de un asalto nocturno. Los Taug aguardan las tinieblas y la hora del profundo sue-

ño. Entonces saldrán de los bosques como tigres en dos pies. Escalarán nuestras murallas y caerán entre nuestros sirvientes helados de terror. Creéis que los jóvenes de valor pueden huir de esa escena de espanto, cuando la joven hija de Bengala se incorporará desmelenada sobre su lecho, llamando en su socorro á todos aquellos á quienes honra con su hospitalidad?

—Edward! Edward! me hacéis estremecer.

—Tanto mejor!... Sí, querido conde Elona, se puede dudar de vuestro valor sin injuriaros... Escuchad! escuchad! Veamos, que hareis para probarme que sois valiente? Me citareis vuestra gloriosa hoja de servicios; son evidentes, lo sé; pero son vulgares; por todas partes hay una Polonia y una Francia, valientes como vos!... Os batireis en duelo conmigo; eso no probará nada. El mas oscuro paisano de Francia, recibe riendo á quince pasos una bala. Se forman al sol, cien mil hombres

contra cien mil, con música y tambores; se tiran doce horas cañonazos mal apuntados. Nadie tiembla escepto la tierra. Todo el mundo muere, si es menester, sin una arruga de temor en la frente.. Otra cosa es la fiesta, á la cual os convido. Aquí la fuerza nerviosa falta frecuentemente, y abandona el mas noble valor. La imaginacion es cobarde de noche. Ajax, que valia bastante mas que nosotros, temblaba en las tinieblas. Debemos batirnos con el infierno, tenemos que enlazarnos con reptiles escurridizos de rostro humano, frente contra frente, dientes contra dientes, y oir rugir á nuestros oidos voces monstruosas, y ver lucir sobre nuestras mejillas ojos de tigres negros, y sentir sobre nuestros labios, fétidas mordeduras, llenas de espuma y de veneno! vendreis á esta fiesta, conde Elona?

—Sir Edward, por qué me dirigís una pregunta absurda?

—Para tener una respuesta y no otra pregunta,

—Está bien, yo no respondo.

—Entonces, haré ensillar dos caballos, conde Elona.

—A qué hora partiremos, sir Edward.

—Después de la puesta del sol. Douglas me ha encargado conducir conmigo doce oficiales ingleses para dirigir otros tantos pequeños destacamentos de batidores cipayos. No podemos salir de la población, hasta bien cerrada la noche. El menor incidente puede despertar sospechas. El país cree que la guerra de los Taugs ha terminado, y es menester dejarlo en ese error todo el tiempo que sea posible.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En la puerta del mediodía. Nuestros oficiales saldrán uno á uno y nos esperarán á una milla en el camino, junto á los pozos de Ananta.

—Está entendido, sir Edward.

—Conde Elona, no debemos mostrarnos en la población. Voy á tomar mi habitación de algunas horas en vues.

tra posada y á reposar un poco.

Se estrecharon afectuosamente las manos, y no se separaron hasta el vestíbulo de la posada.

Sir Edward subia solo la escalera, con un abandono somnoliento bien finjido, cuando se halló frente á frente con M. Tower.

—Sir Edward Klerbbs! exclamó M. Tower.

—Eh! justamente es á vos á quien buscaba; venia á haceros una visita de vecino.

—Oh! dijo Tower, ya sabia que estábais en Nerbudda, sir Edward. Nosotros tambien vamos muy pronto á Nerbudda, segun creo, á menos que....

—A menos qué... M. Tower?

—No sé, sir Edward... qué quereis?... esto se embrolla mucho... entremos en mi habitacion, hablaremos con mas comodidad.....

—Con mucho gusto M. Tower... La última vez que os he visto en Londres,

fué en el jardín de White-Hall, si no me engaño....

—Oh! es mi paseo de costumbre, sir Edward: el ministro tiene con frecuencia necesidad de mí, y el *first clerk* está seguro de hallarme siempre en Parliament-Street ó en el parque de Saint-James, siempre próximo á White-Hall. Cómo por lo regular en casa de Rupert, cuando no lo hago con el ministro ó en casa de alguna señora de West-End.

—Monsieur Tower! monsieur Tower! siempre las damas! siempre las damas!

—Y todo bien y honradamente, sir Edward, oh!....

—Está bien! os creemos.... hipocriton!

Tower echó una carcajada y tocó tres veces con la palma de la mano la rodilla de sir Edward que acababa de sentarse.

—Qué excelente ministro hubiérais podido darnos, monsieur Tower, tomándoos solamente el trabajo de presentaros en las

últimas elecciones de Kent, en Greenwich, en concurrencia con M. Hodges.

—Eso es lo que mis amigos me habían aconsejado, dijo Tower pasando del estremo de la risa á la seriedad del hombre de estado. —Había un obstáculo: yo estaba unido á M. Hodges. Hodges ha sido ya nombrado cuatro veces en el West-Kent.

—Pero M. Tower, os quedaba el Middlesex. Allí Parker no es temible; y aun en Westminster, podiais luchar ventajosamente con Leader y Evans.

—Tal vez... Por otra parte sir Edward, tengo poca afición á los negocios... Ya sabeis que los negocios....

—Sí, monsieur Tower, se que los negocios estorban los placeres. Cuando vivimos para los demas, morimos para nosotros. El egoismo es la salud del alma. Yo tambien soy egoista; me agrada escuchar mi vida en el momento que va pasando; el ruido de los otros me distrae.

—Cómo pasais el tiempo en Nerbudda, sir Edward?

—Bastante agradablemente, monsieur Tower. Tenemos nuestras veladas íntimas muy deliciosas.

—Teneis sociedad? hay damas?

—No nos dejan solos, monsieur Tower. Una de estas noches tendremos una gran reunion... Frecuentemente hay estrangeros que no son invitados y que se apoderan de nosotros y nos hacen pasar la noche con ellos... Y vos monsieur Tower, cuales son vuestras diversiones, aquí en Roudjah?

—Oh! nome hableis de eso, sir Edward, no tenemos ni aun la sombra de una sociedad... Muchos soldados, algunas familias inglesas, señoras de un puritanismo descarado; imposible de anudar la menor intriga. Se ven de vez en cuando aquí y allá, en las calles, á traves de las persianas, algunos pares de grandes ojos azules, bajo bucles de cabellos rubios; pero todo aquí es de una gazmoñería repugnante. A la menor palabra de galantería, se os arroja un *shoking* al rostro. En cuanto á

las mugeres cobrizas, son menos salvages; y aun tienen inclinacion á los requiebros: se conoce que no detestan al Europeo blanco y bello, pero tienen un color que desagrada á la vista, sobre todo, cuando como yo se ha habitado el Lancaster por cinco años, y puedo decir, con alguna acogida en los salones.

—Ademas teneis cerca de vos una jóven que os hace delicado en punto á comparacion, monsieur Tower.

—Hablais de mi pupila, la señorita Amalia, dijo Tower tomando un aire singularmente reservado. Sí las brahmanesas no brillarian al lado de ella. Sir Edward, esa jóven, os lo diré en confianza, me da algunas inquietudes. Siento ya haber aceptado mis funciones de tutor,

—Segun creo, monsieur Tower, están en vísperas de terminar.

—No sé, dijo Tower con un acento timbrado de misterio.

—Cómo, no lo sabeis? exclamó Edward admirado.

—Hablemos bajo, sir Edward... vos sois un hombre discreto, un hombre de experiencia, aunque joven....

—Pardiez! somos de una misma edad monsieur Tower.

—Lo creéis así?... Es posible!... Vuestros cabellos están todos negros, es verdad que los míos estaban canos á los veinte y dos años.....

—Eso adorna muy bien una frente diplomática, monsieur Tower.

—Muy bien! dos damas me han dicho lo mismo en los baños de Brighton... Sabreis pues, sir Edward, que esta mañana he recibido una carta de la señorita Amalia.

—Oh! oh! estais en correspondencia epistolar con vuestra pupila, desde la misma casa, monsieur Tower?

—Hablemos seriamente, sir Edward la cosa lo merece... Mi pupila no ha tenido valor para hablarme esta mañana; ella me ha escrito.

—Monsieur Tower, picais mi curiosi-

dad de una manera singular.

—Si os hago esta confidencia, sir Edward, es porque en cambio os ecsijo un consejo. El caso es escabroso.

—Os prometo un consejo.

—Pues bien!... ved aquí la carta, leedla. Vais á quedar confundido de estupefacción. Verdad es que de las mugeres es menester esperarlo todo. Nosotros las conocemos.

—A quién lo decis, monsieur Tower! Veamos la carta.

—Permitid que os la lea, sir Edward... porque creo que hay en ella cinco ó seis líneas un poco aventuradas... *Señor y querido tutor.*

—Querido tutor! eh!

—Una fórmula de política, sir Edward... *Querido tutor, la soledad inspira reflexión. Yo he reflexionado mucho. Me parece que he nacido libre, no es cierto? Mi padre ha muerto en Grecia por la libertad, mi protector lord Byron ha tenido la misma gloria. Y sin embargo se me quiere tratar*

como esclava! Eso es absurdo, injusto y cruel. Se me quiere casar contra mi voluntad: se quiere envenenar mi vida, se quiere que viva muriendo. Pues bien! yo me insurrecciono, no se me matará! Veis qué diablillo, sir Edward?

—Es una Griega, sangre pura de Pericles.

—Prosigamos..... Mi querido tutor, las mugeres no tienen mas que un asunto importante en su vida, el casamiento, y cuando ellas quieren mezclarse un poco en el, se les dice que eso no les corresponde. Pues bien! yo quiero mezclarme en el mio, y no me casaré. Está irrebo cablemente decidido. Sé bien que se me puede reprochar haber dado antes mi consentimiento.... Escuchad esto, sir Edward... y haberme embarcado en Smyrna con una cierta alegría, para casarme en las Indias. Esto es verdad, lo confieso. Pero desde Smyrna á las Indias hay todo el globo, y caminando se puede cambiar de opinion. Yo he cambiado pues. Si se hace violencia á mi resolucion, os ofrezco un lindo desenlace. Por

toda herencia mi padre me ha legado [su puñal; el pomo sellará esta carta y la punta tomará otro camino.

Vuestra etc.

AMALIA

Hubo un momento de silencio. M. Tower metió pomposamente la carta en su cartera, dando á su rostro y á su postura cierta cosa de triunfante y de modesto á la vez; necesaria era la delicada percepción de Edwadr, para traslucir una idea extravagante en el continente y la mirada del tutor.

—Ved ahí lo inesperado! dijo Edward.

—Lo inesperado —repitió Tower con la estupidez de un eco.

—Quien concive semejante locura? monsieur Tower.

Tower apretó los labios, cerró los ojos inclinó la cabeza, redondeó sus brazos como dos asas y calló.

— Ellasale contenta de Smyrna—prosigió Edwar con la maligna intencion de escitar á Tower á manifestar todo su inerci-ble pensamiento—acepta el matrimonio, llega á este puerto al que yo llamaria el puerto del himenco.....

—El puerto del himenco, esa es la palabra, sir Edward.

—Y al llegar rehusa. Eso me asombra M. Tower.

—Ab!

—Ha pasado alguna cosa en la travesía? monsieur Tower, habladme francamente.

—Sir Edward, en la travesía, no ha habido nada de estraordinario... absolutamente nada. Nuestra jóven y be'la pasajera me ha parecido dichosa y satisfecha. Hablábamos con frecuencia sobre cubierta... conversaciones siempre alegres... Yo le he contado una multitud de historietas bastante divertidas. Ella reia como una loca.

—Teniais á bordo algunos oficiales peligrosos, monsieur Tower?

—Todos eran viejos y estúpidos, ah! estúpidos como nadie puede imaginar; lobos de mar.

—Y aquí en Roudjah, habrá ella....

—Oh! sir Edward, en Roudjah no ha visto á nadie... Un instante á ese condesito Elona... un huraño. Conozco á los hombres; este no espeligroso. Cuanto me he engañado con éll he escrito al coronel una carta con este objeto. Observando mejor al conde Elona le he conocido mas a fondo. Por lo demas Amalia y él no se han visto mas que una vez, y esa en mi presencia.

—Entonces, monsieur Tower, no concibo nada; á la verdad.

Tower cruzó los brazos, bajó la cabeza como para disimular una sonrisa, y ensayo á tararear un aire de su invencion.

—Monsieur Tower—dijo Edward saliendo de una finjida meditacion—me autorizais para comunicar todo eso al coronel Douglas?

—Pero —dijo Tower, alargando aquel *pero* á veinte sílabas —yo no veo inconveniente en ello.

—Pobre Douglas!

—Oh! un militar! pronto se consuela.... tiene sus distracciones.... ya concebireis sir Edward que seria imprudente el ostigar hasta el extremo á una jóven... Esta se mataria como lo ha dicho; yo conozco á las mugeres.

—Prepararé al coronel Douglas, monsieur Tower, —dijo Edward levantándose para retirarse.

—Si, preparadlo, preparadlo, sir Edward, con prudencia y con precaucion; hay un modo delicado de manejar estas cosas. Que diablo! yo soy tutor, pero tutor hasta cierto punto, y no traspasaré los límites de mi deber.

—Muy bien! monsieur Tower. Hablais como un hombre de bien... Además, Amalia vuestra pupila, tiene doce mil libras de dote; al extremo de esa suma se halla siempre un esposo.

—Y un esposo de eleccion.

—Vos completez mi pensamiento, monsieur Tower.

Despues de algunas palabras insignificantes cambiadas entre ambos, se separaron como dos antiguos amigos.

Edward, solo en la escalera, reflexionó un instante, y se dijo: todo está claramente explicado; Elona y la pupila se entienden á maravilla. Yo he querido en un acceso de torpes celos, arrebatarse al conde y alejarlo de la condesa Octavia. Mi accion tenia un lado desleal que me repugnaba. Al presente ya es inútil esta accion. Me siento aligerado de un peso. Elona permanecerá aquí. Yo partiré solo y tendré tanto placer en anunciar una buena noticia al coronel Douglas que olvidaré por un instante mi propia desgracia.

Edward descansó algunas horas y hacía la caída de la tarde, encontró al conde Elona ya pronto á montar á caballo.

—Querido conde—le dijo estrechán-

dole la mano—olvidad todo lo que os he dicho; he querido ensayar el alcance de vuestra adhesion, esto me basta conde Elona. Dios me libre de hacer violencia à vuestras costumbres. Permaneced en Roudjah, permaneced. Estamos bastante gente en Nerbudda para hacer frente al enemigo. Os bayais pronto á partir, está bien. No bariais nada mas partiendo.

Edward acompañó estas palabras de un gesto y un acento llenos de una amigable verdad.

—Oh! dijo Elona, con tono resuelto, si vos quereis quedaros sir Edward, yo partiré solo.

—Pero si es inútil, conde Elona, inútil.. .

—Nunca es inútil hacer su deber..... Sir Edward, ni una palabra mas, yo os lo ruego, ni una sola! Estoy á vuestras órdenes....

—Para permanecer?

—Para partir.

Edward se inclinó resignado é hizo sus preparativos.

Al caer la tarde, dos caballeros, seguidos de doce soldados ingleses, marchaban silenciosamente por el camino de la habitacion de Nerbudda.



XIV.

Fantasmas de las noches.

*Procul recedant
Noctium phantasmata!*
(Himno de Visperas)

Una buena noticia no llega jamás demasiado pronto. Así que sir Edward se había hecho preceder en algunas horas por un billete que debía completar la dicha del coronel Douglas. Al dejar á M. Tower, y antes de entregarse al reposo tan merecido, Edward escribió estas líneas:

«Querido coronel Douglas.

«El cartero indiano agita sus planchas

de laton bajo las ventanas de mi posada. Vá á partir á caballo y á atravesar por Nerbudda; lo detengo al vuelo y le doy un billete para vos. Brincad de alegría. Amalia, la muger fuerte, ha dado su *ultimatum* á Tower, el hombre débil. Ved ahí la copia, escrita de memoria, de la carta de nuestra Griega espartana. (Sigue la copia.) Esto os salva. Enviaremos el *ultimatum* al ministro que quiere obstinadamente cruzaros con la sangre de Pericles; apesar del destino. No tememos el suicidio de Amalia, en el sentido en que el remedio á la herida de su puñal está felizmente á nuestra disposicion. Por lo que veo, entreveo y adivino, à traves la colosal estupidez de M. Tower, tipo de los tutores ciegos, el conde Elona no aguarda mas que una ocasion favorable para convertirse en esposo de Amalia. Si el Vulcano magistrado de Grettina Green tuviese su fragua de estado civil en Bengala, este matrimonio estaria ya forjado. Asi pues mi querido Douglas, haced cesar to-

das vuestras inquietudes, todos vuestros escrúpulos, estais salvado segun vuestros deseos. Esto me hace tan dichoso que olvido mis propios sufrimientos. Mi infortunio se borra ante vuestra felicidad.

«Adios, esta noche os llevaré los doce oficiales. Llegaremos en el momento del peligro, si lo hay. Contad conmigo esta noche, como siempre.

«EDWARD.»

Cuando Edward y Elona se pusieron en camino, aquella carta hácia ya mucho tiempo se hallaba en poder de Douglas.

Necesario es seguir ahora, en su aventurero paseo, á nuestros dos jóvenes caballeros, que se dirijen á la habitacion de Nerbudda y que van escoltados de doce soldados en un terreno, en que la oscuridad puede á cada instante convertirse en peligro.

La hora es solemne. Nadie habla; se diría que cada uno quiere sondear las disposiciones amigas ó enemigas de aquellos campos antes de aventurar ninguna palabra.

Nada puede dar una idea de aquellas extrañas soledades, cuando cae la noche con su tristeza y sus estrellas. Aquello no es ni el desierto raso y arenoso, ni la selva espesa. Es un ancho camino perfectamente llano, y sin rodadas; á derecha é izquierda, jardines cultivados, mezclados de bosquecillos de árboles salvajes, y cortados por barrancos, ó por torrentes invisibles rodando y rugiendo. Campos de arroz aquí y allá, sombreados por palmeras, que parecen gigantes conspirando en las tinieblas. Prados inmensos, cargados de esas magníficas flores que se cierran á las estrellas para dormir, y que vuelven á abrirse al sol para amar y vivir. Y jamás una quinta con su humo doméstico; un rayo de luz reflejado sobre transparentes vidrios; un sonido de campanas, un

canto de labrador, un ruido de ruedas, un mugido salido del establo; jamás uno solo de esos incidentes que en nuestros campos de Europa, producen tal encanto y dulce meditacion en la noche.

Ya habian recorrido la mitad del camino cuando el conde Elona se aprocsimó á Edward, y le dijo en voz baja:

—Tengo un presentimiento, sir Edward, temo llegar demasiado tarde.

—No tengais ese temor, mi querido Elona,—dijo Edward con una voz que habia arreglado para aquellas situaciones nocturnas, y que no elevándose mas alto que el soplo, llegaba distintamente al oido de un interlocutor,—no tengais ese temor. Los Taug's tienen las costumbres de las fantasmas, esperan la media noche.

—Sin fanfarronería, sir Edward, tengo curiosidad de ver de cerca esos animales indianos.

—Ah! eso vale la pena. No han sido

clasificados ni por Saavers ni por M. Buffon.

—Quién ha engendrado esos mónstruos, sir Edward?

—Han nacido de tres madres, la política, la religion y la estupidez. Los gefes saben lo que hacen y lo que quieren. La turba vil, obedece á los gefes y á su horrible fanatismo. Mata cuanto encuentra, inglés ó indiano. Hay abominables fakires que creen ganar el paraíso estrangulando un europeo sobre el altar de Deera ó de Dourga. Así que, desgraciados los prisioneros, sobre todo los ingleses.

—Sir Edward, esa historia es bien sombría...

—A quién lo decis? Al presente, miro á Hamlet y á Oteló como farsas. Reiria delante de lady Macbeth. Cenaria con el espectro Banco y valsaría con todas las hechiceras de nuestro gran Williams. Así que, cuando se ha pasado por las emociones de los Taugs, la vida parece sosa. Conde Elona, vos conocéis á mi valiente Ni-

zam pues que habeis viajado con él. Este indiano, ha estado á punto de morir de *espleen*, porque los Taugs hacian falta á su dicha: desde su llegada á Hyderabad, corre los bosques, los valles y las montañas; se ha nombrado inspector de los Taugs. Nizam nos da un aviso, una instruccion, un consejo, y desaparece como el ave; esa es su vida. Cuando háyamos anonadado á esos mónstruos, Nizam morirá de fastidio... Conde Elona, me parece que vuestro caballo está inquieto....

—Sí... sus movimientos no son regulares como hace poco... tal vez habrá recibido alguna picadura... La serpiente *Copra-Capel*, estará adormecida ahora, no es cierto, sir Edward?

—Y hay contagio, Elona... mi caballo tiene miedo tambien... Esa espesura de árboles de allá abajo los ha espantado..... Allí hay una fuente y un bosquecillo delicioso... Allí es donde Nizam ha visto el otro dia á un fakir que pedia limosna á un árbol.

—Habria hecho algun voto?

—Era una astucia. Pero Nizam no se deja engañar por las astucias de los Taug... Mi querido Conde, os anuncio una buena noticia, no estamos mas que á una milla de la habitacion de Nerbudda.

—Cómo! sir Edward, los Taug no temen mostrarse así durante el dia, casi á las puertas de Nerbudda?

—No reunidos. Es un fakir, un labrador, un jardinero; qué quereis que se diga á esas gentes? Se finge no conocerlos... No podreis creer cuantas atenciones nos vemos obligados á tener con los Taug. Hay en Inglaterra un club filantrópico, que nos observa con un cuidado edificante. Cuando los nuestros son degollados, el club halla esto muy natural y no dice nada; nosotros estamos aquí para que nos degüellen. Pero si nosotros colgamos á cualquier Taug, ya es otra cosa: el club recoge el taug, imprime su oracion fúnebre y condena á sus jueces á la ecsecracion de la posteridad indiana.

Esto nos impone una gran circunspeccion, como podeis pensar... Sin embargo, si esos espionages aislados continuan por el lado de esa fuente, agarraremos á los fakires, y á los falsos labradores.

A esta última palabra, se vió levantar lentamente sobre la orilla del camino, un cuerpo humano delgado y diforme, que agitaba unos brazos desmesurados á algunos pasos de los caballos.

Los soldados se detuvieron mirando á sir Edward, como aguardando una órden.

—Ese es el fakir en cuestion,—dijo Edward, con la mayor sangre fria,—el que pide limosna á los árboles;—y añadió en indiano:—señor fakir, quieres dejarnos libre el paso, ó te envio con los espíritus de las malas noches?

El fakir agitó la cabeza, como si hubiese dado vueltas sobre un ege, é hizo ondular sus brazos largos y delgados como serpientes.

—A la tercera intimacion hago fuego, dijo Edward.

—Apoderémonos de él, dijo Elona.

—De él! al primer movimiento desaparecerá como un relámpago; solamente las balas de plomo son mas ágiles que esos animales.

—Pero que hace ahí puesto en nuestro camino, Edward?

—Nos maldice, lo que nos es indiferente, no es cierto? pero esa maldicion es un poco larga... Señor fakir; quieres ir á maldecirnos mas lejos?—No.....

—Quieres estrangularnos?—Sí...—Este Taug es de buena fé.

Edward tomó una pistola è hizo fuego. El fakir cayó. Al mismo instante se levantaron sobre las dos orillas del camino, cien espectros negros, como vampiros vomitados por las tumbas.

—Que cada uno haga su deber! gritó Edward.

Ese es el grito supremo y nacional de los grandes peligros.

El pequeño destacamento fué rodeado sin trabajo por la horda de bandidos in-

dianos. Los soldados, armados solamente de *dirks* y de pistolas, rechazaron con valentía el primer choque. El conde Elona, hizo fuego cuatro veces seguidas; á la cuarta, su brazo, empujado violentamente por un brazo enemigo, estravió la última bala en la cabeza de su caballo. El intrépido caballero hizo esfuerzos sobre-humanos para sostener entre sus rodillas al animal herido que se hundía bajo de él. Edward, despues de haber agotado su arsenal ecuestre, tenia dos luchas que sostener, la de los Taug y la de su caballo, que se resistia de terror contra la espuela. Tendido sobre la crin, armado en cada mano de una pistola de arson, como de una masa de cobre, imprimia à sus brazos robustos una furia derotacion tan ligera, que se habia por decirlo así, encerrado en el círculo inaccesible de una fortaleza improvisada en el desierto. Un grito desolador atravesó los aires: á mí, Edward!... Elona acababa de ser agarrado por los Taug. Edward desgarró los flancos de

su caballo, mordió su crin, se clavó como un centauro en el cuello del cuadrúpedo, á fin de volar al socorro de Elona; pero el rebelde animal habiendo dado algunos saltos encabritándose, retrocedió temblando ante el cadáver de su hermano, y tomando alas de su loco terror, franqueó los barrancos, los setos vivos, los arbustos, los arroyos, y arrebató á su caballero al dominio de al desconocido.

Tres oficiales ingleses habian sido abogados en el sitio. Los otros fueron conservados como víctimas destinadas al sacrificio, y llevados sobre las espaldas de sus verdugos con una agilidad maravillosa. A la cabeza de aquel convoy fúnebre, cuatro bandidos calvos conducian al conde Elona.

Todo aquello fué terminado en algunos instantes. La rapidez de aquella carrera, que era un vuelo de hipogrifo, no permitió á Edward calcular el espacio devorado. Cuando el caballo, agotado por su ac-

ceso de locura, cayó como anonadado, las narices contra la tierra, el caballero se halló en un nuevo peligro. Toda traza de sendero humano ó *salvage* habia desaparecido. El desierto, cubierto de verdura ó de aridez, dejaba ver en sus horizontes estrechos, rocas ó árboles sombríos, que parecían à los muros de un circo arruinado. Edward se orientó por la brújula de las estrellas; pero esta, indicándole la direccion pedida; se callaba sobre la distancia. Lahore y Ceylan tienen en su cenit, á la misma hora, las mismas constelaciones. Cada hemisferio de nuestro planeta está cubierto por un solo punto luminoso de su firmamento.

Edward abandonó el caballo á las bestias feroces, bien seguro de que aquel abundante festin, generosamente servido en el desierto, debia atraer sanguinarios convidados, que al menos, á causa de aquella dichosa diversion, no le incomodarían en su marcha; y despues de haber lanzado al cielo una última mirada de astrónomo y

de cristiano, se precipitó à la carrera en direccion al norte.

Se sabrá muy pronto qué idea le empujaba hácia aquel lado.

Los hombres que tienen la costumbre de la observacion, y que han estudiado los secretos, las rarezas y los caprichos de la naturaleza, han reparado por todas partes que el campo, desarrollándose á lo infinito, de horizonte en horizonte, se reviste á largos intervalos, de una capa uniforme de terrenos y de árboles, y que cada capa aprocsimándose á su límite, comienza á perder su fisonomía para fundirse con la otra que le sucede. Este trabajo de imitacion graduada, se revela sobre todo en el centro de los grandes continentes virgenes, donde la naturaleza no ha cedido todavia al hombre sus antiguos derechos, donde la devastacion no ha tomado aun el nombre de embellecimiento.

Edward observó que los accidentes del terreno, súbitamente descubiertos á la

salida de un valle, tenían algunas líneas de semejanza con la campiña de Roudjah, lo mismo que se observan líneas de filiacion en el rostro de los descendientes de una familia patriarcal. Los hombres poderosamente organizados, saben conservar, aun en las circunstancias extremas, una gran lógica de conducta y de reflexion. Edward olvidó todo, aun la suerte terrible del conde Elona, olvidó sus amigos, su amor, se olvidó á sí mismo, para concentrar esclusivamente su pensamiento en descubrir la poblacion de Roudjah. Aquella era la única é imperiosa ecsigencia del momento. Hallado Roudjah, los otros cuidados serian sometidos á su vez, á nuevas combinaciones de salvacion. No admirará pues, que Edward experimentase cierta alegría relativa, apercibiendo rasgos de la filiacion lejana de los campos de Roudjah.

Esta idea, dió alas á sus pies y á sus brazos; parecia mas bien un hombre que huye ante un peligro de muer-

te, que el que busca una poblacion.

Un riachuelo, profundamente encajonado y muy rápido, detuvo su vuelo. Franquearlo en diez saltos, era cosa fácil, pero Edward, considerando la línea de las colinas que bordaba la otra orilla del agua y reconociendo la familia de árboles y el matiz de los prados, calculó de seguida que aquel rio, al fin de su curso, costaba de muy cerca la poblacion de Roudjad. Se acordó entonces de aquellos *correos nadadores*, que descienden tan listamente por los rios de la India llevando cartas, y tomó bien pronto su partido.

Se lanzó pues en el rio, tomó la corriente de en medio, siguiendo el empuje del agua, dirigiendose con un imperceptible movimiento de manos. Los correos nadadores de la India, con sus rios se han hecho caminos de hierro para su uso. La rapidez de estos viajes es maravilosa.

Insensiblemente, las dos riberas perdian su carácter salvaje, y permitieron

en fin, ver, á través las filas de árboles, una tierra cultivada por la mano del hombre. Cuando en un desierto se descubren estos primeros vestigios del arado, se puede decir que la poblacion no está lejana.

Edward ganó la orilla derecha, y se halló bien pronto en pais conocido. La campiña se habia convertido en jardin, los setos vivos, los vergeles, los pequeños parques caprichosos, los caminos bordados de cespèd y de flores, todo aquel lujo de la fantasía rural, podia dejar creer que se viajaba de Londres á Oxford, y que se atravesaba por los jardines de Wicombe ó de Wootton, con esta diferencia sin embargo, que un silencio sombrío reinaba alrededor de Roudjah, y que el conquistador á pesar de su poder, no habia dado aun á sus encantadoras imitaciones, la seguridad de las noches.

Tres horas solamente habian pasado desde la desgraciada salida de Roudjah. Pues el conde Elona y Edward habian salido al

ponerse el sol, es decir á la aproximacion de las tinieblas. En esas comarcas privadas de la transicion del crepúsculo, el dia se estingue á las seis, y deja aun á la velada un muy largo espacio de tiempo.

Edward se hizo reconocer por los soldados que guardaban la puerta del mediodía, y entró en Roudjah. Parecia á un marino escapado de una batalla ó de un naufragio.

En ausencia del capitan Moss, la plaza estaba mandada por el teniente Stephenson. Ved aquí lo que las primeras investigaciones manifestaron á Edward.

Corrió á la casa del capitan Moss, guardada por una numerosa guardia, y en sus mortales preocupaciones, ni aun dedicó un pensamiento á la muger que habia tomado un asilo en aquella casa.

Edward, á fuerza de energía moral, disimulaba todavía bastante bien, en su voz, en sus maneras y en su rostro, el horrible estado de su espíritu; pero la estrañeza reveladora de su vestido causó

un gran rumor entre los soldados, y destruía el buen efecto producido por su calma y su heroica tranquilidad. En los grupos se entregaban á siniestras conjeturas, y las conversaciones no se alejaban mucho de la verdad.

Se le indicó la casa del teniente Stephenson. Estaba enfrente de la del capitán Moss. Allí fueron dichas las cosas siguientes,

—Teniente Stephenson, dijo Edward, me conocéis?

—Si, sir Edward, vos estabais con nosotros cuando nos hemos batido con los Taug del fakir Souniacy.

—Teneis doscientos hombres disponibles?

—Si, sir Edward.

—Quedan bastantes para guardar la poblacion?

Oh! la poblacion no teme nada.

Entonces Edward contó al teniente Stephenson el encuentro de la fuente del bosque.

—Teniente Stephenson, añadió, lo que nos ha sucedido será puesto en duda por el coronel Douglas, que jamas podrá creer que poco despues de la puesta del sol, hemos sido atacados por una horda de Taugs á las inmediaciones de Nerbudda. Esto está fuera de todas las costumbres de esos bandidos. Por lo demas, es inútil buscar la solucion de este enigma. Hablemos del punto importante. El conde Elona y nueve soldados ingleses, estan prisioneros; al menos nuestro deber es creer que no estan mas que prisioneros, que viven aun y que estan destinados á un horrible sacrificio. En ciertos casos, conocidos de ellos solos, los Taugs no estrangulan sobre la marcha, ellos tienen deudas de sangre que pagar á sus infames divinidades. Es menester partir y volar al socorro de esos soldados y de nuestro amigo: un instante perdido es irreparable.

—Lo que pedis es justo, sir Edward; si esos desgraciados han sido muertos, nuestro deber nos ordena ir á conquistar

sus cadáveres y sepultarlos gloriosamente. Pero ved la dificultad: conocéis el retiro de esos monstruos? Sabeis qué camino hay que indicar á nuestros soldados? Los taugs tienen retiros...

—Ya he previsto la objecion, teniente Stephenson, de otra manera no estaria aquí. En nuestra lucha con los Taugs, puedo aseguraros que he reconocido algunos rostros. Son los mismos de la otra noche. Son los de la banda del fakir Souniacy. Tal vez rondan alrededor de Nerbudda con la esperanza de librar al fakir prisionero... Donde teneis á Souniacy?

—En la prision inmediata, la que está contigua á la casa del capitan Moss.

—Ahí frente?

—Si, sir Edward.

—Quereis dejarme dirijir este asunto, teniente Stephenson? Yo os respondo con mi cabeza y por mi honor que mi amigo Douglas sancionará cuanto hagamos.

—Lo creo y os obedeceré, sir Edward, como á una órden del coronel Douglas.

Conozco toda la confianza que tiene en vos.

—Vamos á ver al fakir en su prision.

—Vamos, sir Edward.

Teniente Stephenson, me permitireis en seguida que arregle mi vestido en vuestra casa, pues todavía tengo que estar en Nerbudda antes de la media noche. Moss está allá con sus hombres. Douglas me aguarda tambien; cada noche se teme un ataque. Si no me presento antes de la media noche, me creerá Douglas muerto ó deshonrado... tendreis un buen caballo?

—Si, sir Edward.

—Un caballo que haya visto los Taug?

—Que los olfatea y no les teme.

—Bien!... vamos á ver nuestro fakir.

Al decir estas palabras salieron.

Aquel dia á las mismas horas, despues de la puesta del sol, pasaban simultanea-

mente otras cosas que se enlazan con esta historia.

M. Tower precedido de un mozo con una antorcha, se dirijia á la casa del capitan Moss. Hizo que le abrieran la reja del jardín y al poner los pies en el vestíbulo retrocedió tres pasos ante un trage blanco airosamente llevado y que seguramente no cubria el esqueleto de una fantasma; así el espanto de M. Tower era inescusable.

Al ruido de la reja, aquel gracioso ropage blanco se dirigió hácia la puerta, y un rostro divino fué iluminado en todos sus contornos por la antorcha de M. Tower.

—Ah! es nuestra hermosa condesa Octavia! exclamó, juntando las manos. Ved aquí una sorpresa de las mejor acondicionadas!

—Vos aquí á esta hora, nuestro querido tutor! dijo la condesa disimulando su despecho; que venis á buscar en esta casa?

—A vos!—dijo el tutor con una estúpida risotada. Ah! eso os admira? eh!

—No bromeemos monsieur Tower; no estoy de humor para ello esta noche..... me veis colérica... estoy furiosa contra mis sirvientas; se me han perdido y las busco: ya habrán encontrado vecinos con quien charlar, en pantomima sin duda, porque ellas no saben una palabra de las lenguas del país... Vos buscáis sin duda al capitán Moss, monsieur Tower?

—Si señora, habeis adivinado á la primera.

—M. Moss está ausente. Se me ha dicho que ha sido invitado á un baile en casa de unos Holandeses, en la vecindad.

—Eso es muy justo, cuando se han concluido las guerras, los jóvenes oficiales bailan para casarse.

—Es menester volver á poblar el mundo, cuando se ha destruido.

—Ah! ved ahí una linda reflexión, es-

ñora! Pero yo estoy desolado por no encontrar al capitán Moss.

—Quereis descansar un instante, M. Tower?

—Un instante, porque he salido de mi posada muy de prisa... Y bien! mi bella transfuga—dijo M. Tower sentándose con una pesadez mal disimulada por la ligereza de los sesenta años,—os hemos hecho mucho mal sin saberlo, pues que nos habeis abandonado tan bruscamente!

—Oh! no hablemos hoy de eso, monsieur Tower....

M. Tower cruzó los brazos, cerró los ojos, y se inclinó.

—Vuestra visita al capitán Moss será un misterio sin duda?—prosiguió Octavia con un tono muy marcado de indiferencia.

—Señora, yo no tengo misterios para nadie y mucho menos para vos. Quería saber si el capitán Moss podía darme noticias del conde Elona.

—Del conde Elona!—dijo Octavia con

una emocion que no pudo disimular.

—Sí señora, ese jóven no me da mas que inquietudes... Lo vigilo muy de cerca, porque... ya sabeis... no se sabe lo que puede suceder... Es un francés de Varsovia, como él ha dicho... Temo una calaverada... En el fondo no sé muy bien lo que temo, pero mi deber es vigilarlo todo en mi casa.

—Voy á abrir para que entre el aire, el calor es sofocante, no es cierto M. Tower?—dijo la condesa levantándose para abrir las persianas.—M. Tower, ¿queris continuar?

Habia en el acento de la jóven una gran turbacion que M. Tower no observó, segun su costumbre.

—El conde Elona y yo hacemos ordinariamente nuestra comida de la tarde juntos, frente á frente, como dos amigos, continuó Tower. Hablamos. Él está triste; yo lo alegro, contándole historietas, y dándole lecciones de estrategia de amor. En fin, hacemos nuestra velada lo mas di-

vertida que podemos, en este país de lobos. Esta tarde mi jovencito no ha parecido á la hora acostumbrada. Lo he buscado por todo el parador, en la calle, en el paseo de las mimosas, en el parque de las bellas Indianas: nada de conde Elona. En fin, acaban de decirme que despues de la puesta del sol se le ha visto salir, mas triste que de costumbre, acompañado de sir Edward. Ambos han tomado el camino del campo y han desaparecido detrás de los primeros árboles, sin decir una palabra.....

—Ese es un desafío!—esclamó la condesa, pálida y poniendo las manos en su frente.

—Hemos tenido la misma idea, señora, dijo friamente Tower. Es un duelo, he dicho al punto... luego reflexionando he añadido, pero porqué sir Edward seba de batir con Elona? qué razon....

—Es un duelo os digo! repitió la condesa paseando á grandes pasos, con los brazos cruzados sobre el pecho.—Un due

lol un duelo por su cuenta ó por la de coronel Douglas, ó por la de ambos á la vez.. El coronel probablemente lo sabe todo: él no se casará en tanto que viva el joven conde... y luego... si eso es... sir Edward con una bala hace dos tiros.

Tower escuchaba con aire asombrado.

—Oh! vos no comprendéis nada de estas cosas, M. Tower, prosiguió la condesa.—No sois tutor para comprender. Pero yo adivino todo!... esto es infame!... . Con su teoría de las congeturas creia adorarme!..... Qué espantoso hombre, miente como un bonzo; corre los bosques con las bohémias del Malabar! mata á sus rivales y á los de sus amigos!... Ecsecrable sir Edward!... Oh! en Smyrna no me habia engañado mi primer instinto!..... Quisiera tener en el corazon toda la provision de odio que hierva en el infierno contra Dios, para dedicarla en este momento á ese hombre!....

—Yo que lo creia tan buen muchacho,

á ese Edward,—dijo Tower en el colmo de la sorpresa.

—Callaos, M. Tower! sois estúpido como dos tutores ingleses!... Pero no me habeis dicho qué veníais á hacer en casa del capitan Moss.

—Señora, dijo Tower con ese tono de dignidad teatral, que toma un tonto que se cree herido en su importancia,—señora, eso es muy sencillo, venia á contar la cosa á M. Moss, y á pedirle noticias del uno ó del otro. Me es imposible pasar la noche con un cuidado como este.

—Sí... es terrible su cuidado!... todos los hombres son locos ó infames!... me parece que hay mucho ruido en la calle... dijo Octavia prestando oído junto á la ventana.—Oh! es la catástrofe que llega!... Alguna cosa horrible circula, y causa rumor!...

Echó una mirada á la calle y retrocedió espantada; habia distinguido á sir Edward, apesar del desarreglo de su compostura que lo habia desconocido. Las

mugeres reconocen entre mil, en la mas negra de las noches, al que aman ó al que aborrecen. Ellas tienen doble mas vista que nosotros.



XV.

Prisionero de una muger.

La condesa Octavia, oculta detras de una persiana seguia desde el balcon todos los movimientos de sir Edward con anhelante curiosidad.

Edward y el teniente Stephenson entraron en la casa del capitan Moss, atravesaron el vestíbulo para dirigirse á la prision.

En uno de esos momentos de delirio en que se estingue la circunspeccion, Octavia se asomó á la baranda de la escalera y

llamó á sir Edward, con una voz que la situacion queria hacer imperiosa, pero que la turbacion hacia débil.

Edward se estremeció al reconocer aquella voz, y esperó un segundo llamamiento para obedecer.

—Teniente Stephenson, dijo con fingida tranquilidad, os ruego que me aguardéis un instante en el jardin. Tengo que cumplir arriba una comision del capitan Moss.

—Apresuraos al menos, sir Edward, bien sabeis que los momentos son preciosos.

—Ya lo sé.

Edward entró en las habitaciones altas, y no quedó poco sorprendido al ver á M. Tower en el salon de Octavia. Saludaronse fria y reservadamente, y despues la jóven echó la llave á la puerta, la guardó en sitio inaccesible, y estendiendo su brazo derecho á todo su largo y poniendo su mano sobre el pecho desnudo de sir Edward—:Vos no saldreis de aquí caba-

llero—dijo con voz contenida pero alterada,—no saldreis de aquí hasta despues de una legitima satisfacion.

—Señora,—dijo Edward con tono tranquilo, que parecia muy natural para ser fingido—señora en primer lugar os pido me escuseis presentarme delante de vos en este desórden de vestido...

—Yo os he llamado caballero,—dijo Octavia cortando la frase de Edward—no eneis que darme excusas... al menos por eso... sir Edward—añadió lanzando una lluvia de centellas con los ojos—os diré lo que fué dicho á Cain, que habeis hecho de vuestro hermano? Donde está el conde Elona?

Aquella pregunta tenia en si todas las condiciones requeridas para trastornar un hombre en la posicion de sir Edward. Pero lo que ella llevaba de mas desesperador á los oidos y al alma del infeliz interrogado, era el acento inequivoco de una muger furiosa, que pronuncia el nombre del hombre que ama.

Edward hizo un esfuerzo superior al poder humano, para elevarse á la altura de aquella espantosa situacion, y para probarse á si mismo que no hay grandes crisis para los grandes corazones.

—Señora os afirmo por el honor que ignoro.....

—No acabeis de afirmar. Deteneos en medio de vuestro perjurio, caballero. Vos os habeis batido con el conde Elona, lo sé.

—Oh! señora, que horrible idea!

—No os habeis batido? Entonces caballero, habeis hecho algo peor....

—Dios mio! que he hecho yó para atraerme esta escena?

—Vos lo habeis asesinado!... Vedlo, vedlo, su crimen habla de los pies á la cabeza! Que lucha formidable ha sostenido con el infortunado jóven! Sus cabellos y su pecho destilan sudor y sangre! Su rostro está surcado por las uñas de un desesperado en la agonía! Presentadlo así, con nuestro irrecusable testimonio ante un tribu-

nal, y mañana subirá al cadalso.

—Eso es verdad señora—dijo Edward, con una tranquilidad sublime.

—Y dice eso es verdad!... No añadís nada mas para vuestra justificacion caballero?

—Nada mas, señora. La cólera no escucha. Espero la calma para hablar.

—Mr. Tower, dijo la condesa volviendose hacia el tutor que estaba medio muerto, hacedme el obsequio de dejarnos solos... Entrad en la habitacion inmediata....

Tower no esperaba mas que aquella invitacion; obedeció al instante. Pero obedeció mucho mas que lo que habia pensado la condesa,

—Sir Edward, prosiguió la condesa, podeis hablar con toda libertad; nos llamamos solos y estoy tranquila; ya lo veis, estoy tranquila.

—Señora, en nombre de Dios, dejadme salir—dijo Edward con voz desgarradora—dejadme salir. Me esperan...

—Para enterrarlo; no es cierto?.... Quiere salir!... si todo prisionero por un crimen de sangre quiere tambien salir!...

—Señora—dijo Edward, siempre con aquel respeto y aquella urbanidad que ninguna injusticia, ningun ultraje podian debilitar en presencia de una mujer—Señora, si fuese tan criminal, vuestro brazo sería demasiado debil para detenerme y sugetarme aquí. Esa ventana ó esa puerta estarían ya franqueadas en menos tiempo que se necesita para pronunciar vuestro nombre.

—Pues bien! ensayad á salir, caballero ensayad. Yo os prometo un escándalo digno de vuestra audacia... Veamos, ensayad á salir.

—Mi posicion es horrible!... oh! si supieseis....

—Decid, caballero, y sabré,

—Ah! cada minuto perdido es un crimen señora... Os lo repito, mi posicion es terrible. No puedo ni permanecer, ni salir, ni

hablar. Si permanezco, me deshonro para con un amigo; si salgo sin explicarme, me deshonro ante vos, señora; si hablo, me deshonro ante todos. Condesa Octavia, un hombre orgulloso está á vuestros pies, tened piedad de él.

—La habeis vos tenido del conde Elena? decid! pero responded, responded.... De qué venas ha salido la sangre de que estais cubierto?... No habeis tenido tiempo de echar una mirada sobre vos mismo!... Miraos un instante à ese espejo..... No os atreveis!... El olor y las manchas del matador y del asesino, os envuelven como un horrible vestido.

A estas palabras Edward no pudo detener un grito sordo, pero desgarrador.

—Oh! ya lo reconozco! prosiguió la jóven, ved ahí el grito del remordimiento! ese grito es como un eco del infierno. Que Dios os perdone; yo, no os perdonaré jamás!

—Señora, exclamó Edward, si supie-

seis lo que haceis en este momento! si lo supieseis! — Y dió en el suelo con el pié, y con la mano en la frente.

Un golpe violento resonó en la puerta de la sala. Una voz gritaba desde fuera: abridme! abridme!

Aquella voz era conocida, pero casi olvidada; resonó tres veces en la escalera, elevando cada una mas su entonacion.

Edward no se tomó la pena de conmoverse por un accidente tan vulgar: le estaba prohibido salir, poco le importaba que entrase el universo entero.

Octavia, despues de alguna incertidumbre, se dirigió lentamente hácia el fondo de la sala para abrir. Edward la siguió con un ademan suplicante, veinte veces repetido en veinte pasos, al que Octavia respondia con otro gesto de reyna á esclavo, y un movimiento de brazo y de mano, que rechazaba á Edward y parecia desterrarlo para siempre al otro extremo de la sala.

La puerta se abrió y entró Amalia. La amistad se despertó súbitamente en el corazón de ambas jóvenes; se abrazaron con una vivacidad patética; confundieron sus caricias, sus suspiros, su voz, sus labios, sus cabellos, en un largo abrazo, puro como el alma antes de la asociación del cuerpo.

Amalia se desprendió la primera; y cruzando sus manos, las elevó por cima de su frente, y dejándolas caer á todo el largo de sus brazos, dijo con voz sorda; ha muerto! ha muerto!

—Sí, dijo Octavia enjugando sus lágrimas con los bucles de sus cabellos; sí Amalia, y vé hai su asesino.

Una mirada de Pitonisa sobre su Trípode, cayó del rostro ardiente de la jóven griega sobre la frente de sir Edward.

—Oh! dijo con lentitud, cómo se parece á un asesino! cómo el crimen cambia á un hombre!... Lo sé todo... Algunas líneas de Mr. Tower metidas por bajo mi puerta, me lo han dicho. Mr. To-

wer me ha acompañado aquí.

—Estúpido Tower! dijo Edward como hablando consigo mismo.

—Que audacia de condenado! dijo la condesa; sí, el culpable es Mr. Tower!

—Ahora, al menos puedo hablar con libertad, dijo Amalia llorando. Sí, pobre huérfana! Si mi padre y mi madre... ambos muertos ya, me hubiesen presentado un esposo de su eleccion, Dios lo sabe, me habria sometido sin murmurar á su voluntad santa... pero despues de ellos, na die tiene derecho á violentarme. Sin embargo, me habia resignado á mi suerte... habia aceptado al otro... al inglés... ahora, digo en alta voz el secreto de mi alma... Yo amaba al conde Elona!...

—Ya lo sabia, Amalia—dijo la condesa inclinándose para abrazarla.—Sí, lo sabia... y yo habia dejado á Nerbudda ayer y habia venido aquí para pasar una noche y partir mañana con el convoy sin decirte adios... Partiremos juntas, Amalia.

—Y puedo yo partir?—dijo la jóven levantando la cabeza.—No debo llenar mi deber hasta el fin?... Pobre Elona! ha muerto, y jamás mi boca demasiado reservada, le ha dicho una sola vez: yo os amo! ha muerto sin haber tenido ese consuelo... Al presente, si el coronel Douglas reclama todavía su víctima, estoy pronta... Levantad el altar. Se me puede sacrificar... Se desposará un cadáver coronado de flores.

En aquel momento, la voz del teniente Stephenson se dejó oír en el jardín.

Edward se despertó como de un sueño de muerte. Una crisis semejante, destroza el alma mas fuerte. Se puede luchar gastando una gran provision de energía, mas al fin, fuerza es sucumbir. El que resistiese siempre, no tendria ningun punto de contacto con la humanidad: serla un angel ó un demonio.

Las dos jóvenes amigas, enlazadas la una con la otra, habian agotado las pala-

bras y las lágrimas. La desesperacion, dá á las mugeres un carácter de belleza atractivo y sublime, porque pone en relieve, sobre la gracia del rostro, las divinas ternezas del corazon.

Edward se adelantó con una dignidad tranquila, hacia aquel grupo encantador y desolado. Una determinacion extrema acababa de ser tomada por él.

—Escuchadme, escuchadme, dijo con voz de lágrimas contenidas; soy inocente, pero por voz, voy á hacerme criminal.... Condesa Octavia, escigis que hable, voy á hablar.

Octavia se incorporó y miró á Edward.

—Escuchad, señora, prosiguió; mañana, á la salida del sol, partireis con una escolta, y vereis al aprocsimaros á Nerbudda un terre no largamente ensangrentado, cubierto de veinte cadáveres ó surcados por su rastro, si hansido arrebatados. El conde Elona no está en el número de esos muertos, lo juro por el honor, por las cen-

zas de mi madre y sobre la tierra que será mi tumba! Me es imposible decir mas; he dicho demasiado. Los secretos de los otros no son los míos, y nada en el mundo me los haría divulgar, ni aun vuestra muerte, que sería la mía, condesa de Octavia.

—Irrision de Satanás! dijo la joven con amarga sonrisa, mi muerte sería la suya!.. esa última palabra me garantiza la verdad de la primera.... Sí, caballero, acabad vuestra obra de hipocresía... Atreveos á hablarme de vuestro amor... Miserable!

—Señora, el teniente Stephenson me llama...

—Quien os llama es vuestra bohemia! es vuestra bailarina de las calles! exclamó la condesa con voz de loca. Id, idá vuestros infames amores, sazonados con sangre humano! esas son las voluptuosidades dignas de vos! despues del crimen, el crimen. Las caricias vergonzosas despues de las puñaladas!

—Oh! Dios mio! Dios mio! exclamó Ed-

ward con las manos en la cabeza; qué horrible sueño! Dios mio, despertadme!

—Un sueño! un sueño!... ah! el sol estaba ya levantado y mis ojos abiertos cuando he soñado eso; era una atroz realidad!

—Entonces; señora, explicaos.....

—Si me explico, la vergüenza teñirá vuestra frente, mejor que la sangre que habeis derramado!

—Explicaos, señora, explicaos...

—La mirada de la muger es como el rayo del sol, atreviesa las hojas de los arboles cuando ocultan un crimen... Yo os he visto ayer, cuando vuestra brahmanesa suspendía su brazo amarillo del vuestro... Ved ahí lo que no queria deciros, y lo que os digo; y aun me alegro de haberoslo dicho antes de vuestra partida. Es menestrer no dejar jamás creer á los hombres, que una muger se deja engañar por sus mentirosas protestas.

Estas palabras fueron un rayo de luz que reflejó en el alma de sir Edward, ellas

le esplicaban el cambio de acento y de humor de la condesa Octavia, su precipitada marcha de Nerbudda, y tambien aquel lujo de cólera y maldiciones que habia estallado á la primera ocasion; cual si la mujer celosa, no atreviendose á descubrir el fondo de su pensamiento, hubiese cogido al vuelo un incidente extraño para anenadar al amante pillado en fragante delito de trahicion.

—Señora me colmiais de jubilo, dijo Edward con acento de suave melancolia; bendigo esta horrible escena pues ella os ha conducido á semejante esplicacion. Señora, escusadme si por primera vez os hablo de esa dulce y espantosa noche que hemos pasado bajo las estrellas y en el dominio de las bestias feroces. En memoria de esa noche, os conjuro á diferir vuestra partida, y esperar que el día de mañana os traiga mi completa justificacion. Yo os lo juro, quedareis contenta de mi. Si fuese criminal, saldria de aqui á pesar vuestro, y del escandalo con que me amenazais. No

yo no hare una sola cosa que pueda desagradaros. Os pido de rodillas el permiso para ir á cumplir un deber, retardado tal vez en demasia por circunstancias independientes de mi voluntad.

La verdad lo mismo que la inocencia tienen un acento inimitable. Estas ultimas palabras causaron una sensacion de piedad á Octavia. Miró la aptitud suplicante de Edward con ojos en que parecia extinguirse insensiblemente la colera. Amalia continuaba en la dolorosa inmovilidad de una estatua fúnebre recostada sobre una tumba.

—Me pedis un dia, dijo Octavia. Ademas caballero yo no soy vuestro juez, ni vuestro tribunal.., Si sois culpable, el castigo sabrá muy bien descuñiros... Me pedis un dia... un dia! es mucho en este drama ardiente que nos arrastra en su torbellino de fuego... Pues bien! os concedo ese dia ..

—Lo que me concedeis es la vida.., y á algun otro tal vez. Gracias, señora gracias!

—Mañana al ponerse el sol, sir Edward, sereis absuelto ó deshonrado á mis ojos.

—Acepto con alegría y sin temor. Adios señora adios.

Edward saltó de gozo y bajó la escalera como un solo escalón.

—Nada de preguntas, ni de reproches, dijo al teniente Stephenson; esto es media hora perdida y nada mas... Vamos à la prision del fakir; devoremos el terreno y los instantes.

Abierta la prision, cuatro soldados agarraron al fakir Souniacy, y le condugeron con los brazos atados á la espalda, á un bosquecillo al mediodia de Roudjah. Se cargaron las armas en su presencia y el miserable Indiano, viendo aprocsimarse el instante del suplicio, no mostró el valor bastante comun segun dicen, en los de su profesion. Todo su cuerpo estaba agitado por un temblor convulsivo; la hora y el lugar influian tambien sin duda, para anonadar su enerjía.

Edward que dirigia todas estas opera-

ciones, habia pedido á Stephenson el mas agil corredor cipayo, el cual, provisto de instrucciones especiales, estaba apostado secretamente detras de los árboles donde se preparaba el suplicio de Souniacy.

Los soldados se colocaron á seis pasos del fakir, y bajaron sus carabinas para hacer fuego casi á quema ropa.

En el mismo momento se presentó Edward, seguido de Stephenson y de algunos oficiales con uniformes. Hizo levantar las carabinas de los soldados y dijo en indiano al fakir: Amigo tus compatriotas han pedido tu muerte; pero los Ingleses, que son buenos, te conceden la vida. Voy á cortar tus lazos y á volverte la libertad.

Una accion semejante puede enternecer el corazon mas salvaje. El fakir Souniacy ecsaló un grito de alegria al verse libre. — Parte, le dijo Edward, y ve á decir á tus hermanos que sean buenos como nosotros.

El corredor lo siguió de lejos pero sin perderlo un instante de vista.

— Ved ahí todo lo que humanamente po-

demos hacer por el pobre conde Elona, dijo Edward entrando con precipitacion en el pueblo para arreglar su vestido y tomar el caballo preparado. Teniente Stephenson, esto como veis, tiene un doble objeto. Si nuestro degraciado Elona está todavía vivo en poder de los Taug, cosa posible, por que ellos no hacen los sacrificios humanos mas que en la luna nueva, cuando no estrangulan en el sitio del combate, si Elona no está muerto, es probable que el fakir Souniacy le conceda la libertad. Y además vuestro corredor que anda tres millas en cinco minutos, nos traerá indicios positivos que nos enseñarán el verdadero camino del cuartel general de los Taug. Partireis al instante Stephenson, y obrareis segun vuestra prudencia y las inspiraciones del momento.

—Sir Edward, dijo Stephenson, me inclino ante vuestra sabiduria. Si, todo lo que humanamente podia hacerse, lo habeis hecho.

—Lo demas corresponde á la providen-

cia; ella ayuda siempre á los que merecen ser ayudados... Mi tarea está quizás terminada; no me falta mas que una obligacion... Donde estas? donde estas, mi valiente Nizam?

Algunos instantes despues, el infatigable Edward tomaba al vuelo de su caballo el camino de la habitacion de Nerbudda. Corriendo como el viento por la orilla del campo del combate, saludó á los muertos é hizo repetir el nombre de Elona á los ecos de aquel lugar maldito. Aquella vez los espectros, si alguno quedaba allí, no se levantaron. Edward llegó á la terraza de la habitacion mucho antes de la media noche.

El coronel Douglas, el nabab y su hija habian oido el galope del caballo, y esperaban á sir Edward junto á la puerta ligeramente entreabierta por precaucion. Un criado apostado en la avenida tomó las bridas del caballo y el caballero se lanzó en el vestíbulo en medio de un triple hourra de alegria. La ciudadela fué cerrada al mismo instante.

—Sabeis sir Edward, que nos dais muy buenos sustos!—dijo Arinda juntando las manos.—Oh! os habriamos aguardado hasta el dia! El coronel nos ha ordenado veinte veces que nos retiremos pero mi padre y yo hemos desobedecido... Que os ha entrenido hasta tan tarde? Ah! picaro! vos teneis algunos conocimientos... Está bueno! todo se descubrirá, caballero... De todos modos os perdono, siquiera por el billete que habeis escrito esta mañana al coronel Douglas. El coronel no nos lo ha mostrado, porque hablais en él alguna cosa de vuestros asuntos secretos, segun dice; y en efecto parece que son muy secretos, mal hombre! Pero el coronel ha saltado de alegria, despues de haberlo leído y de seguida sin perder un instante, ha enviado mensage á las familias vecinas, para anunciarles que nuestro casamiento se habia adelantado, y que el baile tendria lugar dentro de tres dias.

Los cuatro personajes de esta escena acababan de sentarse. El coronel Douglas

dejaba hablar á Arinda, para adivinar los pensamientos de Edward, en su rostro. Este por su parte fingía escuchar á la jóven indiana con una sonrisa tranquila y así se daba tiempo para calmar la agitacion anhelante que experimentaba.

—Puesto que vuestra graciosa bondad me perdona miss Arinda—dijo inclinando un rostro alegre, y levantandolo lúgubre hácia Douglas—no me esforzaré mas en disculpar mi retardo. Un perdon vuestro miss Arinda, hace que no se sienta el haber sido culpable... Así pues bailaremos dentro de tres dias. Que contento estoy de mi billete!

—Veamos sir Edward, parece que sufris de hambre ó de sed; que quereis que os ofrezca?.....

—Mil gracias, señorita, no apetezco mas que un poco de sueño.

—En efecto es muy tarde—dijo Douglas con una languidez somnolienta.

—Y para mi es mucho mas tarde, añadió Edward. Hoy hemos lle-

vado la caza hasta muy lejos.....

—Oh!... hablemos todavía un poco señores—dijo la jóven indiana con un mímico encantador—me gusta tanto la velada en el campo! de dia hace demasiado calor para hablar... Sabreis sir Edward, que vuestro billete me ha proporcionado un magnífico regalo de mi buen padre... Mirad este diamante. Que os parece?

—Me parece muy hermoso, miss Arinda: pero de noche no se pueden estimar los diamantes. Tendré un gran gusto en volverlo á ver, mañana con sol.

—Antes de nuestra llegada, sir Edward, mi padre y el coronel Douglas han sostenido una larga discusion sobre diamantes.....

—Mañana podremos continuarla—dijo el coronel levantándose en la aptitud expresiva de un hombre agobiado de sueño.

—Creed que estais equivocado, coronel, dijo el viejo nabab.

—Tal vez, dijo el coronel.

—Ciertamente se ha equivocado! añadió Edward levantándose.

—Ved á sir Edward que creé equivocado á mi padre, exclamó Arinda riendo; y no conoce el asunto de nuestra discusión! Sentaos sir Edward. Veremos si podeis ser juez en la materia... Venid á sentaos á mi lado... Bien!... Conoceis el valor del diamante de Pitt (el regente)?

—Es un diamante de 137 quilates—respondió Edward con un ligero bostezo disimulado con política.

—Creis como el coronel Douglas—prosiguió Arinda—que no hay otro diamante mas grande en el mundo?

—Lo creo.

—Pues bien! sois un ignorante, caballero. El diamante que el emperador Barber tomó en Agra, en 1526 pesa 224 *ruttces* ó 672 quilates, y el famoso diamante de Aureng—Zeb es de 900 quilates.

—En la tarifa de las *Mil y una noches*, miss Arinda?

—Eso es justamente lo que dice el coronel! Es que tendreis la pretension, señores, de conocer los diamantes mejor que mi padre, que los ha estado vendiendo toda su vida á los ingleses?

—Nos rendimos á esa razon, el coronel y yó, dijo Edward; voy, gracias á vos, á soñar esta noche con diamantes de 900 quilates.

—Coronel—dijo Arinda á Donglas que prestaba oídos á los murmullos exteriores de la noche, disimulando mal su inquietud—coronel Donglas, abandonais la discusion... que haceis ahí delante de esa persiana? escuchais alguna cosa?...

—Yo hermosa Arinda, me paseo al azar; para mantenerme despierto... miraba la partitura de *Robin—des—Bois*, abierta sobre vuestros pianos.

—Conocéis la abertura de Werber, sir Edward?... que cosa tan linda debe ser de noche!... si hubiese venido mi templador indiano hoy, la tocaria. Ese templador es muy inesacto.

—Probablemente habrá estado hoy muy ocupado, dijo Edward mirando al coronel... Por lo demás, esa obertura es espantosa á esta hora.

—Yo! dijo Arinda, no temo á nada cuando me hallo entre gentes de guerra. Las mugeres de la India son valientes, han nacido para ser soldados. Sir Edward, conocéis la historia de Noor—Jehan?

—Cuanto me alegraré saberla mañana cuando me despierte!

—Entonces es menester contarosla esta noche—dijo Arinda cruzando sus brazos desnudos sobre la mesa en una linda aptitud de narracion.

Douglas dirigió una rápida y significativa mirada á Edward. Esta mirada decia: Resignemonos y escuchemos la historia.

—Veamos la historia de Noor-Jehan! dijo Edward apoyando su codo derecho sobre la mesa y la barba sobre la mano.

El nabab dormia.

—Noor-Jehan, dijo Arinda, contenta

como toda jóven que se hace escuchar, era la muger favorita de Jehangire, soberano de los Cinco Rios, en 1616. Ella causó muchas penas á su marido queriendo dar á su hijo Shariar, la sucesion al trono con perjuicio de los mayores de otras mugeres. Esta fué la causa de la gran rebellion que costó tanta sangre y duelo; porque el mas valiente y hábil de los hijos desheredados, Shad-Jehan, se hizo un partido numeroso y sostuvo sus pretenciones con las armas contra su padre. En fin el emperador Jehangire se halló en un gran peligro y bloqueado en Lahore por su ministro rebelde Mohabet. Noor-Jehan estaba con su hermano Asiph-Kan; supieron la desgracia del soberano y resolvieron librarlo. Un gran rio los separaba del egército de Mohabet. Noor-Jehan montó sobre su elefante, llevando á su jóven hijo de la mano y entró la primera en el agua. Su pequeño egército escitado por el heroismo de aquella muger, arrojó gritos de entusiasmo y la siguió á nado.

Noor-Jehan atacó á los enemigos y agotó las flechas de cinco carcax. Tres guías de elefantes fueron muertos á su lado y su hijo herido en un brazo. Alcanzó una victoria completa y libró á su esposo.

—Miss Arinda, dijo Edward levantándose por tercera vez, vuestra historia es magnífica; y hasta tiene la ventaja de ser corta. Qué muger! Voy á soñar esta noche con Noor-Jehan, si tengo tiempo de ello.

—Creeis sir Edward, dijo Arinda, obligándole á sentarse de nuevo; creeis que esa sea la única muger de Asia que haya sido una heroína? Hemos tenido millares como esa... quereis que os cuente la historia de las mugeres del Emir Lodi?

Douglas hizo un movimiento de impaciencia que fué disimulado con destreza por Edward.

—Miss Arinda, dijo riendo, guardadnos alguna cosa para la velada de mañana. Las mugeres del emir Lodi turbarian mi sueño. Noor-Jehan me basta.

—Entonces, sir Edward, dijo Arinda

levantándose, es inútil desearos una buena noche.....

—Bien lo creo, miss Arinda; tengo la cabeza llena de diamantes, de heroínas indianas y de sueño.

—Coronel Douglas, dijo Arinda. estais muy distraido esta noche.....

—Pensaba en nosotros, mi bella miss Arinda, y en vos; ésto os explica mi indiferencia por las demas mugeres y diamantes.

—Ah! dijo Edward, el coronel, es galante como un marido antes de casarse.

—Qué pícaro es este sir Edward! dijo Arinda. El coronel me ha prometido estar siempre despues, como antes.

—Entonces me callo, miss Arinda, y para probar que no os guardo rencor por vuestros epigramas, voy á acompañaros con una antorcha en la mano, hasta la puerta de vuestro dormitorio. Vuestras sirvientas esperan al pié de la escalera. Me permitís abrir la marcha?

—Jamás os he visto tan apasionado por el sueño como esta noche.....

—Llamais á esto *ésta noche*, miss Arinda! Ya estamos en mañana.

—Vamos, venid viejecito, y despertad á mi padre que se duerme en todas partes... Coronel Donglas, despertad á vuestro suegro.

—Sí, mi querida esposa, respondió el coronel.

—Vaya, ya están casados, dijo Edward; que Dios os bendiga, y subamos.

—Me parece, dijo Arinda deteniéndose en el primer escalon, me parece que podrían suprimirse esas dos especies de sentinelas que duermen de pié detrás de la puerta.

—Verdaderamente, miss Arinda, dijo Edward, que no os reconozco esta noche. Estais valiente como una Noor—Jehan.

—Decid á esos centinelas que se vayan á dormir á sus cuartos, prosiguió Arinda;

temeis acaso que los tigres abran la puerta con una llave falsa?

—Teneis razon, bella Arinda, dijo el coronel; es una precaucion de lujo; voy á enviar á esos dos dormilones á la cama.

Poco despues se separaron; Douglas y Edward se hallaron al fin solos.

—Qué dia! qué noche! dijo Edward.

—Todo lo sé, añadió Douglas.

—No sabeis nada, mi coronel.

—Habeis caido en una emboscada en la fuente del bosque. Moss ha oido á lo lejos un ruido sordo de armas de fuego y que no ha durado mas que un instante. Cien hombres han partido volando y no han encontrado mas que veinte cadáveres. Ingleses y Taugs, todo ha sido enterrado. Mañana no se sabrá nada.

—Ignorais todo. Voy á contaros en cinco minutos los acontecimientos que pueden encerrar tres horas.

Douglas escuchó la relacion de Edward con una emocion fácil de comprender; despues dijo:

—Mi querido Edward, en todo esto hay una cosa horrible para todos nosotros y desoladora para mí en particular. La catástrofe del pobre Elona. Si Dios no ha hecho un milagro, Elona no ecsiste en este momento.

Algunas lágrimas humedecieron furtivamente los ojos de ambos amigos. En muchos hombres, la sensibilidad tiene su pudor.

—Y si ha muerto,—dijo Edward despues de una corta pausa,—si ha muerto, vuestro casamiento con miss Arinda....

—Atendamos á nuestro deber, en esta hora, amigo mio, pensemos en las cosas serias, Edward... Habeis reflexionado en esa emboscada de los Taug's? Esos monstruos salen de sus costumbres. Qué hacian ahí en ese bosque, en tan pequeño número, cuatro horas antes de la salida de su estrella, á dos pasos del camino, en un campo de arroz?... esto me parece bien misterioso! Y hasta han olvidado enterrar los muertos, segun hacen siempre.



—Contarían con los tigres.

—Sí, tal vez... no importa, este ataque es extraño!... Las noticias que he recibido hoy son bastante favorables. Se sabe por los espías que reina el desaliento entre los Taug; el proselitismo no está en voga. Los adeptos faltan, los viejos se retiran fatigados. Los enemigos que nos quedan no son por eso menos temibles, porque su fanatismo sobrepuja á todo. Necesario es pues, dar un gran golpe: lo daremos. Yo estoy pronto.

—Si la estratagema del fakir Souniacy produce su efecto, dijo Edward, tenemos alguna esperanza de salvar á Elona.

—Esperanza bien debil, amigo mio! No importa, la estratagema es buena, y yo apruebo cuanto habeis hecho en Roudjah.

—Ya concebireis, Douglas, que no he querido venir á pedirnos soldados aqui, porqué hubiera sido necesario desgarrar la habitacion de Nerhudda, amenazada cada noche...,

—Habeis pensando bien, mi querido Edward... Al presente todo nos hace creer que no seremos atacados esta noche... Sin embargo, es menester estar en guardia... Voy à salir por el sitio acostumbrado, para acabar la noche en medio de mis soldados; vos, Edward, tomad reposo, vuestro coronel os lo ordena. Dormid con los ojos abiertos, y las manos sobre vuestras armas. Vuestro puesto es mas honroso que el mio; guardais la casa del viejo nabab y el sueño de miss Arinda.

—Obedezco á mi coronel, dijo Edward, estrechando las manos de Douglas.

—Mañana hablaremos de Octavia. Adios Edward.

—Adios Douglas... No es extraño que el amor se mezcle á todos los asuntos serios de este mundo? No somos mas que tres en este desierto; tres: el uno quisiera dar la dicha á su Polonia, vos á vuestra Bengala, yo á nuestro género humano; y esos tres generosos pensamientos ruedan

en nuestras mentes entre nombres de mujer, y en medio de todas las febriles distracciones de los celos y del amor.

—Ayl dijo el coronel, tal vez en este momento esos tres hombres no son mas que dos en el desierto!



XVI.

El Templo de Doumar-Leyna

Esfinges y toros de bronce, forman los capiteles de los decrepitos pilares; el aspid de ojo de fuego, agitando sus pupilas, asoma su cabeza plana por las hendiduras de las piedras. Los muros se rezuman, y á través los follages rojos que salen de entre los mármoles, se ven hormigugar monstruos, que se tomarian por raíces de árboles. Por todas partes, se ve sobre las paredes del sombrío monumento, alguna cosa horrible, arrastrando confusamente, y el que recorre aquel dedalo informe, cual si fuese presa de un desmesurado pólipo, siente sobre su frente despavorida y bajo su pie vacilante, vivir y moverse el aborrecible edificio!

(VICTOR HUGO. *Pozos de la India.*)

Los estranguladores indianos condujeron á los prisioneros por senderos, conocidos de ellos solos, hacia la cadena de montañas que se dibujan al horizonte de-

tras de la poblacion de Roudjah. Cuando el joven Elonay y sus nueve compañeros de infortunio se vieron atar de pies y manos por sus salvages vencedores, casi siempre acostumbrados á estrangular los prisioneros en el sitio del combate, comprendieron que el fanatismo religioso les reservaba otro genero de muerte y que el victimario los aguardaba junto el altar de la diosa Deera.

En una garganta desierta del monte Serich, una larga y simetrica escavacion, tallada como un pilon egipcio, sirve de pórtico al templo de Dozmar Leyna. Hay en los alrededores de aquel lúgubre atrio un tan prodigioso conjunto de rocas amontonadas, que los Indios mismos de la comarca no lo podrian descubrir, sin llevar por guia uno de esos fakires peregrinos que se creen obligados á visitar todos los antiguos subterráneos en que sus mayores adoraban la trinidad del culto Indo. La fecha de su inauguracion ha sido olvidada por los historiadores. Cuáles son las

poderosas manos de los arquitectos y de los escultores que han enterrado esas maravillas en los continentes y en los archipiélagos? ese es el secreto de la India. Han sido necesarios tantos siglos y tantas generaciones para labrar de este modo las entrañas de la tierra, y hacer nacer encima y debajo de ella esa vegetacion infinita de columnas y de mónstruos gigantescos, que parece que los sesenta siglos transcurridos no han podido bastar á semejante trabajo, y que nuestro planeta ha salido de las manos de Dios con esa inconcebible arquitectura, para egercitar las disputas de los sabios y hacer decir á la ciencia una eterna mentira.

El templo de Doumar-Leyna no es una obra maestra de gracia y de elegante solidez, como el de Boro-Bodor en Java, toda piedra destinada á elevarse en medio de la luz, hácia el firmamento azul, fué cincelada con amor y complacencia por el arquitecto indio, la piedra subterránea y tenebrosa guarda el carácter espantoso de

los malos sueños de la noche. El escultor de las entrañas de la montaña de Doumar-Leyna, ha dibujado en ella horribles arabescos, para materializar en el fondo de aquellos pozos, los caprichos del maligno genio cuyo nombre es Myhassor. Ha creado un pueblo de animales simbólicos, y les ha hecho alargarse ó enroscarse, cual pedestales vivientes bajo las columnas, y asomar sus fases monstruosas, en las cornisas de las plataformas. Todos los espíritus de la teogonía indiana, enanos ó gigantes, parecen salir de las paredes de rocas subterráneas, agitando sus cabellos de culebras, y sus brazos armados de hachas ó de puñales. Cuando en una fiesta de fakires, este viejo templo se ilumina con las antorchas de Bengalá, y que los adoradores, mas horribles todavía que sus dioses, se reúnen en aquel laberinto de columnas infinitas, se creeria que las estatuas de los demonios, las cabezas de toros, de leones y de elefantes, y los grupos de los bajos relieves, se agitan en un reflejo

verdoso y confuso; y que los ecos interiores de la montaña, son los alegres mugidos de aquel pueblo de mónstruos dando gracias á sus adoradores.

En la nave mas retirada de aquel lúgubre edificio, tenian los Taughs sus consejos y celebraban sus ritos. La informe estatua de Deera, se elevaba sobre un pedestal de rocas. A derecha é izquierda de altar, se distinguian confusamente dos bajos relieves con figuras gigantescas, el uno representaba el combate de Dourga y del Myhassor; el otro el suplicio del encantador de Sita. Dos lámparas sepulcrales, alimentadas por un sebo fétido, esparcian su luz y su humo en aquel santuario; y siempre parecian prontas á apagarse bajo el peso de las tinieblas macizas, suspendidas á las bóvedas húmedas de las rocas, y el reflejo intermitente que daban, era mas horrible que la mas sombría oscuridad.

El murmullo continuo de aguas invisibles, y de yerbas, agitadas por tenebrosas familias de insectos y de

aves, era la única cosa que recordaba la vida exterior en aquel templo donde se regocijaba la muerte.

Los fakires, sacerdotes del sacrificio, llegaron los primeros con una gravedad religiosa que anunciaba el respeto de que se hallaban poseídos al poner un pié profano, en aquel santuario de sus mas temibles divinidades. La banda de Taug's seguia á los fakires imitando su paso. Los prisioneros, despojados de sus ataduras, para ser sacrificados como víctimas libres, se adelantaban con la cabeza elevada y el rostro impregnado de ese sublime orgullo del valor, que quiere, en medio de la agonía, arrojar el insulto á la frente de los asesinos. El jóven Elona, con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo, se distinguia en medio de sus compañeros, por un supremo desden y por la noble indiferencia de sus miradas. Se hubiera creído ver un viagero artista, entrando con sus guías en el templo de Doumar-Leyna, y prodigando saludos de admiracion à aquel

inmenso sueño petrificado, construido por los arquitectos del infierno.

El pensamiento que espresaba la actitud del heroico jóven, era este: me alegro haber visto esto antes de morir.

En semejante circunstancia, Edward hubiera dibujado los vajo relieves.

El honor de la vida, es el desprecio de la muerte.

Los salvages indios entonaron el himno á la diosa Deera en un tono doliente y monotono que es la musica de todos los cultos de oriente. A cada versículo, los fakires se prosternaban ante la estatua informe, y al levantarse tomaban posturas de éstasis, cual si acabasen de ser iniciados en las beatitudes del celeste jardin de Mandana.

Terminado el himno, dos verdugos agarraron un prisionero y le condujeron ante el altar de la diosa. Era una víctima elegida, un jóven de veinte años coronado de bucles rubios, y cuyo rostro contrastaba con las faces lívidas, verdes y

huesosas de los sacrificadores. Presentó atrevidamente su cabeza al lazo de seda tendido delante de él para redondearse en torno de su cuello. Cada victimario apoyó una mano sobre la espalda del desgraciado, y alargando el otro brazo que sujetaba fuertemente una de las puntas del lazo fatal, arrojaron en el suelo un primer cadáver ahogado con una infernal destreza.

Los sacerdotes levantaron los ojos hacia las terribles divinidades del bajo relieve, como para descubrir en sus faces de piedra, una sonrisa de aprovacion, porque la fábula que es la historia religiosa de aquellos devotos indianos, afirma que la estatua de Indra se agitó un día sobre su pedestal entre las esculturas de los dos pórticos de Dau-Tali, para saludar, á su paso, al glorioso arquitecto de los templos de Elora.

Los otros prisioneros, viendo estrangular á su hermano, quisieron luchar en insensibilidad con los verdugos, los sa-

cardotes y los salvages espectadores de esta escena. Desde aquel momento, por una sublime escitacion de amor propio, resolvieron todos caer en una viril aptitud: además muriendo con nobleza hacian un último servicio á su pais; el efecto moral reflejaba sobre todo el egército: parecian decir á sus enemigos: Á vosotros os toca temblar! ved abí como somos todos nosotros!

La idea era grande pero no alcanzaba su objeto con aquella borda de fanaticos y de iluminados, que á su vez habrian todos derramado voluntariamente la última gota de su sangre sobre el cadáver del último Ingles vencido.

El suplicio de los prisioneros era llevado á cabo con solemne lentitud. Los sacerdotes parecian querer prolongar la atroz voluptuosidad de la ceremonia; y despues de una egecucion, retardaban la otra á fin de dar tiempo á todo el egército de Taugs, diseminado en las montañas de llegar á tomar su parte en aquel festin

de cadáveres. A cada instante llegaban nuevas bandas á Doumar Leyna, y se escurrian como sombras infernales, á traves las columnatas del inmenso subterráneo, aquellos que llegados demasiado tarde, no podian ver ni el altar, ni el sacrificio, escalaban los pórticos arruinados, para suspenderse á las cornisas, y mezclar sus caretas vivientes à las cabezas inmóviles de los esfinges, de los tigres y de los toros. La claridad de las lámparas se extendia bajo las bóvedas y hacia brillar los ojos de todos aquellos feroces indianos, enlazados á los colasales arabescos de las plataformas.

Ya habian sido estrangulados nueve prisioneros, y sus cadáveres, cubriendo la base del altar, parecian ser el pedestal de la diosa. Quedaba el jóven Elona. Los sacerdotes comprendian que aquel no era un prisionero vulgar, y que era necesario concederle los honores de una agonia mas larga y de un suplicio mas horrible.

El heróico jóven salió de las tinieblas que lo ocultaban y se adelantó hasta el altar para morir.

Tomó tres veces en su mano un poco de tierra y la echó sobre los cadáveres, orando.

Despues cruzó los brazos sobre su pecho y esperó á los verdugos.

El reflejo de las lámparas no iluminaba en su noble rostro, otro sentimiento que la piedad por sus compañeros muertos antes que él.

Las manos de los sacrificadores cayeron sobre sus espaldas y no se estremeció.

De repente un horrible silvido salió del bajo relieves del encantador de Sita, los remolinos de indios se agitaron en el flanco de la montaña, y una imágen de piedra, con ojos vivos, estendió sus brazos hácia los sacrificadores.

Una voz fulminante hizo oir estas palabras: Sacerdotes de Siva, hijos del León de Dios, servidores de Myhassor, suspended el sacrificio! Esa última víctima

pertenece al dios Soupramany — Samy, el hijo segundo de Siva, que tanto tiempo ha habitado este templo bajo la forma de una serpiente. Salid todos y dejad aquí á ese profano viviente. La serpiente Ananta pide su sangre y su carne hijos del León de Dios, mañana volveréis todos aquí y pasareis la noche en el ruego y la contemplacion.

Despues de haber dicho estas palabras, el simulacro de piedra cerró los ojos, estendió los brazos y su cuerpo volvió á tomar su inmovilidad de bajo relieve.

Los sacerdotes, los fakires, los sacrificadores, todos los indianos testigos de aquel prodigio con frecuencia citado en sus historias, cayeron con el rostro contra el suelo. Solo Elona permaneció en pié, con los ojos fijos en las estátuas del bajo relieve, consideràndolas, con una atencion minuciosa y tranquila para adivinar el sentido natural de aquel prodigio inaudito. La colosal escultura guardó su secreto.

La multitud se retiró lentamente, precedida de los verdugos y los sacerdotes, y todos, sobrecogidos de un santo terror, atravesaban las columnatas con la cabeza baja y los brazos levantados, murmurando palabras místicas que apaciguasen la cólera de Myhassor.

El templo quedó desierto.

Elona escapado de la muerte por un increíble prodigio, comprendió que en su posición desesperada no había imprudencia posible, y que todos los medios eran buenos, con la ayuda de la providencia, para buscar el modo de huir y salvarse. El lazo de los Taug había caído á sus pies, resbalando por su cuello; pero el laberinto de Doumar Leyna le ahogaba con sus intrincados lazos de granito y le enterraba vivo, junto á los cadáveres de sus compañeros. Antes de aventurarse en el dédalo indiano, quiso examinar de cerca el bajo relieve salvador, y sobre todo la estatua, que no mostraba en aquel momento mas que un cuerpo inmóvil y ojos

apagados, pero que poco antes, se agitaba con contorciones espantosas y lanzaban miradas de fuego á los sacerdotes de Deera.

Dió tres pasos hácia adelante y se detubo,—Oh! se dijo así mismo, esto es un sueño horrible! Creo estar despierto y duermo! ó bien es cierto cuanto se cuenta de los mágicos de la India.

La estatua habia abierto los ojos y hacia con la mano la señal que quiere decir: adelantaos mas.

Una voz ligera salida de los labios del simulacro de piedra dijo:

—Conde Elona apagad las dos lámparas.

Elona sobrecogido de un espanto nervioso, vacilaba y no obedecía.

—Apagad las dos lámparas conde Elona, repitió la estatua.

Elona hizo una reflexion muy natural y rápida como el pensamiento: aun con el socorro de esas lámparas se dijo, me costará trabajo guiarme en este laberinto.

to; qué será si las apago?

—Entonces, dijo la estatua, puesto que rehusais vivir, es menester que yo sea imprudente como vos.

Habiendo dicho esto con tono seco, la estatua se lanzó diestramente por cima de las figuras del bajo relieve, llegó junto á las lamparas y las apagó.

En el mismo instante una mano vigorosa agarró el brazo de Elona y una voz le dijo al oído: dejadme guiaros y seguidme.

Las tinieblas de la noche son la claridad del día comparadas á la oscuridad que reinaba entonces en los subterráneos de Doumar Leyna.

Elona siguió á su extraño guia, caminando por sus huellas y no atreviéndose ni á resistir, ni á pensar, ni á hablar, le parecia que acababa de dar el último suspiro y que un demonio lo arrastraba á los infiernos.

El guia misterioso marchaba con seguridad y no vacilaba jamás en medio de las

opacas tinieblas que era necesario atravesar como una montaña de ébano, sin el reflejo de un solo rayo de luz.

En fin, un punto luminoso centelleó á lo lejos, y se agrandó insensiblemente; grupos de estrellas parecían levantarse sobre los labios de una negra caverna, tallada con simetría, como la puerta de una tumba.

El guía dijo á Elona:

—Permaneced ahí, inmóvil, y esperadme, y se lanzó en el corredor del templo con una agilidad poco común en las estatuas de bajo relieve.

Elona lo siguió con la vista y vió en una lontananza vaporosamente estrellada, su sombra, á que servía de marco la puerta, elevarse y bajar con una ligereza admirable, como para mirar lo que pasaba en los alrededores.

Algunos instantes despues estaban ya ambos fuera del templo y sobre una montaña velada de árboles, donde no podían alcanzarlos los Taug.

—Respiremos un poco aquí—dijo el guia. —Al presente, conde Elona, me conocéis?

—No! dijo Elona estupefacto, ecsaminando aquel ser incomprensible que conservaba aun su disfraz de bajo relieve y que seguia pareciendo una estatua ambulante, dotada de mirada y de voz, por algun infernal artificio.

—Ah! no me conocéis! dijo la estatua, como!.....

—Si, sí, ahora vuestra voz me ha hecho que os reconozca.—dijo Elona estrechando las manos de su guia,—sois nuestro valiente Nizam!... Y por qué no han sido todos salvados por vos?

—Ah! porqué!... seguramente si yo hubiese previsto que todo saldría tan bien no habria esperado vuestra vez de sacrificio para espantar los verdugos. Pero tenia grandes temores, y me era necesaria una experiencia como esta para probarme que esos Indios son tan estúpidos como sus padres del tiempo de Aureng Zeb. Oh! cuando

os he reconocido delante del altar, cuando he visto la mano del verdugo levantarse sobre el noble amigo de mi noble sir Edward, he olvidado la prudencia, y he jugado el todo por el todo, como dicen los Franceses.

—Pero por qué milagro os encontrabais ahí, mi valiente Nizam?

—No hay en esto ningun milagro, yo estoy casi siempre ahí en los momentos graves, y los presentes son muy graves conde Elona. La habitacion está amenazada. Los Taugs se imaginan que Nerbudda encierra todos los gefes del egercito ingles y de los Indios renegados. Es menester deciros que desde hace quince años, de la habitacion de Nerbudda es de donde han salido siempre todos los golpes. Hoy me hallaba en mi puesto de bajo relieve para la hora del consejo; y despues de tomar mis noticias iba á cantar mi cancion de alarma sobre un árbol de la terrasa de Nerbudda, que segun está convenido con sir Edward, mientras mas tierna

sea la cancion, mayor será el peligro. Como será el ataque? Cuales son las fuerzas y las astucias que amenazan la habitacion? Eso es lo que ignoro y lo que quiero saber. Ayer el viejo Sing habia convocado mil hombres para un gran golpe de mano: y poco despues ha dado contraorden. Sa beis por qué? Es una supersticion de los Taug. El viejo Sing ha visto correr una liebre. (1)

—Es animal de mal augurio, Nizam?

—Para los Taug, conde Elona. Los mil hombres han sido reducidos á ciento *para la expedicion ordinaria*, ha dicho el viejo Sing. Yo sé que velan alrededor de Nerbudda numerosos soldados y valientes oficiales, y que nada tienen que temer de *esa expedicion ordinaria* cuyo objeto ignoro aun, y que está confiada á cien hombres todas las noches.

(1) Una liebre atravesando un camino es un mal augurio para los mahometanos, los Taug de la India y los montañeses de Escocia

—Esos son los que nos han sorprendido casi á las puertas de Nerbudda.

—Estaba allí sir Edward?

—Sí, Nizam.

—Oh! él se escaparía de las garras del demonio!

—Nizam, sir Edward ha estado sublime.....

—Eso no me admira, conde Elona.

—Sir Edward podia escaparse; su caballo no deseaba otra cosa. El intrépido caballero me ha visto caer entre los Taug, y ha arrebatado por decirlo así, su caballo con las rodillas, los pies, las manos y los dientes, para venir á socorrerme. Yo he visto de una mirada, todo lo que un hombre puede hacer de sobrehumano. Ya voy! ya voy! Elona! sosteneos! gritaba con voz de trueno. Mi caballo ha caido muerto, el de Edward ha llegado al delirio del miedo y ha salvado á su amo á pesar suyo arrebatandole hacia el bosque.

—Entonces todo vá bien, conde Elona.

Veamos á donde quereis ir ahora.

—A la posada donde sir Edward me ha desterrado, á Roudjah.

—Voy á ponerlos en vuestro camino. Vamos á escurrirnos como el viento, allá abajo, al pié de esa cresta, desde lo alto de la montaña á la llanura; dos horas despues estareis en la poblacion... Seguid mis pisadas, conde Elona. Venid. Al atravesar el rio, dejaré en él mi disfraz de bajo relieve; hallaremos vestidos en mi casa en Roudjah, donde cuatro cipayos diestros deben hacerme quinientos trages en cinco dias.

—En cinco dias, quinientos trages!

—No os riais, conde Elona; ya lo vereis á su tiempo. Mis talleres trabajan noche y dia.

—Y que haré ahora mi valiente Nizam, para pagaros mi deuda de reconocimiento?

—Eso es muy sencillo, no hareis nada.

Nizam alargó el paso sobre la cresta de

la montaña y Elona lo siguió.

A las mismas horas en que este extraño y fúnebre drama llenaba con sus horrores el subterráneo de Deumar Leyna, los batallones de Roudjah, conducidos por el teniente Stephenson, se dirigian al retiro de los Taug. El habil corredor que habia seguido la pista del fakir Souniacy, se habia detenido en el cauce de un torrente desecado que se elevaba serpenteando, hasta la cima de la montaña, y parecia en las tinieblas, un sendero tallado por la mano de los hombres para conducir al retiro de los bandidos. El espia habia dejado al fakir perderse en las revueltas de aquel cammino aereo, y persuadido á que era inutil ir mas lejos, suponiendo con razon que los Taug de aquel canton vivian en algun antro desierto de la vertiente opuesta, volvió para reunirse en los bosques con el teniente Stephenson.

Al punto los soldados se lanzaron hacia region de la montaña, precedidos

por el guía corredor. Cuando llegaron al torrente desecado, sendero natural, hubieran debido ver, si hubiese sido de día, á Nizam y al conde Elona, corriendo por las cornisas de la montaña, hacia la ultima pendiente inclinada al horizonte de poniente.

El torrente sin agua, velado de árboles, cubría la ascencion de los soldados hasta la cima. Llegados al plano culminante, el teniente Stephenson no percibió alrededor suyo mas que una naturaleza trastornada, que presentaba un horrible aspecto á la claridad de las estrellas; una tierra muerta y sombría bajo un cielo lleno de una vida radiante y serena; innumerables puntas de rocas se destacaban sobre aquellas vertiente hasta el fondo de los abismos; cada uno de aquellos picos, rodeado de tinieblas en su base, tenia en su cima un punto luminoso bajado de los astros. Se hubiera creído ver las doce mil Maldivas, esas islillas, separadas por un arroyo, y que por la noche, brillan como una

constelacion terrestre en la inmensidad del Oceano indico.

En medio de las sombras, en las zonas torridas, el menor ruido de las llanuras sube, sin perder nada de su acento, hasta la cima de la montaña. El teniente Stephenson creyó al principio oir el murmullo sordo de un torrente ó de una catarata, pero ecsaminando tanto como la oscuridad lo permitia, la naturaleza y configuracion de los terrenos y la desnudez angulosa de las montañas, desechó la idea de que aquel ruido procedia de una gran corriente de agua. Prestó oido con mas inteligencia, y aquella vez, distinguió un canto monotonoegecutado por voces numerosas y que se parecia mucho à la lenta melodía del himno de Lutero. Por intervalos cesaba el murmullo. El torrente y la catarata no podian ser admitidos, pues que ellos cantan sin cesar. No habia duda, aquel era un concierto de voces humanas, entonado en las naves de aquellos abismos. Los viejos soldados indios formados en circulo al re-

dedor de Stephenson, miraban á su teniente y le dirigian una pantomima significativa que queria decir: los Tangs son los que cantan abí abajo. Los mas jóvenes de los cipayos trepaban con prudente ligereza, sin mover un guijarro, y se adelantaban hasta la orilla de una montaña cortada á pico, mezclaban sus cabellos á los musgos de las cornisas, y aventuraban una mirada perpendicular para descubrir los enemigos, y reconocer su número y su posición.

El teniente Stephenson tenia apenas consigo ciento cincuenta hombres, y no emanando directamente del coronel Douglas la orden de partir, comprendia toda la estension de su responsabilidad, y queria reconocer escrupulosamente el sitio antes de precipitarse sobre los Taugas y empeñar con ellos un combate sobre un terreno movedizo y anguloso, sobre puntas de abismos, donde la desventaja seria para los asaltantes, sobre todo si el enemigo tenia tambien la superio-

ridad del número en su favor.

Un jóven cipayo de quince años, criatura viva y ligera que pasaba como un lagarto por entre las grietas de la rocas, se enlazaba á las ramas salientes de los arbustos y flotaba con ellas en la garganta de los precipicios, fué á dar sus noticias al oído de Stephenson. El jóven habia visto y contado los enemigos: eran mas de mil, todos reunidos en una plataforma rodeada de abismos, y alli salmodiaban el himno de sus divinidades, sin duda para pedirles su asistencia, antes de una grande expedicion.

Stephenson no podia tomar censejo mas que de si mismo; resolvió pues embiar tres mensajeros á Nerbudda para instruir al coronel, pidiendole órdenes y refuerzos. Mientras esperaba creyó deber guardar su posicion que era buena, y podia combinarse con un plan de ataque, en las eventualidades de un muy próximo porvenir.

Al leer esta historia, causará admira-

cion el corto número de soldados, que esta guerra ponía en juego por una y otra parte. Así que debemos hacer observar en forma de episodio, que la guerra del Nizam no se parece á las operaciones militares de nuestra Europa, y que la artillería, las descargas de fusilería, las cargas de caballería, las evoluciones sabias, estaban escluidas como inútiles contra invisibles adversarios que habian puesto el asedio, no á la órden del dia, sino á la de la noche. Añadiremos que aquí mencionamos solamente los sangrientos encuentros que se enlazan á nuestro drama doméstico. Otras muchas luchas tenebrosas eran sostenidas á las mismas horas, en otros lugares y con otros hombres. Los estranguladores estaban en todas partes y en ninguna: y las fuerzas parciales dirigidas contra ellos, casi siempre insuficientes, no podian producir sino muy tarde un feliz resultado general y decisivo.

Luego que los fakires, los sacerdotes y los sacrificadores salieron del templo de

Doumar—Leyna al oír la voz de la estatua del bajo—relieve, se reunieron todos en una plataforma inaccesible donde el viejo Sing, su gefe, habia escogido su retiro en la concavidad de un árbol seco. Todos guardaban un silencio religioso, producido por el prodigio de que acababan de ser dichosos testigos. Un nuevo incidente puso el colmo á su fanatismo y justificó la audaz intervencion de Nizam. El fakir Souniacy, tan sentido de los Taug y que habia sido ya colocado por ellos en el número de los mártires y de los santos, apareció de repente en medio de ellos. Los sacerdotes creían y publicaban que el fakir habia muerto sacrificado por los barbaros en el altar del Dios de los cristianos, y que en espiacion de aquel sacrilegio era menester inmolar tambien á Deera algunos enemigos prisioneros. Al encontrar de nuevo á Souniacy, los sacerdotes no dejaron de atribuir el milagro de aquella resurreccion al reciente holocausto de Doumar—Leyna, y el fakir se

guardó bien de desengañarlos de temor de verse obligado á elogiar la generosidad de sus enemigos que acababan de volverle la libertad en el momento mismo de la egecucion de su suplicio.

El himno que salmodiaban los sacerdotes y los Taug, era una accion de gracias á Deera que satisfecha del holocausto, les habia devuelto al santo fakir Souniacy.

Los tres mensajeros del teniente Stephenson habian partido para Nerbudda, no juntos, sino uno despues de otro, y por diferentes caminos, como se hace escribiendo una carta por triplicado de las Indias para Europa: á causa de los peligros y los errores de la noche; se suponía que uno de los tres emisarios llegaria sano y salvo á su destino.

Asi el teniente Stephenson habia renunciado á la esperanza de salvar los nueve prisioneros y al jóven Elona; consolándose en algun modo, pensando que ya que no habia podido hacer nada por

aquellos desgraciados, el objeto de su-
mision no seria enteramente inútil, pues
que ocupaba una posicion ventajosa de
que se aprovecharia sin duda al dia si-
guiente el coronel Douglas.

Al ponerse las últimas estrellas, el te-
niente Stephenson acantonó sus soldados
en las fragosidades de la montaña, para
ocultarlos, por lujo de precaucion, á la
mirada infalible de los Taug. El sol al
levantarse, descubrió, hácia un horizonte
desconocido, una tierra árida y desolada,
como el dominio de la muerte. Era una
sucesion infinita de rocas puntiagudas,
semejantes á un mar agitado por el hura-
can, y cuyas olas hubiesen sido súbitamen-
te heladas por un frio polar, conservando
sus formas en una repentina inmovilidad.
De distancia en distancia, se distinguian
las magníficas ruinas de algun antiguo
templo, sin nombre y sin Dios, edifica-
do en edades desconocidas, por archi-
tectos que levantaban rocas sobre ro-
cas, y cambiaban la forma de las mon-

tañas, para servirnos aun al concluir
de un verso del divino poeta que to-
do lo ha escrito y todo lo ha cantado.



XVII.

El dia siguiente.

Despues de una noche de lágrimas, de sòmbrío silencio y de desesperacion, Octavia y Amalia vieron amanecer un dia lleno de desoladoras incertidumbres y de duelo. Habian bajado al jardin de la casa que desde la víspera les servia de posada, y sentadas sobre un banco de césped, prestaban oido á todos los rumores que hace al despertarse una ciudad de soldados, de colonos y de labradores. A cada momento esperaban ver entrar á sir Edward con una noticia consoladora ó

fatal. Octavia al interrogarse, no encontraba en si mas que turbacion, tinieblas y contradiccion; algunas veces hasta entrevia un pensamiento horrible del que se indignaba como de un crimen; y que la insurreccionaba contra sí misma. En el fondo del dolor que experimentaba al pensar en la muerte violenta de aquel jóven conde Elona, proscripto y desgraciado en todos los paises, hallaba un vergonzoso y culpable consuelo que se obstinaba en desechar y que siempre volvía de nuevo. Aquel pensamiento se reasumía en estas palabras: el amor de Elona y de Amalia, que ha causado tantos tormentos á mi orgullo de muger, y tal vez tambien á una naciente afeccion, ese amor que tenia como suspendido sobre mi cabeza un matrimonio desolador para mí, ese amor ha sido destruido por la muerte!—Un instante, un solo instante Octavia habia creído librarse de su pasado; habia sido seducida de admiracion y de reconocimiento ante la gracia y el

valor de sir Edward; habia entrevisto en el porvenir una existencia renovada y dias llenos de ternura y de encanto, dias enlazados para siempre al recuerdo de una sublime y casta noche, empero aquel hermoso sueño se habia desvanecido; aquel espléndido palacio de cristal, edificado en un instante, habia sido destruido en otro instante! Una catástrofe misteriosa habia devuelto al conde Elona aquel interés ardiente y generoso que la muger noble se apresurára á prodigar al jóven proscripto, á sus primeros pasos en la tierra de Oriente; y ahora, despues de la muerte de Elona, entraba en una faz desconocida; separada para siempre de sir Edward, cuyo amor operaba una diversion poderosa y favorable, se defendia contra el pensamiento criminal de hallar una especie de consuelo en un desenlace fatal.

El vislumbre de esperanza que Edward habia dejado á Octavia, la víspera al partir, se borraba de hora en hora, á medi-

da que la mañana adelantaba hacia el medio día. La impaciencia doblaba el tiempo transcurrido. Sir Edward era ya decididamente criminal pues que no traía la justificación prometida. Oh! decía Octavia, mi ciega bondad me ha espuesto por segunda vez á la burla de ese hombre. Todas las máscaras están á la disposición de su rostro; todas las escalas á la disposición de su voz. Ha temido un escándalo, ayer noche, y ha aprovechado un rayo de enternecimiento sobre mi rostro para escapárseme... Yo no lo veré mas pero la justicia humana sabrá encontrarlo

Ante todas cosas, sin embargo, Octavia queria purificar su alma del culpable pensamiento, siempre renaciente, como un remordimiento, y despues de haber cambiado con Amalia una multitud de esos monosílabos, breves y agudos como suspiros, y que son la espresion de los dolores extremos, dijo á Amalia, con el acento y la intencion del humilde peni-

tente que se arrodilla para pedir al sacerdote su perdón y ponerse en paz con su conciencia:—Mi querida Amalia, he sido muy injusta contigo... Sí, tu no sabes cuan injusta he sido!... No pongas la mano sobre mi boca, ángel mío... déjame hablar... Amalia, ya lo ves... las horas transcurren... el otro no viene... no vendrá!... Se nos engaña tan fácilmente!... Escucha Amalia, son necesarios semejantes momentos para descubrir lo que hay de bueno y de puro en el fondo de nuestras almas... Como se borra todo sentimiento de injusticia y vanidad ante una muerte!... Tu no me comprendes bien, amiga mía, no es cierto?... que quieres? mi cabeza arde... las palabras se detienen en mis labios... Amalia, amabas mucho á ese noble joven?... si le amabas mucho... te hubieras matado antes de ser la esposa de otro... Adivino tu gesto y tus lágrimas... Si viviese aun, Amalia... si le volvieras á ver entrar aquí, con ese continente arrogante y sombrío que lo dis-

tinguia de todos los jóvenes....

—Ha muerto! ha muerto! Octavia.....
Ya estamos en medio del día... y nada!... He recocado su noble sangre en la ropa de sir Edward... Ha muerto!

—Déjame concluir lo que queria decirte, querida Amalia.....

—Vé ahí à M. Tower que vuelve de la posada á donde lo habíamos enviado..... Es imposible adivinar nada en el rostro de ese hombre.

—Señoras, dijo Tower, saludando á diez pasos, por tercera vez vengo del parador. El señor conde Elona no ha vuelto.

—Está bien, dijo la condesa con un gesto que despedia á M. Tower, está bien, queremos estar solas algunos momentos todavía.

—No ha vuelto, dijo Amalia... Está ya todo claro?... él que me enviaba todas las noches y todas las mañanas las mas lindas flores de Bengala!...

—Dios es grande! mi querida Amalia, dijo Octavia echando los brazos al rede-

dor del cuello de la joven. Escucha, angel mio, tengo necesidad de decirte esto con el corazon: los labios mienten á veces, el corazon es sincero... Si Dios nos vuelve al conde Elona, le miraré como á mi hermano adoptivo é iré á decir al coronel Douglas: olvidad todo lo que os he escrito; Amalia no será jamás vuestra esposa; es la desposada de otro. Coronel, se os devuelve vuestra libertad y á Amalia la suya. Todas las ecsigencias del mundo estan satisfechas. Yo misma escribiré al ministro y á algunos amigos de Smyrna que Amalia y el conde Elona estan casados, lo que todo lo arregla....

—Octavia, dijo Amalia con voz lenta y triste, todo eso no es mas que un bello ueño... No es ni aun un consuelo. Porque suponer lo imposible? Me parece que la realidad basta para agobiarme.

—Amalia me encuentro un poco consolada despues de haberte dicho esto.

—Y ninguna noticia! ninguna!.. nadie! Octavia... Esto desespera!.. Oh! es hor-

rible é intolerable vivir en esta incertidumbre!... si permanezco un dia mas en este pueblo me muero!

Amalia hizo seña á Tower para que se aprocsimase.

—M. Tower, habeis mirado en la posada la lista de los buques que estan para partir?

—Si, señorita, segun vuestras órdenes.

—A quien de los dos quereis agradar, M. Tower, al ministro ó á mí?

—Esa pregunta, señorita, dijo Tower haciendo cortesias, esa pregunta me honra mucho.

—No os pregunto si os honra. Responded en una sola palabra.

—El ministro está muy lejos de aquí, y probablemente nos ha olvidado. Tengo pleno poder para....

—Se os pide una sola palabra, monsieur Tower, dijo Amalia estendiendo y agitando las manos hacia el.

—Quiero agradar á vos, señorita Amalia.

—Muy bien, aunque demasiado largo.. Hay algun buque que salga al instante para Francia?

—En los puertos del Malabar, se esperan los monzones.

—Demonio de monzones!

—En Coromandel, se anuncia la salida de la fragata *Dragonniere* para Burdeos.

—Si, pero es menester atravesar la mitad de la peninsula en palanquin, para ir a?...

—A Tranquebar, señorita.

—Pues bien! si es necesario, iremos á embarcarnos á Tranquebar. Allí parece que no se esperan los monzones. Octavia, me acompañarás?

—Dios mio! que haria yo aquí angel mio? Juntas hemos venido y juntas partiremos... Pero me parece Amalia, que esa partida está todavia sujeta.....

—Sin duda, es menester que beba la copa hasta las heces. Que me cuesta al presente hacer mi deber? Lo haré. Veremos las disposiciones del coronel Douglas.....

Si el coronel desprecia mi duelo, se me concederá el plazo que á los sentenciados, me resignaré, consumaré el sacrificio y me quedaré aquí. No quiero que el mundo explote contra mi la muerte de Elona, é invente aun alguna monstruosa historia para completar mi deshonor. Si el coronel es generoso como lo espero, ó indiferente, como manifiesta, todo ha concluido para mi en Bengala; mañana subimos en un palanquin y partimos para Francia ó para otro pais cualquiera; me seria imposible vivir un dia mas en esta casa... Octavia? añadió la jóven moviendo melancólicamente la cabeza,—ya lo ves... nadie!... se diria que todo está muerto al rededor nuestro!

Se levantó como impulsada violentamente por una idea repentina que queria poner en egecucion.

—M. Tower, no es mas que medio dia, y podeis todavia estar de vuelta antes dela noche. Teneis aquí plenos poderes... no teneis mas que pedir guias ó escolta

para ser obedecido. Es menester que partais al instante para ver al coronel Douglas en Nerbudda.

—Lo ecsigis, señorita? dijo Tower con tono humilde.

—Bonita es la pregunta—dijo Amalia encogiendose de hombros—seguramente lo ecsijo.

—Iré á ver el coronel Donglas... y despues?

—Le hablareis en particular, y le pedireis una esplicacion clara y categórica sobre este asunto que llaman un casamiento. Vos conoceis mis intenciones, Mr. Tower, pues bien! justo es que mi tutor conozca las del coronel Douglas.

—No puede ser mas justo, señorita.....

—No oculteis nada al coronel, monsieur Tower. Os doy carta blanca para las indiscreciones. Dejad decirá vuestra boca todo lo que quiera. Poco me importa!... él debe saber la muerte del conde Elona; sacará las consecuencias del paso que dais.....

Lo esencial es conocer las intenciones del coronel. Vos obrais por inspiracion propia, entendeis M. Tower; haceis una visita de tutor.

—Señorita, dijo Tower, vais á ser obedecida al instante... No os aflijais de esa manera... no os faltaran consuelos... Y espero que mis cuidados, mi celo; mi....

—M. Tower, pensad que estoy sobre carbones encendidos y que espero vuestra vuelta.

M. Tower se inclinó respetuosamente y salió del jardin para egecutar las órdenes de su pupila, que era su tutora desde que se hallaban en Roudjad.

Dejaremos á nuestras dos heroínas, en su aislamiento y sus mudas angustias, para seguir á M. Tower en el camino de Nerbudda.

M. Tower, que segun la costumbre de su amor propio, lo traducia todo en favor suyo, cumplia con gusto aquella mision. La desesperacion manifestada por ambas jóvenes á la noticia verdadera ó falsa de la

muerte del conde Elona, era simplemente producida por un vivo interes amigable. Mañana habrá concluido esa desesperacion, se decia Tower. En cuanto al coronel Douglas, Tower no dudaba de su invencible repugnancia á aquel matrimonio. Se proponia pues obligar debilmente á Douglas á terminarlo, á fin de dejarle una puerta abierta para escapar al pie del altar. En seguida se desarrollaba un largo viage por mar, una visita de tres mil leguas, en la que las cosas debian necesariamente tomar un giro favorable á M. Tower, cuyo ascendiente seria irresistible á una jóven agobiada del fastidio de una larga navegacion. El desenlace de aquella aventura era facil de preveer. Desembarcarian en algun puerto de Francia, fuera del alcance de la cólera de *Foreign Office*, donde se efectuaría un matrimonio por amor, con doce mil libras de dote, en beneficio de M. Tower.

Los tutores de la cancilleria espedidos á las Indias, han inventado ese nuevo ramo

de comercio y lo esplotan ordinariamente con mas ó menos suceso. Se flêta una pupila, como una fragata. El ministro de White—Hall tiene otras muchas cosas mas en la imaginacion, que los tutores y las pupilas.

M. Tower habia tomado tres cipayos, de los que formaban su escolta á su llegada á Roudjah, y se adelantaba rápidamente hacia la habitacion para concluir con prontitud su negocio y volver al instante á la poblacion, antes de los peligros de la noche, por que la campiña que se extendia á su derecha é izquierda causaba espanto aun en medio del dia.

El nabab Sourah-Berdar oyó el galope de los caballos, y dejó su estera para salir al encuentro de aquellos que esperaba con una viva impaciencia. Viendo á unos desconocidos apearse en su terraza, manifestó con un gesto de mal humor que aquella visita no le era agradable.

Tower que no miraba jamás mas que á

sí, no reparó aquella pantomima: se adelantó hacia el nabab con el pomposo continente de un embajador, é hizo con tono imponente esta peticion: quisiera tener el honor de hablar al coronel Douglas.

—El coronel está ausente; se halla de cacería desde esta mañana, respondió el nabab, medio dormido, entre el humo de su bouka.

—Ausente! dijo Tower acariciando con la mano, su boca y su barba. Eso desareglá mi asunto. Volverá pronto de la caza?

—No podré deciroslo, caballero.

—Señor nabab, dijo Tower con una dignidad parodiada, yo soy M. Tower, agente de la Gran—Bretaña; tengo un caracter oficial para hablar al señor coronel Douglas.

—Lo creo, monsieur Tower, pero el coronel está ausente. Si quereis esperarle, entrad en la habitacion y pedid coanto necesiteis.

El mal humor del nabab no podia

hacerlo olvidar los deberes de la hospitalidad.

—Me es imposible esperar, señor nabab; no queria mas que hablar cinco minutos con el coronel Douglas. Es menester que vuelva á Roudjah temprano. La noche no es divertida en este desierto.

—La pasareis aquí M. Tower.....

—Oh! imposible! mi presencia es indispensable en Roudjah esta noche... tengo que fletar barcos... que ver damas... el sol comienza á descender, y cuando empieza baja pronto... Volveré mañana... Yo no tengo la culpa de que el coronel esté ausente... Vamos á montar á caballo... Mañana tengo el dia á mi disposicion. No temeré á la noche. El ministro me ha recomendado ser muy prudente en Bengala, despues de la puesta del sol.

—No quereis descansar un instante?

—Señor nabab, si el coronel hubiese de llegar muy pronto, esperaría; pero

en la duda, quiero mejor dejar la entrevista para mañana.

A estas últimas palabras M. Tower habia vuelto á montar á caballo.

—M. Tower, dijo el nabab, pues que sois compatriota del coronel habreis recibido una invitacion?

—No he recibido invitacion ninguna,—dijo Tower con ojos asombrados.

—Entonces la recibireis mañana, y tambien vuestras señoras.

—Dá el coronel Douglas alguna fiesta, señor nabab?

—Mejor que eso, se casa dentro de algunos dias. Ya veis los criados todos ocupados en los preparativos del baile.

—Ah! se casa, está decidido!—dijo Tower en el colmo de la estupefaccion.

—Está decidido hace mucho tiempo, M. Tower: asuntos particulares lo han retardado un poco.....

—Muy bien!—dijo Tower con el tono seco de un hombre que quiere cortar pronto una conversacion, porque sabe todo lo que queria saber y tiene prisa de marcharse—muy bien! señor nabab. Decid al coronel, que M. Tower ha venido á verlo: él comprenderá el objeto de mi visita y quedará contento de ella. Añadireis que estamos prontos para ese casamiento y que esperamos su visita de futuro esposo en nuestro parador de Roudjah.

—Es una desgracia! añadió para si mismo: asunto perdido! ahora es menester sacrificarse en buena gracia como lo hago. Seamos diplomático en todo y por todo. Me queda la condesa Octavia. Ella es jóven, y rica como un Crespo.

El pequeño convoy tomó al punto el camino de Roudjah.

Mientras caminaban, organizó Tower planes infalibles. Resolvió fijarse despues del casamiento, cerca de los dos

esposos y concentrar todos sus recursos de fascinación sobre ambas mugeres. Aquel era un porvenir delicioso, que endulzaba la contrariedad presente y que ya escitaba en él una altanera piedad por aquel desgraciado Douglas, bastante imprudente para casarse con una jóven por violencia y preparar de este modo triunfos demasiado fáciles, á un temible rival.

Al subir la escalera de la habitación donde las mugeres lo aguardaban, Tower arregló su rostro, ensayó los tonos de su voz y ordenó algunas frases á propósito para empezar la conversacion. La puerta se abrió como por sí misma, pues el retorno de Tower era espiado desde las persianas; y Amalia le interrogó en cuanto llegó á la puerta.

—Señorita—dijo Tower juntando las manos bajo la barba—dentro de algunos dias os llamaremos, señora Douglas Stafford. Se está preparando vuestro baile de bodas en Nerbudda. Yo he visto

á los criados ocupados en este trabajo. La señora condesa Octavia y yó estamos invitados.

—Està bien!—dijo Amalia con un largo suspiro—además era lo que yo esperaba... Mr. Tower, os doy gracias....

—Yo egecutó vuestras órdenes, señorita.

—Dios mio! bien lo sé. No es culpa vuestra si me caso.....

—Oh! bien podeis creerlo, señorita—dijo Tower levantando la mano derecha y lanzando una mirada de una espression estúpida—pero es necesario resignarse al destino. Yo he egecutado vuestras órdenes. He dicho que estabamos prontos á ese casamiento. Ya recibiréis mañana la visita del coronel.

—Mañana parto yo!—dijo Octavia levantandose para pasearse á grandes pasos—no quiero volver á ver al coronel Douglas... Pero á todo esto, que es de ese infame sir Edward?... No hay justi-

... humana en este país!... perdonad M. Tower, tened la bondad de dejarnos solas... esto no debe divertirnos mucho..... Como! el conde Elona desaparece; nosotras acusamos á sir Edward; él no puede justificarse; no puede explicar la sangre que mancha su vestido, el desorden que trastorna su fisonomía... Cain no puede decirnos donde está Abel, y para un hombre semejante y para tal crimen, habrá una repugnante impunidad?

—Octavia, Octavia,—dijo Amalia suspendiéndose al brazo de la condesa—tu no me abandonarás, no. Tengo necesidad de ti, Octavia. Me es indispensable al menos una amiga como tú, para quejarme, para que me consuele y sostenga.....

—Has pensado bien eso, Amalia! Yo volver á Nerbudda, yo! Oh! imposible! He salido de allí para siempre. Solo yo se la amargura que me ha costado el momento de reposo que tomé en esa habitación.

—Quieres quitarme toda esperanza, Octavia? Tu quieres que muera victima de mi deber y tu falsa amistad.

Amalia se sentó y dejó correr sus lágrimas.

—El dia va á concluir,—dijo Octavia con voz sombría,—y el miserable no se ha presentado!... Oh! qué bien inspirada fui cuando una noche le dije en Smyrna: *tendréis mi odio, mi odio implacable, hasta mi muerte!* El amor de una muger puede extinguirse; su aborrecimiento, jamás.

En aquel momento, la escalera resonó al arranque de una ascension furiosa y tres golpes ligeros retumbaron en la puerta de la sala, como si el respeto hubiese detenido repentinamente en su ardorosa escitacion, á aquel que pedia ser introducido.

Ambas jóvenes cambiaron una mirada y á pesar de su desesperacion, echaron tambien una rápida ojeada sobre el desorden de su tocado, con un movimiento

natural de costumbre que podia muy bien acomodarse á su extremo dolor.

—Entrad, —dijo Octavia con voz agotada que parecia cesar su ultima palabra.

La puerta se abrió y el conde Elona apareció en la sala.

Dos gritos estallaron en el pecho de ambas mugeres, y murieron en sus labios. Todo lo que refleja la vida o se vela de muerte sobre rostros llenos de encanto y de gracia, brilló y anubló á la vez la fisonomia de Amalia y de su noble amiga; sus ojos espresaron mil pensamientos en un instante.

El conde Elona habia llegado por la mañana de aquel dia y mucho antes que saliera el sol á la cabaña donde Nizam habia establecido su misterioso taller. Las puertas de Roudjah estaban cerradas aun á aquella hora, y Elona, agobiado de emociones y cansancio habia traspasado el sueño ordinario del soldado. El sol tocaba ya al cenit cuando despertó en su estera

de campaña. Nizam, el infatigable servidor, no se habia detenido mas que una hora para dar sus últimas órdenes á sus trabajadores y sus instrucciones á Elona; misterio que se aclarará bien pronto. Al llegar á la posada de las *Dulces Horas*, Elona quedó sorprendido de no encontrar á Tower, á Amalia ni á sus sirvientes. Nadie pudo indicarle qué habia sido de ellos. Arregló el desorden de su vestido con minucioso esmero, temeroso de despertar sospechas y esperó. M. Tower, al salir de la habitacion de nuestras dos heroínas como hemos dicho, se paseaba al acaso por la poblacion y habiendo encontrado con Elona, tuvieron una corta y viva explicacion que debia producir el incidente que acabamos de referir.

—Señoras, dijo el jóven conde con triste sonrisa, vengo á agradeceros el interés que habeis tenido á bien manifestar por un pobre proscrito. Béndigo la causa de mi ausencia, pues que me ha proporcionado la ocasion de co-

ver mis verdaderos amigos.

—Conde Elona, dijo Octavia haciendo un esfuerzo supremo para hallar palabras é ideas, ese interes es muy natural... Estamos todos aquí tan lejos de nuestros pais.. que nos miramos como compatriotas, como hermanos .. Una ausencia inesplicable, misteriosa, acompañada de circunstancias cuando menos singulares, puede con razon alarmar una familia, pues nosotros formamos una familia en este desierto.

—Es él de verdad! dijo Amalia que parecia revivir despues de haber sido herida por el rayo, pero que pálido está! no es verdad Octavia?

—El conde Elona, dijo Octavia ensayando una sonrisa que abortó sobre los labios, debe encontrarnos tambien muy cambiadas.

—Nada de eso, señora, dijo Elona sentándose con la calma de un hombre que no tiene ninguna preocupacion y se dispone á pasar la velada en familia.

—Pues sin embargo hemos pasado una

noche muy cruel, dijo Amalia ah! sois muy culpable señor conde, añadió con una dulzura que corregia la acusacion.

—Culpable! dijo Elona riendo seriamente; hay momentos en que no se sabe rehusar.... Ya conocéis el carácter atractivo de sir Edward... Me ha pillado desprevenido... y me ha obligado á acompañarle á una cacería...

—Conde Elona, dijo Octavia, cuya mente estaba ocupada en aquel momento por una multitud de pensamientos contradictorios, hemos supuesto que sir Edward os habia arrebatado... No desconfiais de sir Edward, candido joven?

—Yo, señora, desconfiar de sir Edward!... Le seguiria con los ojos cerrados al fin del mundo.

—Al primer paso, señor conde, abriais los ojos.

—Condesa Octavia, dijo Elona en tono de ardiente amistad, no conozco un corazón mas noble que el de sir Edward.

En las vivas organizaciones, el menor

incidente puede repentinamente trastornar todos los pensamientos. Octavia, que desde la entrada del conde, se esforzaba en vano en imponer silencio à tantas sensaciones diversas, para volver á su sangre fria habitual, se halló de repente á su gusto al oir las últimas palabras de Elona. Una maligna espresion reanimó sus lindos ojos.

—Seguramente, dijo, que no esperaba ver al conde Elona defender á sir Edward con tanto calor. Concibo eso... esos dos señores han cazado juntos... la noche anterior... Una caza de noche debe ser una cosa muy curiosa...

—Señora, dijo Elona demasiado novicio en el arte de disimular su embarazo, señora,... se sale la vispera por la tarde para cazar á la mañana siguiente.

—Me parece esa esplicacion muy natural, dijo Amalia que se asombraba del cambio repentino sobrevenido á las facciones y á las maneras de Octavia.

—Muy natural,—dijo Octavia, aguzando cada sílaba como un dardo—muy na-

tural... No digo yo otra cosa.

—Pero me parece...—murmuró Elona por decir alguna cosa, y sin intencion de continuar.

—Si eso os parece tambien, conde Elona,—dijo Octavia—habeis pasado la noche en Nerbudda, y esta mañana habeis cazado...

—Señora, no veo en esto nada de sorprendente,

—Eh! decidme, señor conde, como os ha venido repentinamente esa pasion por la caza? En Smyrna, donde no habia el temor de volverse caza uno mismo, habeis siempre profesado el mayor desden por la caza y los cazadores; aqui en Bengala, donde los tigres cazan á los hombres, partis una hermosa noche para haceros el Robin de los Bosques: una sola palabra de sir Edward hace nacer en vos esa pasion, despues de la puesta del sol... os reis, conde Elona!.. yo tambien rio... veis?.. Despues de uua mala noche, es menester divertirnos con algunas chan-

zas... Aquí todas las veces que estos señores se ven obligados á manifestar donde han estado, nos dicen. Hemos estado de caza. Esto responde á todo... Ayer sir Edward me ha respondido eso, pero yo no admito la disculpa, creedlo...

—Octavia, dijo Amalia, en el colmo de la admiracion, Octavia, yo no te comprendo... Verdaderamente se diria que sientes ver vivo al conde Elona, despues de haber participado de mi dolor esta noche...

—Amalia, yo me entiendo... yo me entiendo... y el conde Elona mismo me hace mas justicia que tu.

—Señora condesa, dijo Elona, os juro que no adivino el sentido de vuestras últimas palabras...

La frase fué cortada por una mirada de Octavia. El joven conde bajó la cabeza, y en una refleccion instantanea, admitió que Octavia estaba instruida de las horribles escenas de la noche anterior; y resolvió concluir aquella conversacion temero-

so de provocar una peligrosa indiscrecion.

Reinó un largo silencio. Octavia se paseaba á grandes pasos moviendo la cabeza, y apoyando por intervalos fuertemente sus pies en el suelo. Amalia miraba á su amiga con ojos que á fuerza de espresarlo todo no espresaban ya mas que una vaga y dolorosa inquietud.

Elona que tenia serios cuidados, y que habia prometido acudir á una cita inevitable, veia con espanto adelantarse la noche, dió algunos pasos hácia la puerta, luego se volvió hácia las ventanas, como si hubiese querido preparar á las dos jóvenes á aquella marcha obligada. Octavia adivinó la intencion.

—Señor conde—dijo con una política glacial—esto no impide que estemos muy reconocidas por vuestra visita. En este pais, donde la noche es un peligro continuo é invisible para los viajeros imprudentes, nos habiamos alarmado por vues-

tra ausencia. Vos nos habeis tranquilizado, eso era lo esencial. Ahora si vuestros asuntos ó vuestros placeres os llaman á otra parte, nosotras no queremos deteneros. Obrad, señor conde, con toda libertad.

Élona murmuró algunas sílabas que querian empezar palabras y no las acababan y el noble conde no viendo alrededor de una frase completa mas que el escollo de una mentira, saludó profundamente á Amalia, desvanecida y muda, despues á la condesa, y salió dándose en la frente con la mano.

—Ahora—dijo Octavia con acento de furor contenido—ahora, doy mis cabellos á quien los quiera ganar, si me engaño en mi prevision... Amalia ese jóven saldrá de la poblacion al caer la noche.

—Octavia, dijo Amalia, en verdad que desde hace algunos momentos, eres un enigma viviente para mi; queria hablar en favor.....

—Amalia, angel mio, tu eres una niña!... tu no haz dicho nada, haz hecho bien... Amalia tu sales de tu convento, y yo soy una muger; entiendes?... No te ha llamado la atencion, ver á Elona defender con ardor á sir Edward?

—Que hay de estraordinario en eso? Elona es amigo de sir Edward...

—Y su complice! Eso es claro como el dia indiano; eso seria evidente para todo el mundo menos para ti, pobrecita mia!.. Quieres que me explique?

—Eso es lo que espero, Octavia.

—Amalia voy á destrozár tu corazón, á quemar la raíz de tus cabellos y á helarte la sangre... No retrocedes?... Pues bien! yo te digo que sir Edward tiene todas las noche citas infames con las mugeres perdidas de este pais, y que ha arrastrado á tu Elona á esa horrible sociedad!

—Eso no es posible! no es posible!—
—esclamó Amalia, con el rostro encendi-

do,—el conde Elona es un noble caballero que no ha verido á Bengala para deshonrarse!

—Amalia, niña mia, sir Edward es tambien un noble caballero. Esos señores no creen deshonrarse con esas infamias que no son á sus ojos mas que gentilesas, pasatiempos de viajeros fastidiados. Los hombres son así. Tratan el amor con una encantadora ligereza. Para ellos las mugeres no son mas que juguetes de lujo y de amor propio. No somos nosotras, segun creo, las que hemos inventado los serralllos.

—Calmate Octavia, calmate, tu pierdes la razon.

—La recobro Amalia!... Todo lo que te digo angel mio, es para ilustrarte... Que me importa á mi lo que haga el conde Elona ó sir Edward?... Yo no estoy celosa ni de uno ni de otro.

—Tal vez!

—Tal vez, dices?... En verdad Amalia que eliges bien el tiempo para ser mahi-

ciosa. Escucha... donde piensas que pasará la noche el conde Elona?

—En la posada de Roudjah; oh! estoy segura de ello!

—Novicia! quieres que arranque violentamente la venda que cubre tus ojos?

—Si.

—Muy bien! Amalia! quedaras contenta... Y que piensas de sir Edward que debia venir hoy so pena de ser deshonrado á mis ojos?

—Nada tengo que ver en eso, no me mezclo en los asuntos de sir Edward.

—Amalia, angel mio! mi niña! mi hermana!—dijo la condesa con acento de sensibilidad que conmovia—lo que hacemos ahora es horrible! me averguenzo de ello! Esta mañana hemos llorado juntas; hemos hecho de nuestros dolores una sola desesperacion, y ahora una amarga crítica se mezcla á nuestras palabras. Abrazame Amalia; ambas somos desgracia-

das!... Hay en mi mente una idea que me mata!... Esto es para volver á una loca... Cuando se tiene la desgracia de ser muger, se está espuesta á ver las preferencias de un hombre dirigirse á otra muger; pero siquiera que sea á una muger vestida de tal y que hable con una voz dulce una lengua humana... Pero aqui se os dá por rival algun monstruo de laton, con bugerías de salvage al cuello, con garras amarillas en las manos y rugidos en la voz!... Amalia ya es de noche. M. Tower está por abí cerca sin duda. Vamos á llamarlo y que vaya á saber noticias de Elona á la posada.

—Oh! estoy muy tranquila, Octavia. Puedes hacer esa esperiencia por ti, yo no necesito de ella.

Octavia calló, y algunos instantes despues M. Tower habia partido para llenar esta comision con toda la prontitud posible.

Cuando M. Tower volvió á entrar en casa del capitan Moss, brillaban ya las

estrellas, la noche estaba muy avanzada.

M. Tower permaneció en la puerta, en la aptitud de un hombre que se dispone á salir, despues de haber hecho cuanto se esperaba de él.

—Señora condesa, dijo, el conde Elona Brodzinski ha salido de la posada al ponerse el sol. El camarero le ha preguntado si pasaria la noche en las *Dulces Horas*; creo que nó, le ha respondido despues ha añadido: «ved aquí una carta que acabo de recibir de Nerbudda, le he puesto un sobre á M. Tower, entregadsela cuando entre.» la carta que viene dentro está dirigida á vos, señora, vedla aquí.

—Está bien!—dijo Octavia haciendo un ligero saludo de gracias y de despedida á M. Tower, reconozco la letra..... Si, es un billete de sir Edward... Y bien, Amalia, que dices del jóven conde?—añadió con burlona sonrisa.—Me habia engañado? Responde.

—Veamos el billete de sir Edward, dijo Amalia con voz conmovida; el billete esplicará tal vez.....

—El billete no esplicará nada, Amalia; vas á verlo.

SIR EDWARD Á LA CONDESA OCTAVIA.

»Señora, en este mundo, se está siempre en vísperas de morir, la prueba es que se muere siempre un dia siguiente.

»No es imposible que yo muera antes de la salida del sol.

»Y puesto que podemos morir cada minuto, no quiero morir deshonorado. El conde Elona os entregará esta carta, y vos me devolvereis en cambio vuestra estimacion; cuento con ello señora, como con la justicia de Dios... Nadie ha matado al conde Elona.

»Dichosos aquellos á quienes honrais con vuestras lágrimas cuando mueren un dia, y resusitan al siguien-

te para recibir vuestras sonrisas.

«Yo no soy del número de esos afortunados, al menos para las sonrisas; cuento en todo caso con las lágrimas.

»Ya veis señora, que mi estrella nupcial continua teniendo razon.

»Vuestro muy adipto, hasta mañana,

EDWARD.

—*Hasta mañana!* murmuró Octavia; *hasta mañana!*... ved ahí un extraño billete... no es cierto Amalia?

—Oh! yo no he entendido nada! dijo Amalia con tono de desgarradora inquietud, absolutamente nada... A cada uno su parte de dolor... Que horrible noche empieza para nosotras!

—Amalia quieres que vuelva à leer ese billete?

—Octavia la amistad es con frecuencia muy imprudente... Si tenia una venda sobre los ojos, porque quitarmela?... Que

odioso lujo de complacencia!

—Amalia, tu eres la que has llevado mi mano sobre tu venda... Ese billete me estremece sin saber porqué...

—Dios mio! Octavia, como cambias de razonamiento, ó de locura á cada instante!.. Ya estas reconciliada con sir Edward por un billete vulgar de enamorado mentiroso... Vanagloriate de tu experiencia, ahora, Octavia! Sir Edward dice que te ama y te amenaza con que se matará si tu no le correspondest! Ese es segun creo el sentido del billete...

—Y tu no lo haz escuchado?

—Todos esos billetes se parecen en Smyrna he visto ciento iguales... *Amame ó me matad!* decian todos; no se les ama, y viven cien años.

—Si, Amalia... Pero sir Edward!...

—Su bohemia lo consolará.

—Dios mio exclamó la condesa,—suprimid esta noche y dadnos el dia de mañana!

Ambas jóvenes se abismaron en sus

reflecciones, y á media noche se durmieron con ese sueño agitado que sobreviene cuando el alma y el cuerpo están agotados por las emociones.



XVIII.

El Valle de los Taug.

El conde Elona habia salido de la poblacion despues de ponerse el sol, y al llegar á la cabaña de Nizam, encontró doscientos cipayos, armados á la ligera, que aguardaban las instrucciones de que estaba encargado por el coronel Douglas.

En aquella cabaña era donde el joven conde habia hallado un abrigo despues de las fatigas de la última noche. Nizam n se detuvo allí mas que una hora; en seguida tomó de nuevo el camino de la monta

ña para continuar su servicio voluntario. Aquel lujo de adhesion estuvo á punto de serle fatal. Cuando llegaba á lo alto de la cresta que domina perpendicularmente el templo de Doumar Leyna, fué detenido por los soldados emboscados del teniente Stephenson, de los que ni uno solo era conocido de él. Trató de hablar para salir de aquel mal paso, pero se le cerró violentamente la boca, y se le amenazó estrangularlo si pronunciaba una sola palabra

Los soldados incrustados en las grietas de la montaña se comunicaron de unos en otros, por señas espresivas, la noticias de la captura de un Taug, á fin de que fuese trasmitida al teniente Stephenson. Este dió orden de guardar el prisionero y de no hacerle ningun mal. Nizam que tenia el genio de las señas, ensayo una nueva esplicacion en pantomima. Se le amenazó atarle los brazos si continuaba.

A la aprocsimacion del dia, el teniente Stephenson hizo emboscar su tropa en un

ángulo sombrío y oculto de la montaña y dió orden de que le llevaran el pretendido prisionero Taug.

Nizam no aguardó á ser interrogado para hablar.

—Teniente Stephenson—dijo con acen-
tode indudable verdad—yo soy Taully, por
sobrenombre Nizam; soy el mas adicto
servidor del coronel Douglas jefe de este
acantonamiento. Dejadme libre. Si el dia
que va á comenzar se pierde, no será fá-
cil recuperarlo; y se perderá si no hablo
al coronel... Desconfiais todavia de mí,
teniente Stephenson? Pues bien! dadme
con qué escribir al coronel Douglas y es-
peraré aquí su repuesta. Cuando haya
concluido mi carta la leereis antes de en-
viarla y vereis que soy vuestro amigo y
vuestro fiel aliado.

Stephenson era un oficial jóven y novi-
cio, que tenia el mérito, muy estimable
en semejante guerra, de no obrar sino con
extrema circunspeccion. Reflexionó al-
gun tiempo, y despues de nuevas instan-

cias, llenas del sello de la sinceridad, consiguió en lo que pedia Nizam.

Es inútil poner aquí la carta demasiado estensa que Nizam escribió al coronel Douglas. Ella revelaba muchas cosas que ya sabemos, entre otras, las trágicas escenas del templo subterráneo, y detallaba un plan de ataque, del que la inteligencia del coronel debía sacar un partido victorioso, completándolo. Podríamos dispensarnos de añadir que al retorno del mensajero, fué devuelta la libertad al valiente servidor de sir Edward.

Durante aquel día, el coronel Douglas y sir Edward instruidos, por la carta de Nizam, visitaron todos los puestos de los cipayos, desparramados en los macizos tenebrosos de las dos selvas inmediatas à la habitacion. Esto es lo que explica su ausencia cuando M. Tower llegó à casa del nabab, à quien encontró solo, delante de Nerbudda. Aunque Nizam hubiese previsto en su carta que los Taugis no atacarían la casa del nabab à la noche siguien-

te, sin embargo, por lujo de precaucion el coronel dejó doscientos hombres escogidos, mandados por el capitan Moss, para guardar de cerca la habitacion de miss Arinda. Sir Edward, despues de haberlo consultado con Douglas, envió un mensagero á Roudjah, para dar al coude Elona instrucciones relativas á la cabaña de Nizam. En la noche de aquel dia, nuestros dos amigos hicieron su velada acostumbrada con el nabab y su hija, y la gravedad de las circunstancias no alteró en manera alguna la alegria de la conversacion, como se puede juzgar por las últimas palabras que fueron cambiadas, en el momento en que los criados aguardaban con las antorchas en la mano, á miss Arinda y al nabab, en el vestibulo, para conducirlos á sus habitaciones.

— Si, señores, decia Arinda, he resuelto mi tocado de baile, y espero que mi coronel me cumplimentará por mi gusto. Mis doncellas me han provado hoy un traje de cresponde la China, de un medio

color, del que estoy loca de contenta. Es un amor de trage. Vuestras damas de Londres pagarían por el quinientas libras en casa de Everington, el que surte de ropas á miss Sidonia. Estaré peinada, como la diosa Lachmi, con dos bandas ondulantes sobre cada mejilla, y el resto de los cabellos, en pequeñas trenzas, caerán por detrás de la cabeza, mezclados con flores de stanopéas del mas puro marfil. Conoceis la flor de stanopéa, sir Edward?

—Si la conozco! miss Arinda; he estado á punto de inventarla—dijo Edward provocando á dos guacamayos en sus jaulas—la Stanopéa es el mas lindo capricho de la naturaleza indiana. Se diria que la Flora de Bengala ha querido copiar en miniatura una cabeza de elefante, y cincelarla en marfil. Las largas orejas flotantes y los colmillos sobre todo, son un prodigio de imitacion. Veis, miss Arinda, que conocia la *stanopéa oculata*, este su nombre?

—La conocel dijo la jóven indiana con sorpresa—Pero donde tomáis tiempo, sir Edward, para estudiar tantas cosas?

—Estudio durante la noche, miss Arinda—dijo Edward con una gravedad llena de modestia.—Ahora por egemplo, voy á dejaros. Subo á mi cuarto, abro mis infolios, mis mapas, mis albums, y me pongo á estudiar hasta las dos ó las tres de la mañana. Ensayad á venir á llamar á mi puerta, entre dos y tres, y me encontrareis inclinado sobre mis libros. Preguntad al coronel Douglas...

—Oh! lo hace como dice—respondió el coronel.

—Y esto me recuerda mis Arinda—dijo Edward, afilando con los dedos el arco de ebano de su bigote—me recuerda que tenemos que traducir, esta noche, el coronel y yo, un *pantoun malayo* muy difícil. La sociedad de sabios de Bombay nos lo pide, y el cartero sale mañana... Vos debeis conocer ese *pantoun* miss Arin-

da! Es aquel que comienza así: *E ntonces el ilustre monarca dijo á su graciosa esposa.*

—Silo conozco, sir Edward. El rey vá de cacería, y su muger le dice: *Traeme un joven cervatillo.*

—Eso es muy difícil de traducir en inglés, dijo el coronel Douglas.

—Horriblemente difícil! —dijo Edward con una calma y una formalidad admirables,—á causa de la pobreza occidental de nuestra lengua.

—Vamos á dejaros á vuestro trabajo, señores dijo Arinda... A proposito mi querido coronel—añadió dandose en la frente—olvidaba lo mas esencial. No de-jeis de enviar mañana una invitacion á un compatriota... Sabeis? el de que mi padre os ha hablado....

—M. Tower? dijo tranquilamente Edward.

—Precisamente, prosiguió Arinda; no olvideis mandarle una invitacion, á el y á sus dos señoras... M. Welles á visto á esas

dos damas; se dice que son bastantelindas, aunque un poco demasiado blancas. Dos damas mas para nuestro baile! Esto es muy importante.

—Invitaremos á las dos damas y á M. Torwer, dijo el coronel.

—Sois muy amable, mi Douglas. Estrechemonos las manos, y buenas noches.

—Será buena, miss Arinda, os respondo de ello.

Despues de separarse, Edward y Douglas ganaron el campo por el camino acostumbrado, y aquella vez con un ardor que anunciaba una violenta determinacion. Corriendo el uno al lado del otro, cambiaban algunas palabras.

—Edward, daremos un golpe decisivo.

—Octavia ama al conde Elona, mi querido Douglas...

—Ya me lo habeis repetido veinte veces, querido Edward.

—Si hubieseis visto como yó su desesperacion!.. sus lágrimas!....

—Sed hombre, Edward, sed fuerte.

—Esta noche no tiene día siguiente para mí, Douglas.

—Esta noche, Edward, es necesario hacer su deber.

—Douglas, lo haré demasiado; ya lo vereis.

—Estará todo pronto en la cabaña de Nizam?

—Sí, ya os lo he repetido veinte veces, Douglas. Elona está advertido.

—Elona debe reunirse en Doumar —Leyna?

—Sí, Douglas y espero que allí pereceremos ambos.

—Que habeis hecho de vuestra generosidad, mi querido Edward? Vos deseais la muerte de un hombre!

—Y la mía también, Douglas, lo trato como á mí mismo...

—Y si lo vieseis en peligro de muerte, lo socorreríais aun, Edward.

—Eso es verdad, Douglas.

—Estais loco.

—Tambien es eso verdad.

—Sois injusto...

—Douglas, cuando uno está enamorado, lo es todo, menos hombre.

—Pensemos en la hora presente, Edward! los Taug de mi distrito están a nuestro alcance. Yo prodigo mi sangre y mi vida; doy un golpe decisivo, y si salgo vivo de este infierno, envío mi dimisión al ministro y me caso con miss Arinda. De este modo habré satisfecho tres cosas sagradas: á mi corazon, á mi honor y á mi deber.

—Que estraña vida llevamos querido Douglas!... Miss Arinda vá á dormirse tranquila, formando castillos en el aire. Pobre jóven! mañana puede despertar viuda la víspera de sus bodas!

—Dios mio! que puedo yo hacer Edward; es necesario que la engañe continuamente hasta el dia de la verdad. Es una terrible obligacion: la sufro. Juego á un juego de azar. Se gana cuando hay fortuna.

—Yo he perdido!

—Edward, os parece que doscientos hombres sean suficientes para defender esta noche, en caso de ataque, la habitacion de mi Arinda?

—No habrá ataque, como nos ha escrito Nizam. Los Taug creian que su fakir Souniacy estaba prisionero en Nerbudda, y esa era la razon porque querian hacer un estravagante esfuerzo de sorpresa para librarlo; hoy lo han hallado y no pensaran mas en su ataque nocturno: eso es evidente!

—Asi lo creo, Edward; tengo necesidad de creerlo para entregarme enteramente à mis soldados.... Ni una palabra mas. Ya nos encontramos en los puestos avanzados. El gesto vá á suprimir la palabra. Adios á las mugeres, hasta mañana.

—Hasta jamás tal vez! dijo Edward con voz sombría, cuyo timbre parecia resonar por primera vez al oido de su amigo. ...

Cuando los soldados que llegaban con el conde Elona de la cabaña de Nizam se reunieron á los del coronel Douglas, formaron un debil destacamento como de trescientos hombres. Nizam se les reunió al pie de la montaña Serieh, y segun sus infalibles calculos, el número de enegos reunidos piadosamente á aquella hora, en el templo de Doumar—Leyna, debia ascender á mil doscientos. Forzados en batalla, los Tangs no habrian defendido el terreno un solo instante, pero su tactica, su fuerza, su valor, y su destreza los hacian temibles en las posiciones y los momentos que sabian escoger. Agresores ó atacados, se lanzaban al cuello de sus enemigos, luchaban cuerpo á cuerpo con ellos para neutralizar el empleo de las armas, tan dichosos en matar como en ser muertos; porque la muerte no puede inspirar ningun temor á salvages fanáticos que estan persuadidos que despues de su vida iran á oir los aires melodiosos del *Sitar*, al lado del Dios—Azul, en el jardin de Mandana.

Nizam que conocia las localidades, marchaba al frente de la pequeña columna, al lado del coronel Douglas. Atravesaron una selva profunda que se elevaba de la llanura, é iba á terminar en la base de la montaña, y se abismaron en un valle tenebroso que conducia á lugares áridos y desolados, cuyo siniestro aspecto era aumentado por la noche. Nizam no vacilaba jamás en la eleccion de camino: cuando por intérvalos, las rocas cruzaban sus picos y sus abismos, y parecian hechar sus barreras inespugnables á la audacia del hombre, Nizam se abria un camino á través un surco de grietas, y todos se escurrian, detrás de él, como enormes reptiles, con la misma ligereza, con la misma agilidad.

Despues de tres horas de ardiente marcha, Nizam se detuvo en la orilla de un valle que cerraba el camino, como el cauce de un rio sin agua. La naturaleza habia agotado sus horrores en el paisaje que alumbraban en aquel momento las estre-

llas. A la derecha un prodigioso monton de rocas derrumbadas, servia como de pedestal en ruinas, á la inmensa muralla de una montaña cortada perpendicularmente.

Nizam se colocó delante del coronel, y con una pantomima tan espresiva como la palabra le habló de esta manera: á vues- tra derecha, allá arriba, entre esas rocas trastornadas y al pié de esa montaña, se halla la entrada del templo de Doumar- Leyna, lleno de Taug's en este momento. A la aurora los Taug's bajarán de esas alturas inaccesibles para esparcirse por los campos, y volver á sus tareas de cultiva- dores, de jardineros, de pastores, de mondadores de arroz, ó mendigos. Pero antes de separarse deben todos pasar por este valle, que yo he nombrado, Valle de los Taug's. Ecsaminad este valle, tanto como la noche os lo permita; está formado por dos pequeñas colinas que no son mas que dos largos montones de enormes ro- cas grises suspendidas á derecha é izquier- da sobre un desfiladero profundo. Vais á

ver ahora como he usado de la comision que me habeis confiado cerca del capitan Moss. La estratagema trabajada en el taller de mi cabaña nos asegura el suceso, segun creo, sin demasiada presuncion.

Al punto los soldados dejaron sus vestidos y no conservaron mas que sus armas. La tropa se dividió en dos destacamentos: el uno descendió en el valle y subió á la colina opuesta, pero sin separarse mucho del desfiladero que seguian siempre los Taugs; el otro bajó para establecerse al mismo nivel. Los terrenos escogidos estaban erizados de trozos de rocas angulosas, cual si un doble avalanche de granito, caido de las dos colinas y roto á su caida en millares de fragmentos, se hubiese detenido á la doble orilla del estrecho camino. En seguida se distribuyó á los soldados pedazos de tela grosera, angulosa, perfumada de aromas y pintada al matiz de las rocas inmediatas; esta era la estratagema inventada y preparada en

la cabaña de Nizam, con una habilidad infinita de imitacion, cosa comun á los Indios y los Chinos. Cuando en ambos lados los oficiales y los soldados hubieron tomado aquel extraño traje de campaña, el coronel Douglas, Edward y Elona, permanecieron de pie un instante, y se manifestaron por un cambio de miradas la satisfaccion que les causaba la nueva astucia de guerra. Rocas vivientes ó muertas, todas pertenecian á la misma especie geologica. La mirada sin duda no podia, al comenzar el dia, distinguir el terreno parásito del terreno natural.

Antes de tomar su puesto, como los otros, Elona entregó á Edward una carta escrita con lapiz, rogandole la leyese, al primer reflejo del alba. Aquella carta estaba concebida en los terminos siguientes:

«Mi querido Edward, vedme aquí en presencia de un enemigo que no es el mio y alque me repugna combatir, por que me es imposible guardarle rencor de ven-

ganza. Si los Taugs han querido estrangularme en Doumar-Leyaa, es porque me creían uno de los vuestros: estaban en su derecho.

«Estos salvages, atacando á los ingleses y á sus aliados indios, defienden su país; ellos no me han hecho ningun mal, y no puedo en conciencia hacer causa comun con vos en ésta ocasion. Esta manera de considerar vuestra guerra, es sin duda á vuestros ojos injusta ó absurda; sin embargo, debe permitirseme explicarme. Mis principios son invariables, y no los sacrificaré hoy alegando la excusa de que nos batimos con barbaros escluidos del derecho de gentes.

«Por otra parte, vos habeis hecho un llamamiento á mi adhesion, mi querido Edward, conservo un buen recuerdo de los servicios que me habeis prestado y os estoy sobre todo muy reconocido al valor increíble con que os habeis precipitado á mi socorro la otra noche. En éste momento os hallais en peligro de muerte, tengo un

deber que llenar y lo llenaré. Es menester tambien que siga al coronel Douglas en el terrible combate que vá á empeñarse á la aurora; ved aquí la razon moral: yo sé que el coronel Douglas está obligado, por motivos de politica y de alta conveniencia, á desposarse con la señorita Amalia. Mi deber, pues es guardar la vida del coronel, por que es mi rival, por que debe destruir para siempre mi ventura consumando ese matrimonio. No quiero que se diga que podia salvar la vida del coronel, Douglas combatiendo junto á el, y que he preferido por un odioso cálculo de celosa rivalidad, permanecer separado y especular para mi amor con su muerte.

• Ved aquí con qué condiciones me empeno en este asunto: yo, el conde Elona, soy amigo del coronel Douglas y de sir Edward, y además les debo gratitud. Atravesado con ellos un desfiladero de Bengala, mis amigos son atacados por estranguladores de profesion, pongo mano á mis armas

y defendiendo á mis amigos. Si como se afirma, gran número de Taug, abandonando su antigua costumbre, se hallan armados esta noche con armas de fuego y puñales malayos, el peligro será mas grande y mi deber de asistencia mas imperioso. En todo caso yo jamás haré fuego el primero. El ataque me está prohibido, la defensa es mi derecho. Es inutil deciros á vos, sir Edward, valor! Solamente debo prevenir que mañana tendreis dos brazos mas unidos á vuestro cuerpo, estos serán los míos.

«ELONA.»

El pequeño ejército de Taug que estaba establecido en el distrito de Nerbudda y que obedecía al viejo Sing y al fakir Souniacy, era la mas astuta de todas las hordas de Bengala. El coronel Douglas y Nizam habian comprendido muy bien que era necesario desmoralizar los estranguladores del viejo Sing mos-

trándose mas Taug que ellos mismos, es decir, sobrepujandolos en engaños, pues que su nombre significa engañadores. Para alcanzar este resultado victorioso, era menester tomar la iniciativa de las astucias y batirlos con sus propias armas. Hasta aquel momento se les habia dejado el privilegio de los ataques nocturnos y de las emboscadas diestramente combinadas, fuerza era asombrarlos mostrándoles que á despecho de sus misteriosos retiros, podian ser tendidos bajo sus pies, lazos mortales, y que iban en fin á su vez á ser victimas de las emboscadas inteligentes de sus enemigos.

Esta idea habia inspirado la nueva tactica que vamos á ver en obra en los abismos de Doumar-Leyna.

Al ocultarse las últimas estrellas, un concierto de voces monótonas descendió de la montaña y corrió de ecos en ecos al fondo de los precipicios cual si cada roca hubiese repetido á su vez el refran del himno religioso. Los Taugs cantaban al

salir del templo, estrofas del poema sagrado de *Ramaiana*. Algunas piedras desprendidas del pavimento, anunciaron que la banda se ponía en marcha, sirviéndose de los innumerables peñascos amontonados, como de una escalera, después se extinguieron todas las voces y no se oyó mas que el ruido de los pasos en los últimos momentos del silencio de la noche.

Las montañas del horizonte de la aurora, resplandecían en sus cimas, dejando aun al fondo de los abismos una claridad dudosa, cuando los Taugs entraron en el desfiladero, que era su camino acostumbrado para llegar á la llanura. En el momento oportuno, un silbido agudo resonó en aquella espantosa soledad, y todas las rocas del valle rodaron sobre la columna de Taugs, é hicieron estallar al instante una descarga de rayos á sus pies. Las últimas filas de estranguladores, espantadas por aquel prodigio lo atribuían al poder divino, y saltaban de roca en roca, como

G. DEL NIZAM. TOMO III = 8

gavilanes sorprendidos por águilas, hasta la entrada del templo para ponerse bajo la proteccion de sus dioses. Aquel movimiento habia sido previsto. Los soldados indianos de Stephenson habian ya descendido de lo alto de las crestas ayudándose de las piedras salientes, de los manojos de yerbas, de las hendiduras de las rocas y de las raises tortuosas; y favorecidos por el terreno rechazaron los Taug fugitivos, precipitándolos muertos ó vivos en los abismos, en el momento en que sus pies mal seguros vacilaban á la orilla de los precipicios. En el valle, el combate se encarnizaba sobre un monton de cadáveres, entre los soldados de Douglas y los mas intrépidos estranguladores. De una parte y otra habia cesado el ruido de las armas. La lucha era cuerpo á cuerpo; las manos y los dedos se crispaban en las carnes vivas, cuando los puñales se rompian contra los huesos. Un ahogado estertor de agonía, de dolor y de rabia, corria por toda la línea como el ruido de

de un torrente. Los Taugs se dejaban caer como heridos de muerte, y tendidos en el suelo, rompian con piedras agudas los pies desnudos de sus enemigos y los estrangulaban antes de incorporarse para morir. Nizam, herido en la cabeza, fué dominado por un acceso de locura furiosa que dió al combate un nuevo caracter de horror. Se armó de dos criks malayos, y arrojó con voz de trueno el formidable grito: *amok!* grito tan conocido y tan terrible aun en Bengala, y que las islas de la Sonda han enviado al continente. El *amok* resvalando en sus labios, la espuma en los dientes, los ojos horribles de sangre y de llama, Nizam saltaba con las alas de un demonio y la agilidad de un juglar sobre las filas compactas de Taugs, y prodigaba las heridas y las maldiciones indianas. Los soldados de Douglas arrojaron el mismo grito y se precipitaron con ese furor infernal que les dá su sangre y su sol, sobre los estranguladores sobrecojidos de espanto; mientras

que los cipayos de Stephenson, descendidos del otro lado acabaron la derrota apoderándose del viejo Sing y de su escolta de sacerdotes y fakires.

La historia dice que solamente doscientos Taugs escaparon de la carnicería del valle de Doumar-Leyua. Se hizo un gran número de prisioneros; y las aves de presa y las bestias salvages del desierto, se regocijaron largo tiempo con esta batalla. Los honores de la sepultura no fueron concedidos mas que á los soldados anglo-indianos.

Douglas, Edward y el jóven Elona, estaban desconocidos aun á los primeros rayos del sol levante. Habian combatido en lo mas fuerte de la pelea, y era difícil reconocersi la sangre que se veía sobre ellos procedía de sus venas ó de las del enemigo. Elona no se habia separado del coronel; constituyendose en su guardian, y aquella asistencia fraternal y vigilante habia sin duda ahorrado mas de un golpe fatal á Douglas el cual en su calidad de gefe, debia natu-

ralmente velar por sus soldados y muy poco por sí.—Querido conde Elona, dijo Douglas estrechando las manos del joven. os doy gracias; sois un excelente guardia de corps. Siento no poder hacer nada por vos. No tengo ningún grado que daros. En este asunto, el que ha representado un noble papel sois vos.—Mi querido coronel dijo Elona, he hecho bien poca cosa pero es necesario sin embargo que hagais algo por mí... Hay allá arriba por cima de esos abismos que reconozco bien, nueve cadáveres estendidos al pie de un infame altar; nuestro deber es sepultarlos.

El coronel hizo un gesto de satisfacción y volviéndose hacia Nizam, que llegaba con el grupo de los prisioneros le dijo:

—Nizam, creéis que los cadáveres de nuestros desgraciados soldados estén todavía allá arriba en el templo?

—No, mi coronel, dijo Nizam con voz todavía borrascosa, por decirlo así, des-

pues de la tempestad de su *amok*,—no, los cadáveres han sido enterrados segun el uso de esos bandidos.

—El viejo Sing, debe conocer el sitio en que han sido depositados.

—Seguramente, mi coronel, el viejo Sing conoce ese sitio y los otros tambien lo conocen. Pero...—añadió Nizam,—miro por todos lados y no veo á sir Edward, es demasiado diestro para dejarse matar por esos animales! donde está sir Edward?

—No os inquieteis, Nizam, dijo Elona, acabo de estrechar las manos de sir Edward; se habra batido probablemente, segun su costumbre, con el aire de un hombre que tiene un soberano desprecio de sus enemigos, y que no quiere darles el honor de dejarse matar por ellos... mirad, ved ahí á sir Edward que llega.

Inmediatamente despues del combate, Edward habia tratado de buscar un arroyo en aquel árido desierto, estudiando el matiz de las rocas y las yerbas que naciau

aquí y alla en las cornisas de las montañas. Hallado el arroyo nuestro gracioso gentil hombre se habia purificada en él de las manchas de la batalla, y se dirigia hacia el grupo de sus amigos, con un dandismo esquisito, impregnado tal vez de alguna afectacion, muy escusable por otra parte, porque la fatuidad no es permitida mas que sobre un campo de batalla, así lo ha dicho un moralista del siglo anterior.

—Amigos míos, dijo Edward, la muerte es una cosa muy difícil de hallar, no muere el que quiere. El Manfredo de Byron dice: *Es facil morir...* No tan facil, mylord!

—Habeis tratado de morir, Edward?— dijo Elona asombrado de la triste sonrisa de su amigo.

—No precisamente, mi querido Elona... hay momentos de melancolía mortal... Vos sabeis eso mejor que nadie, mi joven conde... momentos en que daría una vida por la primer fantasía de niño... por

una muger... Amigos míos, acabo de descubrir, allá abajo, detrás de ese bastión de rocas, un arroyo encantador, un agua vírgen, es un delicioso tocador...

—Ese es el mismo! exclamó Nizam... sí, yo conozco ese arroyo... no hay mas que ese en estos contornos.

—Un arroyo estraviado, dijo Edward; parece que la aridez del sitio lo ha olvidado por distraccion, y que va á beberse en el primer momento de sed. Apresuraos pues si quereis disfrutar de él.

—Coronel Douglas, quereis enterrar los cadáveres?... dijo Nizam.

—Os comprendo, Nizam, dijo el coronel con tristeza.

—Seguidme mi coronel,

—He de acompañaros, Douglas? preguntó Edward.

—Es necesario, Edward, amigo mio; es necesario.

—Pero si ya conozco ese arroyo; si soy yo quien lo ha descubierto.

—Venid sin embargo y descubrireis otra cosa,

Douglas, Elona, y Edward se encaminaron hacia el arroyo, y cuando hubieron dado algunos pasos en aquella direccion, el coronel habló al oído de Nizam, que hizo una señal afirmativa, y volvió hacia el desfiladero del combate, donde el teniente Stephenson dirigia las inhumaciones.

—Coronel Douglas, dijo Elona, este episodio misterioso os ha hecho olvidar mi peticion.

—Nada he olvidado, conde Elona.

—Me parece coronel, prosigió Elona, que nuestro primer deber es pensar en los desgraciados prisioneros estrangulados delante de mi y.....

—Vuestro celo es laudable dijo el coronel interrumpiéndolo, pero esperad un poco, quedareis satisfecho.

Nizam volvió seguido de una escuadra de cipayos y continuaron marchando hacia el arroyo.

Llegados á la orilla, Nizam ecsaminó el terreno en una estension de quinientos pasos; arrancó las plantas fluviales para ecsaminar las raices, y removi6 profundamente la tierra con sus dedos, y reparando en fin que el arroyo formaba una curba poco natural, entre dos orillas bordadas de flores colocadas allí artificialmente, se dió en la frente esclamando: *Aquí es!*

Al punto los inteligentes cipayos cavaron, con una destreza maravillosa, un lecho de arroyo al lado del otro; concluido este trabajo dirigieron por aquel punto el agua corriente y pusieron el primer lecho en seco. Entonces se descubrió una tierra removida hacia poco y despojada de ese musgo y de esas capas de yerbas que mantienen la humedad en el fondo de los arroyos. Los soldados cavaron por la indicacion de Nizam, y se descubrieron nueve cadáveres.

Elona los reccnoció y lloró.

De este modo era como los Taug's en-

terraban sus víctimas, para ocultar á las mas minuciosas investigaciones las trazas de los asesinatos religiosos. Cambiaban sobre un punto el curso de un arroyo y le daban un nuevo lecho que era una tumba.

El coronel Douglas hizo llamar á todos los soldados, para rendir los honores militares á los muertos de Doumar-Leyna; se cavaron para ellos profundas fosas, y sobre el terreno fúnebre, se rodaron grandes trozos de rocas, para librar los cadáveres de las hienas y de las aves de presa que escavan las sepulturas en las horas de hambre.

Cumplido este piadoso deber, el coronel Douglas dió la señal de partir, y el destacamento abandonó aquella vertiente de la montaña para entrar en dominios mas serenos. Los soldados de Stephenson recibieron la órden de no mostrarse en Roudjah hasta la tarde, despues de la puesta del sol, á menos que las circunstancias no hiciesen tomar otras

disposiciones. El capitán Moss tomó de nuevo sus puestos en las selvas de Nerbudda.

—Ese es un lujo de precaucion, dijo Nizam, porque creo que nuestros Taug de aquí no se moveran mas, despues de la leccion de esta mañana. Sin embargo eso no se opone á que velemos siempre.



XIX.

El tutor Tower.

Aquel mismo día, á la hora en que la sangre corria en el valle de los Taughs, delante del pico de Doumar—Leyna, miss Ariada levantada con la aurora, daba sus ordenes para el baile del día siguiente, y la condesa Octavia á Amalia volvian á entrar acompañadas de M. Tower en la posada de las Dulces Horas, despues de una ultima y borrascosa noche pasada en la casa del capitan Moss.

Ambas jóvenes habian agotado toda conversacion posible sobre Edward y el

jóven conde Elona. Habian llegado á ese silencio sombrío, interrumpido por intervalos con algunas sílabas sordas; á ese silencio que parece decir que todas las sospechas acaban en fin de ser reconocidas legítimas y que es inútil llevar mas lejos esa ciega complacencia de la amistad ó del amor que quiere engañarse así misma para justificar ausencias demasiado evidentemente criminales.

Erø pues para aquellas dos mugeres un hecho cierto y reconocido, que Edward y el conde Elona, aquellas dos naturalezas de privilegio, faltaban á su honrosa reputacion; se parecian á una multitud de otros hombres, empleaban sus dias en engañar las afecciones de sus noches, y las noches en engañar las afecciones del dia. Cosa desoladora, pero incontestable.

M. Tower aventuraba por intervalos algunas timidas y cortas apariciones, esperando siempre que el atractivo de su presencia daria en fin un nuevo giro á aquella crisis doméstica, y que el antiguo

estado de cosas iba à renacer á la primera ocasion. M. Tower atravesaba la sala ya con paso grave, ya ligero; no preguntaba nada, pero tenia la pretencion de adivinar lo que no se le decia; ya levantaba una persiana; ya eclipsaba con un pliegue de las cortinas, los rayos que reflejaban en la pared, ó corregia una falta de simetria en dos vasos de flores, ó daba curso á una corriente de aire favorable y suprimia la que podia ser peligrosa; abria la puerta y fingiendo encontrar resistencia, empujaba con la punta del pie un obstaculo que no existia; luego ecsalaba una sorda respiracion, dejando suponer que habia creido oir una voz que lo llamaba en el momento de salir. Todas estas astucias vulgares que Tower miraba como el elixir de la diplomacia domestica, no produjeron durante algunas horas ningun resultado. En fin se aventuró, desde el umbral de la puerta, á reemplazar el suspiro de interrogacion por una frase claramente articulada: --Condesa Octavia--dijo, me

parece que me habeis llamado?

—Ah! sois vos M. Tower!—dijo Octavia en tono de distraccion, y levantando la cabeza que desde hacia mucho tiempo apoyaba en la mano derecha.—No, no os he llamado... no importa venid... Vos sois muy dichoso, monsieur Tower, vuestra cabeza está... libre...

—No creais eso señora, no creais eso—dijo Tower, recostandose contra la pared, al lado de Octavia, y entreabriendo su gabán para apoyar su mano derecha—mi cabeza está libre en el sentido de que sé domar mis pasiones, y que me digo no iras mas que ahí, nada mas lejos, y te detendras. Pero—añadio poniendo la pierna derecha sobre la izquierda y balanceandose sobre la punta del pie—pero no por eso se tiene la cabeza enteramente libre... yo conozco las mugeres, y tengo un principio con respeto á ellas, no les doy jamas mas que la mitad de lo que me dan ellas; de esta manera cuando arreglamos cuentas dependen de mí.

—Es un buen principio el vuestro, monsieur Tower—dijo Octavia con esa negligencia de palabras, que anuncia la poca importancia que se dá á que continúe ó se termine la conversacion.

—Me va bien con el, dijo Tower, muy bien.

—M. Tower, habeis tenido una vida borrascosa? preguntó Octavia mirando la plataforma.

—Ah!... ah! señora!

Tower abrió desmesuradamente sus ojos llorosos y movió la cabeza agitando la mano que tenia metida en el gaban.

—Vuestra tez conserva sin embargo su frescura, monsieur Tower!...

—Mi padre era Escoces, señora. Esta es una tez de familia, podria mostraros en mi casita de Bond—Street, los retratos de mi padre y de mi abuelo. A los sesenta años tenian rostros de querubin, y sabreis señora, que mi abuelo fué uno de los hombres mas corridos de la Escocia, habia sido designado para ser page. Su nombre era

Valentin. Walter Scott lo ha diseñado claramente en la *Linda joven de Perth*. En Londres no se hablaba mas que de Valentin Tower. Jorge 4.º quizo verlo he hizo que se lo presentasen en Hampton—court. A los sesenta y cinco años, apostó cien libras á subir á la cima de Arthurscet y escribir su nombre; era justamente el dia de San Valentin, gran fiesta en Edimbanrg, como sabeis. Ganó la apuesta; pero cometió la imprudencia de beber agua helada. Le sobrevino una pleuresia. Se le sangró, pero desgraciadamente demasiado tarde y murió dos dias despues. Se puede decir que Edimbourg á llevado luto por Valentin Tower.... un coloso!

—Que interesante es lo que nos está contando ese señor! murmuro sordamente Amalia levantandose para apoyarse en el balcon detras de las persianas.

—Gustan las señoras que llame para el té? dijo Tower con su voz mas dulce.

Llamad monsieur Tower, dijo Octavia. Es menester matar las horas de algun mo-

do.... Dios mio! si pudiese partir mañana... Quisiera poder pedir un buque, como se pide una tasa de té.

Tower ecsaló una de esas risotadas que dosolan un salon.

—Pues señora eso se puede, dijo estinguendo la risa con fingida dificultad, eso se puede muy bien.

—M. Tower, puedo contar con vos, si quiero volver á Europa?

Tower se incorporó con orgullo, tomó su postura de buen mozo, y se echó una rápida mirada de pies á cabeza.

—Sabeis señora, que tengo que cumplir un deber sagrado. Una vez cumplido, estoy á vuestra disposicion para cuanto ecsijais de mí.

—En la jerga de tutores, dijo Amalia siempre inclinada al balcon, llaman á esto *un deber sagrado que cumplir.....* Casar á una pobre huérfana á pesar suyo, con un coronel que tampoco lo hace por su gusto!

—Señorita, dijo Tower; sin saber lo que iba á decir, señorita, sabeis que mis instrucciones.

—Está bien! dijo Amalia dando con el pié en el suelo con vivacidad.

—M. Tower, continuó Octavia, admitamos que habeis llenado ese deber sagrado, nada nos detendrá ya en Bengala?

—Pero... nada... sí... me parece..... A menos que la señorita Amalia no quiera....

—Yo! dijo Amalia, siempre sin volverse; cuando se me halla sacrificado, se-
reis muy dueño de ir á donde mas os agrade.

El rostro de Tower se contrajo por la espresion de esta idea: ved ahí los celos evidentemente, ó yo no entiendo una palabra en la materia.

—Podeis pues conducirme á Francia, monsieur Tower? continuó Octavia.

—Si, señora; y aun tengo razones personales para ir á Francia... No se sabe lo

que puede suceder.... En Francia, podré por mis amigos, saber las intenciones del ministro con respecto á mi.

—Os comprendo, monsieur Tower.

Tower se paseó por la sala para entregarse todo entero con todas sus ventajas á la admiracion de Octavia.

—Os gusta la Francia, monsieur Tower? añadió la condesa.

—La Francia? hermosa condesa... Amo mucho á la Francia... pero os confieso que tengo una cierta repugnancia por los Franceses... Esto no es por antipatia nacional, creedlo... El Frances me parece demasiado ligero, demasiado frivolo.... tiene un amor propio de mil demonios... se cree amado de todas las mugeres. Perderá de buena gana una querida por una indiscrepcion y un amigo por un *calambourg*... Yo he tenido dos lances de honor en Paris.... Se trataba de dos damas francesas de mi conocimiento... intimo.... sobre las costumbres de las cuales se per-

mitieron palabras ligeras... calumniosas, para decirlo de una vez. Pedí satisfaccion me fué concedida... Oh! en cuanto á eso el Frances es valiente, les hago esa justicia....

—Que agradable es eso para los Franceses, dijo Amalia.

—Oh! presiguió Tower, aquellos dos duelos hicieron ruido en París... Era en mil ochocientos veinte y... y... antes de 1830... Ved ahí mi opinion sobre los franceses. En cuanto á las francesas ya es otra cosa... La francesa es viva, ingeniosa, sensible, encantadora... al verla es menester caer á sus pies... Además, es necesario hacer el elogio de las francesas? no tengo á la vista en este momento el mas perfecto.....

—Basta, M. Tower—interrumpió la condesa—trataba de saber si podia contar con vos.

—Sí, sí señora,—dijo Tower con una emocion sanguínea que coloreó su rostro de púrpura y agitó su respiracion—sí,

contad conmigo. . cuando el deber sagrado.....

—Vamos! dijo Amalia, ya vuelve el deber sagrado!... Octavia aprocsimate... ven á ver, allá abajo, en la calle, pasa alguna cosa estraordinaria, segun creo...

Octavia fué á colocarse al lado de Amalia en el balcon.

Tower se paseaba con paso triunfante, y su rostro traducia el monólogo interior que no llegaba á los lãbios.—Ved ahí las mugeres! que mal representado está ese despecho de Amalia! ahora llama á Octavia á la ventana! que torpe astucia! Por lo demás estoy muy contento de mí, la condesa ha tomado muy bien la cosa: es verdad que ella se me ha adelantado; y yo he respondido con una declaracion. Ah! cuando las mugeres quieren librarse un poco de mí, buscan con quien hablar! Amalia no sabe el servicio que acaba de hacer á la condesa. Octavia estaba conmovida hasta el último punto! Amalia la ha sacado del embarazo llamándola,

Además el día es largo, nos volveremos á ver. Esto marcha! Esto marcha!

—Caballero—dijo Octavia dejando el balcon—la calle està llena de ruido; vuestros soldados indianos gritan: *Hourra por el coronel Douglas!*... Lo ois monsieur Tower?... Y bien! permaneceis ahí plantado como un Término, mirandome con ojos desvanecidos! Id pues á informaros... Si Amalia y yo no estubiésemos en *negligé* de desolacion estaríamos ya en la calle.

—Obedezco señora,—dijo Tower con una mirada viva como un fuego que se apaga y salió.

—Ved ahí un tutor inglés, dijo Octavia, á quien hemos elevado poco á poco á la dignidad de doméstico. Si el ministro quiere darme tres tutores como M. Tower, despido mis criados y llego al fin á ser ama absoluta de mis sirvientes.

A cada momento se hacian mas animados los grupos de soldados indianos en la calle. Se podia adivinar en su ruidosa

alegría que habia llegado una buena noticia al acantonamiento de Roudjah.

Las dos jóvenes aguardaban la vuelta de M. Tower con una viva impaciencia. Este se habia mezclado á los grupos, y buscaba un rostro europeo, desdeñando hablar á los naturales del pais.

En cuanto Octavia y Amelia vieron á M. Tower hacer una señal de gracias á un plantador que estaba á su lado, bajaron hasta la mitad de la escalera, para saber mas pronto la gran noticia que agitaba la ciudad. M. Tower se habia detenido con el dueño de la posada, y ambas mugeres oyeron distintamente estas palabras:

—Si, monsieur Tower, la noticia es positiva; el cartero acaba de llegar á caballo de Nerbudda; ha hecho la travesía en una hora. Tengo orden, de preparar para mañana una comida de trescientos cubiertos para los cipayos. Pondré las mesas en el paseo de las *Bellas-Indianas*. Es un buen negocio para mí. El coronel Douglas hace las cosas generosamente.

—Quereis subir, M. Tower? gritaron á una vez las dos jóvenes desde la escalera.

—Ya voy señoras, respondió Tower; y añadió subiendo: —Dios mio, siempre es menester un poco de tiempo para recoger algunos informes.

Octavia y Amalia acompañaron á M. Tower á la sala, y sus ojos brillantes interrogaban mucho mejor que una pregunta.

—Ved aquí, ved aquí, dijo Tower, ya es una cosa pública; la noticia es oficial. El cartero trae un manojo de cartas de invitación. El casamiento del coronel está resuelto. Mañana habra baile en Nerbudda. Así señorita Amalia, podemos ya llamaros mistress Douglas Stafford.

Amalia se dejó caer sobre una silla, levantando las manos y ecsalando un profundo suspiro.

—Eh! Dios mio! prosiguió Tower, era necesario esperar este desenlace. Yo conozco los hombres. El coronel retrocedia

para saltar mejor. Conozco á los militares pues yo mismo he estado á punto de ser militar. Guardan el secreto en toda clase de asuntos; luego una hermosa mañana anuncian su casamiento á son de tambor... Por lo demás señorita, yo no veo bien lo que puede afligiros tanto en este matrimonio: Douglas es un hermoso caballero, á fé mia; está bien quisto en la corte, será general dentro de cinco años. Seguramente conozco mas de una muger.....

—Basta, basta, M. Tower—dijo Amalia con tono triste y haciendo con la mano la señal que impone silencio—basta. Vos, no sois ya mi tutor, y os agradezco vuestros avisos y vuestras reflexiones.

—Como queráis, dijo Tower.

—Y bien! Octavia—prosiguió Amalia, sonriendo con melancolía—mañana habrá baile!... un baile!... Esto es demasiado!... Se me puede arrastrar á un altar de matrimonio; tienen la fuerza en su apoyo; y yo he perdido el amor del conde

Elona, le he retirado mi estimacion, y le tengo horror, como tu Octavia, se lo tienes á sir Edward... Pero no se me arrastrará á los salones de baile. No faltará mas que una muger á ese baile de bodas, una sola... la desposada! el me ha dejado en mi baile de Smyrna y yo lo dejaré en el suyo de Nerbudda. Quedaremos pagados.

—Amalia—dijo Octavia—yo te he hecho mucho mal, pues bien! quiero repararlo... M. Tower, tened la bondad de bajar para tomar noticias ciertas de la partida de los convoyes de tierra y de los buques... quiero partir mañana....

—Señora, dijo Tower, desde ayer sabiais que habia un baile y que seriais invitada... Mi palabra de honor, que debíais esperar esto. Yo os habia traído ya la noticia de la habitacion del coronel.....

—Teneis razon, M. Tower, dijo Octavia, pero se cree siempre que la cosa temida llegará tarde... No estoy pronta pa-

ra mañada... Id á cumplir mi comision, monsieur Tower, aqui os esperamos.

Tower se inclinó y salió.

—Mi querida Amalia, prosiguió Octavie, partiremos juntas, y tu no te casaràs. Yo me encargo de M. Tower... dejaremos en sus abominables retiros á todos esos hombres infames que han venido á buscar entre los monstruos de Bengala una sociedad digna de ellos.

—Si, si exclamó Amalia, partiremos juntas. Todo lo que hemos amado locamente es indigno de nosotras y jamas me casaré con el que no amo.

La puerta se abrió, y la mitad de M. Tower apareció timidamente y dijo alargando dos cartas: Ved aquí vuestro cartero, señoras; el dueño de la posada las ha recibido en este momento. Mientras las leéis, voy á tomar informes.

Amalia tomó la carta que le iba dirigida; examinó la letra y el sello. Estaba sellada con un leon y un unicornio, como un despacho solemne.

—Debo leerla, Octavia? —preguntó temblando.

—En nuestra posicion, angel mio, selee todo.

—Veamos... Es del coronel Douglas, Octavia.

—Probablemente te invita á sus baile... leamos.

«Señorita,

«Dios me estestigo, que si he esperado en mi vida un dia de reparacion, un dia de verdadera ventura, es el que lleva la fecha de esta carta....

—Hipocrita! —dijo Amalia arrugando la carta—estoy tentada de hacerla pedazos y devolversele. No es cierto Octavia?

—Continua Amalia; aprenderemos á conocer los hombres, este es un estudio.

«Desde hace dos años, amo á una joven Anglo—indiana, miss Arinda, la hija del nabab Sourah—Berdar....

—Ah! esto es una insolencia que sofo-

ca! exclamó Amalia. Octavia, verdaderamente son horribles los hombres!

—Si, este hace sus confidencias amorosas á la muger con quien va á casarse.

—Va á decirme que me sacrifica esa concubina antes de casarse conmigo; vas á ver.....

—La sacrifica antes para volverla á tomar despues... continua.....

—Octavia mis ojos se anublan; yo no veo yá... Lee Octavia, acaba esa carta de ultrajes.

Octavia recogió la carta y continuó la lectura.

«Si os hubiese conocido antes que á ella, ninguna muger hubiera podido separarme de vos.—Embustero!—Pero cuando os vi en Smyrna, cuando creí deber someterme provisionalmente á ese contrato que otros habian firmado por nosotros, estaba ya atado por un juramento y una pasión. Esto os explicará muchas cosas

que han sido un misterio hasta el presente. La repugnancia visible que vos habeis manifestado siempre por este matrimonio, me ha animado en la conducta que he observado con vos. Conocia que nos haciamos mutuamente un servicio rompiendo la cadena que otros habian forjado sin consultarnos.»

«Hoy señorita os devuelvo vuestra libertad.....

—Ah! Dios mio! exclamó Amalia; que dice?

—Aguarda, aguarda, dijo Octavia con voz que comenzaba á conmoverse:

«Os devuelvo vuestra libertad. Mi casamiento retardado por circunstancias misteriosas y que sabreis esta noche, esta yá decidido. Me caso con miss Arinda, la mas noble hija de Bengala, como vos sois la mas noble hija de vuestro bello pais.

—Se casa! se casa! exclamó Amalia saltando de alegría y abrazando estrechamente á Octavia.

—Que loca eres!—dijo Octavia que sentia despertarse en ella sus emociones de otras veces—aguarda al fin; no lo hemos leído todo.

—Poco me cuido ya del fin, dijo Amalia. El se casa con su Yrinda, Erinda, ó Arunda. Lo demas me es indiferente.

—Te devuelve eso al conde Elona fiel y puro, como antes?

—No, Octavia, pero me vuelve la libertad.

—Quieres que concluya? dijo Octavia con estraña frialdad.

—Como quieras.

«Espero señorita que mi muger será vuestra amiga, en tanto que habiteis en Bengala, y si no me engaño permaneceréis largo tiempo. Esta tarde iré oficialmente, como gefe de esta provincia, á pedirlos en casamiento á vuestro tutor, que tiene plenos poderes....

—Octavia! exclamó Amalia, que lees? Se casa con su Indiana y viene á pedirme en matrimonio!... ahí se debe haber

omitido alguna frase; de otra manera es imposible.....

—Lee tu misma; lee, toma la carta... tu no omitiras ninguna frase, dijo Octavia con tono seco.

Amalia tomó la carta y continuó.

» Ya habreis adivinado el noble esposo que quiere consagraros su existencia. Esta mañana he recibido sus confidencias despues de una noche espantosa, durante la cual me ha salvado veinte veces la vida. Al presente podemos ser indiscretos. La horda de asesinos ha sido anadada en el valle de Doumar—Leyna. Asi conocereis nuestra victoria decisiva sin haber sabido nuestro peligro que era tambien el vuestro. Sir Edward y el conde Elona se han cubierto de gloria. El primero merece ser vuestro amigo, y el segundo vuestro esposo.»

Amalia dejó caer sus brazos, y miró fijamente á Octavia que parecia la estatua de la estupefaccion, con ojos vivos, cuya

doble llama hubiese sido encendida por un poder sobrenatural.

Después de algunos instantes de silencio, Octavia estendió con abandono su mano hacia Amalia, y le hizo seña de continuar. Esta prosiguió su lectura con la voz alterada por toda especie de emociones.

»Esto os explicará hoy señorita, cosas que ayer os parecerían inexplicables. Así cuando nos hemos visto obligados á despedir con una política brutal á la condesa Octavia, rogándola buscarse un asilo en otra parte, es que acababamos de recibir la noticia de que la habitacion de Nerbudda seria atacada por los mismos terribles enemigos que acabamos de destruir. Me limito á citaros solamente este hecho. Esta noche de viva voz sabreis la historia de estos últimos dias. Que solemne rehabilitacion debeis, una y otra á ese generoso sir Edward, que ha sufrido vuestro odio, vuestra colera, vuestras agobiadoras acusa-

ciones por no descubrir el secreto de nuestras noches. Ya veis que lo sé todo. Cuando sir Edward era maldecido por vos, acababa de intentar esfuerzos heroicos para salvar al conde Elona, prisionero de una banda de asesinos.»

Octavia cesó un grito sordo, se levantó vivamente, juntó sus manos y miró la carta por cima de los hombros de Amalia.

Amalia, sofocada por las lágrimas que su orgullo retenia violentamente cautivas, cedió la carta á la condesa.

La jóven volvió á leer atentamente el último párrafo y dijo con voz ahogada:— La carta termina aquí... no hay más que algunas lineas insignificantes... formulas de etiqueta... Y bien! mi querida Amalia... veamos... ensaya á hablar... como yo hablo... con sangre fria... con calma... Que dices?... angel mio!... esto es agobiador no es cierto?.....

Amalia movia melancólicamente la cabeza á cada palabra de Octavia: pero sus

ojos atestiguaban que una alegría de éxtasis dominaba todas sus demás emociones.

Octavia volvía á leer la carta.

En aquel momento los clarines indianos resonaban bajo los balcones de la posada y los soldados cipayos gritaban: *hourra* por el coronel Douglas!

Ambas jóvenes se precipitaron hácia el balcon y asistieron á un espectáculo que daba á la carta del coronel la mas brillante confirmacion.

Los prisioneros del combate de Doumar-Leyna atravesaban en aquel momento la gran calle de la poblacion, escoltados por los soldados indianos. Vencedores y vencidos, estaban horribles á la vista; la historia de la noche última se hallaba escrita sobre sus carnes desnudas, por uñas de hierro. Sus rostros habian perdido toda línea humana bajo una máscara de polvo y de sangre endurecida al sol, y sus pies dejaban al pasar una huella roja sobre el pavimento.



Despues del desfile, las aclamaciones redoblaron con una verdadera furia india-
na hácia la otra estremidad de la calle, el
pueblo y los soldados saludaban á tres
hermosos caballeros que no se mostraron
mas que un instante, pues los caballos
hendon el aire, pero aquel instante habia
bastado para hacerlos reconocer, aun bajo
la lluvia de flores que caia de todos los
kioscos inmediatos y los velaba como una
nube deslumbradora.

Delante de la posada otra multitud se-
guia á un hombre que fijaba de distancia
en distancia grandes carteles escritos en
dos leguas y concebidos en estos ter-
minos:

» Se previene á la nobleza y al pueblo
» que mañana tendrá lugar una gran fiesta
» en Roudjah, para celebrar la victoria
» que el coronel Douglas Stafford ha al-
» canzado la noche anterior en Doumar-
« Leyna.

» El coronel Douglas sabia que un pe-

»queño ejército de Taugs se reclutaba pa-
 »ra comenzar de nuevo una desgraciada
 »guerra, desde hace largo tiempo termi-
 »nada y que no debe ya alarmar las po-
 »blaciones industriales y agrícolas de Ben-
 »gala.

»Las tropas han sido dirigidas al punto
 »ocupado por los bárbaros, y han anona-
 »dado à los últimos Taugs; los que so-
 »breviven están prisioneros; de este nú-
 »mero es su último gefe, el viejo Sing.»

El coronel Douglas sabia muy bien que le era imposible guardar secretas sus operaciones militares, sobre todo despues de la accion de la última noche, y se apresuraba á publicarlas, para tomar la ruidosa iniciativa de la indiscrecion, bien persuadido ademàs, como todo lo hacia creer; à que el combate de Doumar-Leyna era para siempre decisivo en su acantonamiento y que su efecto moral debia tambien tener consecuencias saludables en los distritos contiguos ó lejanos,

Agitada per la doble fiebre de las emociones y de las veladas, Octavia fijó sus reflexiones sobre un solo pensamiento el que dominó todo en su imaginacion y le hizo olvidar cuanto no era él. Dios mio! habia dicho viendo por todas partes brillar la inocencia de sir Edward,—con que horrible é injusta crueldad he tratado à ese hombre que habia espuesto su vida por salvarme una noche en los bosques!

Octavia semejante á la muger loca, que repite sin cesar la misma frase, no encontraba sobre sus labios otras palabras para espresar otras ideas: repetia aquella exclamacion por todos los tonos, entre las lágrimas y las sonrisas, dirigiéndola algunas veces en forma de interrogacion, á su jóven amiga Amalia, que absorta en un egoismo de exaltacion bien natural, no respondia sino interrogando á su vez.

La entrada de M. Tower produjo forzosamente un poco de simetria aparente en aquel interior doméstico.

—Señoras—dijo el tutor en tutela, tomando una postura de buen mozo admirado—mis queridas señoras, el posadero me ha dado las señas de M. Francis Green comisionado de fletamentos. En sus registros se encuentran los nombres de todos los buques que estan actualmente á la carga en ambas costas. He examinado con atencion ese registro que por cierto vá muy bien llevado. Los buques están clasificados por séries, y se ven dibujados á la aguada en una hoja en folio, con los detalles de su cabida, sus proviciones, muebles etc. Es un lindo, curioso, y útil trabajo.....

—Que hombre tan apropósito!... dijo Octvia tomando una postura de melancólica resignacion.

—Incomodo, señora? preguntó Tower con aire de idiota.

—Continuad, continuad, monsieur Tower,—dijo Octavia cruzando los brazos.

—Ved pues lo que he descubierto fe-

lizmente, pues es menester advertiros que estaba á punto de dejarlo pasar desapercibido, porque estaba en la última hoja, despues de muchas páginas blancas, lo que podia inducirme á error: dentro de seis dias, el *Indus* capitan Godfroy, se hara á la vela de Bombay para Marsella, que es un puerto de Francia, como sabeis.—Mañana hay un convoy de Roudjah á Bombay; así se puede cómodamente aprovechar del convoy y del buque. No podeis figuraros, mis queridas señoras,—añadió Tower enjugando el sudor de su frente—todo el trabajo que me ha costado descubrir estas cosas. Este calor agobia: todo el mundo está durmiendo; es menester llamar á veinte puertas para encontrar un comisionado; he sudado sangre antes de dar con M. Francis Green; se ha puesto oficiosamente á mi disposicion. A primera vista parece un buen muchacho, pero luego se advierte que es muy vulgar. He hablado algun tiempo con su mujer Mma.

—Green, una criollita viva y que me ha parecido algo desenvuelta. A la primera palabra ha coqueteado conmigo; pero yo conozco á las mugeres y me he mostrado con una frialdad glacial y política, lo que ha desconcertado un poco á mi pequeño diablillo. Para concluir, mis queridas señoras, se puede partir. El convoy está pronto, el buque aguarda. Se me ha aconsejado no aventurar á una jóven en tales y tales buques que son inhabitables para la desencia de vuestro secso. El *Indus* está perfectamente equipado. Se está en él como en su propia casa. M. Francis Green me ha dicho, tomad el *Indus*, y quedareis contento; tomaremos pues el *Indus*.

—Habeis concluido vuestro discurso? — dijo Amalia agitando con indiferencia su abanico sobre su seno.

—Sí, señorita.

—Pues bien! M. Tower, no tomaremos el *Indus*!

—Bah!

—Ya no partimos.

—No partís?

—Nos quedamos, monsieur Tower.

—La señora condesa y vos, señorita?

—Yo me quedo; está decidido. Octavia va á responderos.

—Yo responderé esta noche,—dijo Octavia abismada en sus reflexiones—

—Y que dirá M. Francis Green? preguntó Tower con aire estúpido.

—Dirá lo que quiera,—respondió Amalia,—todo me es igual!

—Escusadme, señorita,—dijo Tower, con tono penetrado—os habré tal vez incomodado hablándoos de Mma. Green?

—M. Tower, yo me cuido muy poco de vuestras galanterías con Mma. Green y otras criollas del pais indiano.

—Verdaderamente señorita, jamás me consolaria si.....

—Pues bien! consolaos,—dijo Amalia, con voz llena de encanto que hizo estre-

mecer de gozo á M. Tower;—sí he tenido un instante de mal humor cuando habeis hablado de Mma. Green; pero veo vuestro arrepentimiento y os perdono.

Tower tomó la mano de la joven señorita y la besó con ternura, despues incorporándose con el orgullo de un conquistador dichoso:

—Señorita, dijo, no concibo la falta que he cometido, yo que conozco las mugeres!

—Ah! eso es verdad, monsieur Tower, vos conocéis las mugeres como las conocía la serpiente del Paraíso terrenal dijo Octavia volviendo á su tono sereno.

—Pero me alabo.....

—No os alabeis mas, M. Tower, dije Octavia; dejaos alabar por los otros.

M. Tower tomó un aire modesto y sacudió ligeramente con la punta de sus dedos algunas partículas de polvo, que no ecsistian, sobre la manga izquierda de su frac negro.

—Lo que me agrada en M. Tower, dijo Amalia coqueteando delante de él,— es que es bueno y complaciente.

—Señorita, un verdadarocaballero debe ser el esclavo de las lindas damas.

—Es verdad M. Tower, que teneis toda clase de poder sobre mí, por orden del ministerio? dijo Amalia.

—Pero entendámonos, entendámonos, contestó Tower conteniendo trabajosamente una risotada—toda clase de poder! la palabra es fuerte, tengo un poder de tutor.....

—En fin, dijo Amalia pasando la punta de su abanico bajo la barba de Tower—si yo quisiese casarme, me dariais vuestro consentimiento? Teneis poderes para darlo?

—Lindo! lindo! —dijo Tower riendo— que amable carácter! Hace poco os he dejado sumida en la melancolía, y os encuentro en la mas adorable alegría, señorita Amalia.

—M. Tower, en vuestra ausencia, he reflexionado... Pero no habeis respondido á mi pregunta.

—Que ha pasado en mi ausencia? preguntó Tower con tono algun tanto maligno; apuesto á que se ha hablado mucho de mí.

—No hemos hablado mas que de eso, monsieur Tower.

—Oh! yo conozco á las mugeres?

—Ya se sabe que conoceis las mugeres, dijo Octavia; pero responded á la pregunta de Amalia.

—La pregunta de la señorita, dijo Tower, es muy embarazosa... Si, tengo mis plenos poderes de tutor, de la Cancilleria... Pero yo no sé hasta que punto un tutor... por que ya veis, un tutor puede incurrir en el reproche de haber abusado de su posicion para seducir el corazon de su pupila, y el caso es grave y se tiene una reponsabilidad. Seguramente, á todo evento, estamos aqui en Bengala fuera del derecho comun. Se puede de un salto pa-

sar á territorio holandés, en una isla de la Sonda, y entonces, los tutores y las pupilas no dan cuenta de sus acciones mas que á Dios. — Nueva risotado de Tower — Para todo hay expedientes; con la destreza y un bûque se puede siempre arreglarlo todo... Y luego, donde está el mal? que perjuicio resulta para el prójimo? Una pupila tiene una debilidad con su tutor... Una suposicion... Los tutores son hombres como los otros, no es cierto? Se casan por libre consentimiento mutuo. Nadie tiene nada que decir de esto.

—Es incontestable! dijo Octavia.

—Está perfectamente razonado, añadió Amalia.

M. Tower tomó un aire solemne para ponerse á la altura de aquella gran situacion.

—De modo, prosiguió Amalia, que está convenido que podriamos casarnos vos y yo, monsieur Tower, si esto nos agradase?

M. Tower alargó sus manos, estendiendo los brazos, y bajando la cabeza.

—Con mucha mas razon, continuó la jóven señõrita, podriais dar vuestro consentimiento á otro hombre que me pidiese en matrimonio y que yo aceptase por esposo?

—Con mas razon, dijo Tower: demasiado seguro de su triunfo para mirar la pregunta de Amalia como un lazo.

—Pues bien! dijo Amalia, ved ahí una carta del coronel Douglas, que os ruego leais con atencion.

Tower leyó la carta y cuando llego al parrafo esencial se incorporó con orgullo y lanzó una severa mirada á su pupila.

—Habeis comprendido, monsieur Tower? dijo Amalia con tono ligero,

—Como! dijo Tower, ese Elonilla os pide en matrimonio? Que insolencia!

—Tambien he dicho yo lo mismo, monsieur Tower. Pero despues de haber reflexionado, he accedido á su proposicion.

—Pero si es un niño! un verdadero niño! señorita.

—Si, tiene la desgracia de tener veinte y cinco años. Ese es un gran defecto; pero cuando una señorita es muy difícil de contentar no se casa jamas.

—Caigo de sorpresa, señorita!

—Levantaos, monsieur Tower, —dijo Octavia, y decid á Amalia como yo, casaos con el conde Elona Brodzinski, esa es la voluntad de Dios,

—Ya estan ahí, dijo Amalia palmo-teando.

Las aclamaciones de los soldados indios y el galope de los caballos resonaron subitamente bajo las ventanas de la posada, M. Tower con la vista fija en el suelo, habia cruzado sus manos y las hacia bajar de la barba al pecho en señal de disgusto. La puerta se abrió y el coronel, Edward y Elona entraron en la sala despues de haber sido anunciados.

Octavia se dejó dominar por una idea generosa que parecia apartarse un poco de la etiqueta, y adelantandose hacia Edward, le alargó una mano, con una espresion de

mirada quede día el olvido de las escenas precedentes, Edward pareció no comprender; fingia aceptar aquella demostracion como un cumplido amigable de gran señora para con el que venia á visitarla, y empenó ligeramente la conversacion como si aquella hora no hubiese sido precedida de ningun incidente desagradable.

—Hemos obedecido á nuestro coronel,—dijo,—el conde Elona y yo, queriamos dejar la visita para mañana. El coronel Douglas ha hablado como gefe; ha sido necesario seguirlo. Venimos á invitar nuestras parejas para el baile.

—Nosotras aceptamos nuestros caballeros,—dijo Octavia con su sonrisa de los buenos momentos—con condicion de que nos contarán la historia completa de estos últimos días...

—Que han sido noches,—dijo Edward ocupando la silla que le presentaba Amalia.

—Señoras,—dijo Douglas, que acaba-

ba de colocar las manos del joven conde en las de Amalia—escusareis á los soldados un dia de victoria. No tenemos hoy mas que algunos instantes que poder consagraros, hay muchas cosas que arreglar antes de la noche, muchos despachos que escribir, muchos soldados que recompensar. Sin embargo os haré un compendio, mientras llega la historia pedida. Nuestros dos amigos no harian bien la relacion; se olvidarian á si mismos por distraccion. Yo, seré corto y no olvidare á nadie, menos á mis amigos.

Entonces Douglas contó á ambas damas lo que ellas ignoraban y lo que nosotros sabíamos ya.

—M. Tower —dijo Douglas concluyendo—me alegro haberos encontrado aqui, la señorita Amalia os habrá sin duda comunicado mi carta; y vos tambien sin duda habreis accedido á lo que se os pide por política, por deferencia: comprendéis, M. Tower?

—Oh! M. Tower conoce sus deberes

tanto como sus verdaderos intereses— dijo Octavia, *levantandose, con una sonrisa* provocadora de coquetería deliciosa, *y estrechando la mano del tutor—yo respondo de él, firmará el contrato, el primero.*

M. Tower, subyugado por la gracia de la joven condesa y por el brillo velado de dos ojos divinos que parecían en éstasis delante de él, dijo con una emoción cómica:

—No bago, ni puedo hacer ninguna oposición al casamiento de mi pupila; firmaré el contrato con las dos manos.

—Con una basta, dijo Octavia; yo guardaré la otra para mí.

Tower se incorporó mas hermoso que nunca.

—Hasta mañana, pues, en el baile, mis bellas señoras dijo Douglas levantándose, escusadnos todavía una vez, en gracia á las circunstancias. Mañana lo concluiremos todo, no es cierto condesa Octavia?

—Todo, dijo Octavia, y aun mas.

Y estendió la mano á sir Edward.

—A propósito —añadió—dadme noticias de mi guia Nizam, sir Edward.

—Señora, Nizam agradecerá mucho vuestro recuerdo. Vuestra graciosa palabra nos lo devolverá mañana perfectamente curado.

—Està malo Nizam, sir Edward?

—Esta mañana señora, una bala á rosado su frente, en el valle de los Taug; pero Nizam tiene la frente de metal, la bala es la que ha sido herida, así que esto no le estorbará para trabajar en su taller en una magnífica obra que os destina como regalo.

—A mí sir Edward, me destina Nizam un regalo?

—Sí señora,—dijo Edward sonriendo con amor—Nizam os destina un lindo tapiz de tocador con esta divisa, tomada del oráculo de la sibila homèrica de Smyrna: *Recuerdo de una accion grande ó vulgar,*

pero inventada para agradarme y llevada á cabo por mí.

—Ah! conozco esa divisa, sir Edward—dijo Octavia con una emocion mal disimulada por una ligera sonrisa—pero eso no explica el regalo.

—El regalo es muy sencillo; es una linda piel de tigre, con garras doradas, y una esmeralda del grueso de una bala en la frente. Aceptais el regalo—añadió Edward con voz llena de ternura—lo aceptais? es una galanteria del pais.

—Sí, sir Edward; lo acepto.

—Y mi estrella?

—Sir Edward, vuestra estrella se habrá equivocado.

Se cambiaron aun entre todos algunas palabras insignificantes y Douglas y sus dos amigos se despidieron de las dos damas, despues de haber repetido veinte veces per todos los tonos: hasta mañana!

M. Tower en el colmo de la dicha, re-dondeó torpemente su brazo derecho y lo

ofreció, inclinando la cabeza, á la jóven y bella Octavia, para conducirla á su habitacion.



XX.

Un baile de bodas en Bengala.

Yo he leído y he oído contar muchas fábulas monstruosas, pero esta historia sobrepuja á toda ficción.

(CAPITAN TAYLOR *Confessions of a Thug.*)

Estas dos palabras: *hasta mañana!* cambiadas entre los héroes de esta historia, en la posada de Roujad, tenían una extensa significacion comprendida de todos. Ellas querian decir que la *vispera* era demasiado corta y ocupada, para terminar

tantos asuntos importantes, y que era necesario aplazar para el día siguiente, el desenlace previsto. Habia allí tres matrimonios inevitables, que nada podia contrariar en adelante habiendo desaparecido todos los obstáculos. Asi que esta historia pasandose ó contándose en el cuadro de nuestras ciudades de Europa, hubiera concluido con estas palabras: *hasta mañana!* El narrador se limitaria, por ampliacion, en forma de episodio, en anotar un triple himeneo, en las oficinas de estado civil de los novelistas, haciendo observar al lector que la ley imprescriptible del cruzamiento de las razas debe triunfar de todos los impedimentos suscitados por los hombres y las cosas. Pero estamos en Bengala; y lo que seria mirado como concluido en París ó en Lóndres, puede todavia, recibir alguna contrariedad en la salvaje provincia del Nizam. En el centro de la India, una noche sola ha visto nacer y morir muchos acontecimientos, y frecuentemente la vispera no cumple la pro-

mesa que ha hecho al día siguiente.

En el vasto patio interior de la habitación de Nerbudda, una orquesta asiática ejecutaba los aires de danza que la Inglaterra ha inventado para sus bailes, eran dos horas antes de la puesta del sol. Ni una familia vecina de dos leguas á la redonda, habia faltado al convite para la fiestas. Eran aquel baile de casamiento de Arinda y la reciente victoria del coronel Douglas, acontecimientos demasiado raros en el país, para descuidar celebrarlos con toda la pompa y toda la alegría posibles. Se bailará pues hasta la noche, y despues del festin del nabab, se danzará hasta el día. Tal es el programa redactado por Arinda, y adoptado con entusiasmo por todos los matices de rostros invitados sin distincion; prueba incontestable de que la danza es la única alegría de la doliente humanidad, cualquiera que sea su epidermis ó su language, y que el mejor de los reyes blancos, negros, amarillos, rojos ó cobrizos, seria aquel cuya carta procla-

mase la eternidad del baile en sus estados.

Sir Edward de pie á la puerta de la habitacion, miraba con inquietud, dos cosas, el camino de Roudjah, y la selva. De tiempo en tiempo el coronel Douglas venia á reunirsele, y su rostro alegre delante de Arinda, se volvía repentinamente triste y parecia pedir una explicacion.

—Siempre nada! decia Edward.—Nadié!... Yo no comprendo la conducta de mi valiente Nizam... deberia estar aqui... los Taugs no lo ocupan ya... No es cierto Douglas?,

—Oh! los Taugs nos dejaran respirar largo tiempo segun creo, decia Douglas, han recibido la mas dura y la mas completa de las lecciones; y han perdido su viejo Sing. Mi acantonamiento está libre...

—Que hareis de ese viejo Sing, Douglas?

—Es un pobre diablo digno de piedad; le he hecho encerrar en el patio inte-

rior de la habitacion, junto á los establos, Arinda me habia dicho: *Por regalo de bodas, traedme al viejo Sing en una jaula.* El acontecimiento nos ha servido á medida del deseo.

—El acontecimiento nos sirve siempre, ó casi siempre, querido Douglas, cuando se tiene el valor de olvidarlo todo y fiarse en él; yo os lo decia ultimamente: en las crisis imperiosas, es menester en primer lugar hacer lo inevitable, siu cuidarse del resto, y el resto llega frecuentemente segun nuestros deseos. Ved ese baile. Hemos dejado á miss Arinda disponer esa fiesta, en un momento en que nada hacia presentir la posibilidad de un desenlace feliz; pues bien! la providencia que sedisfraza de Azar, para no hablarnos, ha tenido piedad de nosotros, y nos ha traído ese baile á la hora fijada. Miss Arinda y sus convidados ignoran sobre cuantos escollos ha estado á punto de estrellarse su casamiento y su fiesta, antes de este dia! otros tantos pesares que

le hemos ahorrado!... A mí me restan sin embargo algunos... Ese Nizam! ese Nizam! que no viene... Si fuese otro hombre, se podría con poca diferencia adivinar el sitio donde se hallaba; pero Nizam!.... tal vez está en Madras ó en Bombay!.. O bien habrá ido á ofrecer sus servicios al capitán Taylor; para comenzar en otros cantones con otros Taugs, la guerra terminada aquí, con gran pesar suyo... Que diablo! de Nizam

—Os es muy necesario, en este momento, mi querido Edward?

—Si me es necesario! bella pregunta! jamás me lo ha sido tanto!... Mi querido Douglas, ois esa encerrada indo-chinesca que la orquesta de nuestro baile ejecuta con los *bins*, los *lòs*, los *sitars*, los *jereks*, para hacer saltar torpemente, en dos filas, á nuestros convidados de ambos sexos? Eso seria admirable en la sala de *King's William street*, ó en el Panteon de Madras, ó en *Surrey-Garden*, ó en *Waux-hall*; pero aquí corro el peligro de perder

por segunda vez á la condesa Octavia si llega á Nerdudda en medio de ese alboroto de infierno chino. La condesa Octavia puede llegar de un momento á otro: ella habrá querido dejar pasar las horas mas ardientes del dia.....

—Eso está muy bien, mi querido Edward, pero no comprendo que haria Nizam para dar otro caracter á nuestro baile.

—Nizam ejecutaria en el piano todas las contradanzas que miss Arinda ha recibido de París. Figuraos la alegría de Octavia si la recibiésemos con un aire de *Fra-Diavolo!*

—Teneis razon Edward,.. Pero se puede reemplazar á Nizam.... Voy á rogar á miss Arinda....

—No rogueis Douglas, es inutil. Miss Arinda baila, y no quiere hacer bailar. Ademas miss Arinda debe recibir á la condesa cuando llegue. Así está convenido.

—Es posible sir Edward, que Nizam esté de visita con los soldados que he de-

jado en el bosque, por lujó de precaucion, hasta mañana.

—No Douglas. Esa clase de visitas no estan en las costumbres de Nizam. Es orgulloso, y no se espondria á ser tratado de igual á igual por un soldado indiano... Esta ausencia me contraria y me inquieta. Douglas, cuando cierre la noche, asegura. remos segun costumbre las puertas y las ventanas; nos formaremos barricadas. El patio interior en que bailaremos, es grande, fresco, ventilado, y allí no temeremos ningun ataque nocturno....

—Estais soñando, Edward? dijo Douglas riendo; os viene la prudencia despues del peligro. Anonadados nuestros Taug, su viejo Sing prisionero; trescientos hombres emboscados en la selva....

—Si, si Douglas, eso tranquiliza, convengo en ello... Es menóster pensar en proteger las mugeres... Yo no me inquieto ni por vos ni por mí...

—Ya lo sé Edward! el amor os hace cobarde.

—Decis bien, Douglas. En pensando que Octavia debe pasar la noche en Nerbudda, me vuelvo cobarde, ó prudente, lo que es con frecuencia una misma cosa.

Se llega siempre en el momento y al sitio en que no es uno esperado, así como lo ha demostrado Edward en su teoría de la espera desenvuelta á Elona. El coronel Douglas y sir Edward, habían ya agotado todas las congeturas, cuando fueron llamados á la sala de baile por miss Arinda que se quejaba de la ausencia demasiado larga de sus amigos. La eterna contradanza inglesa gavalnizada por la orquesta china, se desarrollaba en dos líneas sin mezcla de secsos y formaba figuras estrañas inventadas en el momento, segun el capricho de las damas y de los caballeros. Se hubiera creído ver en accion un gran juego de agedrez, semejante al que imaginó Don Juan de Austria ante Boy el Siracusano, cuando treinta y dos piezas vivientes pintadas y adornadas al efecto, se cruzaban con cortorsiones fantasticas, sobre un

inmenso tablero de lozas de marmol blanco y negro.

En aquel momento se presentó la condesa Octavia.

Entró con un paso vivo y ligero, con las mas graciosas ondulaciones de cabeza y de cuerpo, con la mas encantadora de sus sonrisas, como hubiera entrado en el salon de supalacio, y la contradanza se detubo sobre sus treinta y dos pies, para admirar á la radiante estrangera; y la orquesta se calló para escuchar aquella melodiosa voz que cantaba al hablar.

Douglas y Edward se lanzaron del fondo de la sala para recibirla; ella soltó listamente el brazo del conde Elona, y estrechando afectuosamente las manos de ambos amigos:

—Coronel Douglas—dijo con una vivacidad deliciosa,—no dejeis parar la danza. Vuestra sala de baile está hermosa toda tadizada de verdura y de flores; con fuentes por todas partes; con una orquesta fabulosa. Y bien! sir Edward. no bailais?

—Señora, os esperaba.

—Oh! sois muy exigente! bajamos del palanquin, hemos dejado á Amalia en la terrasa afligida con el brazo de M. Tower. Esa es su última desgracia. Amalia se ha quedado admirando el paisaje de Nerbudda. Yo lo conocia y he podido dispensarme de admirarlo por segunda vez; no es cierto sir Edward? Coronel Douglas presentadme á la jóven dueña de la casa,—apuesto á que la reconozco entre esas veinte bailarinas... Es esa joven señorita que tiene flores de marfil entre sus hermosos cabellos negros, y que nos mira con ojos tan grandes y sin embargo tan bellos,

—Esa es miss Arinda, lo habeis adivinado—dijo el coronel alejándose del grupo con el conde Elona

—Oh! estaba bien seguro de que la condesa Octavia no se engañaria, dijo Edward con una sonrisa llena de gracia y de finura.

—Sir Edward—dijo Octavia dando ligeramente con su abanico en la mano de

Edward, decis eso con alguna intension?

—Si lo dudaseis, señora, no lo preguntariais.

—Ah! pues es singular! pregunto porque dudo.

—Pues señora, en lo que he dicho habia intension. Vos habeis reconocido á miss Arinda; vos la habiais visto yá, una mañana, agarrada á mi brazo.

—Es cierto, Edward... eso dice todavía una vez, que no hablemos mas del asunto. Dejemos el pasado en su nada, y no lo recordemos mas.

—Yo, señora, no tengo memoria mas que para el porvenir.

—No reservais una mirada para el presente, sir Edward?

—El presente no ecsiste.

—Y que hacemos en este momento sir Edward?

—Pasamos.

—Veo sir Edward que vuestra estrella nupcial os inquieta...

—Veo señora que vos no me habeis ofrecido todavía mas que el pasado. Señora eso es muy poca cosa para un hombre que cuenta con el porvenir. Mi estrella toma proporciones de cometa.

—Mostradme vuestra estrella en el horizonte, sir Edward, y le daré un mentis en su cara, ya vereis.

—Aguardad á la noche, señora; mi estrella no está aun levantada; en este momento brilla aun, por su ausencia.

—Sir Edward, no mereceis ser dichoso. Teneis un maligno placer, segun creo, en haceros desgraciado; os servis á vos mismo de mala estrella....

—Lo mismo me habeis dicho en Smyrna, señora; era tambien en un baile y al son de los instrumentos.

—En Smyrna no era sincera.....

—Provadme que lo sois ahora.

—Habeis olvidado, sir Edward, que ayer he aceptado el regalo de Nizam?

—Habeis entrado hoy, aqui, en esta sala señora, con un aire tan alegremente

distraído, que he pensado que lo habiaís olvidado todo.

—Verdaderamente son singulares los hombres! Si, sir Edward, era menester para agradaros, no preguntar por nadie mas que por vos, ni mirar ni hablar mas que á vos al entrar aquí. Sois injusto sir Ed-ward!

—Condesa Octavia, yo os amo.

—Hasta mañana, sir Edward.

—Todavía hasta mañana!

—El presente no ecsiste.

A estas palabras concluía la contradanza. El coronel Douglas conducía á Arinda hacia Octavia, en el momento en que Amalia y M. Tower llegaban también por el otro lado, con el nabab.

Mientras se cambiaban entre nuestros personajes las fórmulas de política europea y de hospitalidad indiana, Edward había vuelto á su puesto de observación en el umbral de la puerta, para esperar á Nizam. Que muger! decía en un monólogo mental que agitaba silenciosamente sus la-

bios, que muger! Si yo no tubiese mas que un solo buen sentido en la cabeza, lo habria ya perdido con ese demonio! Cuantas pruebas crueles he sufrido por el amor de esa condesa!... Qué muger!... quiere hacerse ganar como un paraíso!.. Pues bien! tiene razon.

M. Tower habia llegado á aquel baile de colonos indianos con el traje solemne de los bailes de Londres, y se pavoneaba pomposamente entre los grupos de mugeres criollas, afectando pasar revista á todos los ramos de flores que adornaban las paredes de la basta sala. De este modo, dejaba en toda libertad de mirada, á la admiracion de que era objeto entre el bello sexo indiano. Cuando juzgó que cada muger lo habia suficientemente detallado en todas sus perfecciones europeas, cortó una rama de *yucca—gloriosa*, adornada de sus campanillas, y fué á ofrecerla á la condesa Octavia, con una mezcla de respeto y de familiaridad que debia dejar suponer muchas cosas á

las otras damas de la reunion.

Sin embargo la noche se aprocsimaba; miss Arinda ligera y viva como el ave de Bengala, cruzo sus brazos con los de Amalia y de Octavia, y abrió la marcha para guiar á los convidados á la sala del festin. Los sirvientes de ambos secsos, á quienes no ocupaba el servicio de la mesa, continuaron el baile.

Durante la comida la conversacion giró enteramente sobre la reciente victoria del valle de los Taug. Los colonos interesados en la paz de sus campos, agobiaban á prenguntas al coronel Douglas, que satisfacía cuanto le era posible la curiosidad de sus convidados.

Douglas y Edward cambiaban con frecuencia signos y miradas de inteligencia, comprendidos de ellos solos.

—Despues de la comida, se levantó miss Arinda para proporcionar una sorpresa á la sociedad. Se dirigió á la sala inmediata, y se puso al piano, á los primeros acordes, todos los convidados se

levantaron con gritos de alegría, y formaron círculo en derredor de la joven artista, reina de Nerbudda.

Edward siempre preocupado de la ausencia inexplicable de Nizam, dió sus disposiciones, cual si la victoria de Doumar—Leyna no hubiese anonadado los Taugs de aquel canton.

Aprovechando la distraccion favorable operada por los acordes del piano, cerró las puertas y las ventanas bajas, no dejando á la circulacion del aire exterior mas que los respiraderos estrechos ejecutados bajo las cornisas, á traves de los cuales se veian lucir las estrellas y flotar las cimas de los árboles, y cuando hubo reconocido que la casa estaba suficientemente defendida contra un atrevido golpe de mano, cesó de temblar por su condesa Octavia; porque suponiendo que una centena de Taugs escapados á la mortandad, viniesen á intentar un ataque loco y desesperado contra la forlaleza de Nerbudda, los soldados emboscados en las inmedia-

ciones tendrian todo el tiempo necesario para acudir con su ligereza bien conocida, y destruir aquel resto de enemigos, en la terraza de la habitacion.

El coronel Douglas, lleno de confianza en Edward, lo dejaba obrar y calcular los lances, como le dictase su prudencia; y para no despertar ninguna alarma, permanecia de pie junto al piano de Arinda, y volvia las hojas de la particion.

Una sola mirada que nada podia engañar, un solo oido que nada podia distraer, no se fijaba en la joven artista, no escuchaba las melodías del instrumento. La condesa Octavia no perdía de vista á sir Edward ó al menos, seguía los movimientos de su sombra, en los mármoles del vestíbulo; distinguía el ruido ligero de sus pasos, aventurados con demasiada precaucion misteriosa, y se inquietaba vagamente de aquella conducta estraña é imposible de explicar.

M. Tower al lado del piano, marcaba torpemente el compas, con dos dedos so-

bre el ángulo de acajou, y tomaba aires de éstasis, sacudiendo muellemente la cabeza y dejando caer por intervalos sobre Octavia miradas dulces embriagadas de musica y de amor.

De repente la cabeza de M. Tower quedó inmovil sobre sus hombros y sus grandes ojos se anublaron de estupefaccion.

La condesa Octavia, avanzando con aire de misterio su rostro encantador por cima de las cabezas criollas, miraba à Tower, y su dedo indicador prudentemente oculto por los bucles de sus cabellos, invisible para todos, escepto para el tutor, su dedo se curbaba como una coma, y se enderezaba como una admiracion, signo que quiere decir en todas lenguas: *Ve-ni!!*

Tower estuvo admirable de prudencia y discrecion. Contubo una esplosion de alegría bien natural, bajo una máscara diplomáticamente seria, y su mirada afectando esa finura de espresion que dá la esperiencia de las buenas fortunas res-

pondió: *voy allá*. Se separó del grupo que lo rodeaba, pero con una lentitud de movimientos cuyo ingenioso mecanismo dejaba apreciar á la condesa; tomó en seguida el aspecto de un aficionado que se retira á pesar suyo como sofocado por la admiracion y va á buscar en un rincon de la sala un sitio mas á proposito para su entusiasmo y su recogimiento.

Miss Arinda ecsitada por los aplausos, y enteramente absorta en su triunfo de jóven, agotaba con un ardor verdaderamente indiano las ojas de la particion; y el coronel Douglas que al principio volvia las paginas con una complacencia llena de distraccion é inquietud, seducido tambien por la gracia de su melodiosa desposada, habia olvidado á Nizam, Edward, los Taughs y al universo. y se abandonaba al encanto de aquella noche embriagadora, que daba la luz de sus estrellas y el perfume de sus grandes flores á aquella sala de fiesta alegremente agitada bajo los dedos armoniosos de Arinda.

—Os pido vuestro brazo, mi querido monsieur Tower, para dar dos paseos en esa galería,—dijo Octavia al tutor, cuando se hubo aprocsimado, despues de muchos rodeos, habilmente calculados, segun él.

—Estoy eternamente á vuestra disposicion, señora... Me he visto obligado, como habreis observado, á moderar mi prisa, á causa de... de... Yo estoy acostumbrado á estas cosas... Hay jóvenes aturdidos que á la primera señal de una muger.....

—Está bien, monsieur Tower. Oh! vos no sois un aturdido! Os confieso, monsieur Tower, que me gusta poco el piano cuando no se une con la voz.

—Ved ahí justamente, señora, lo que yo pensaba, cuando vuestra seña.....

—Y además, no os parece monsieur Tower que el calor es sofocante en esta galería?

—Sofocante, señora, sobre todo para

mí que he conservado el traje europeo, el único decente para un baile con señoras; mientras que esos jóvenes faltan á todas las conveniencias, llevando el traje descuidado de plantador colonial. Eso es verdaderamente un horror.

Hablando de esta manera, Octavia habia llevado á Tower al vestibulo, donde sorprendió á Edward en medio de sus preparativos de defensa.

—Y bien! sir Edward —dijo afectando una gran indiferencia en sus palabras— hui de la música y de los músicos! Eso me asombra; yo os creia mas apasionado de las bellas-artistas,

—En ausencia de Douglas, señora, dijo Edward un poco desconcertado, daba algunas órdenes á los criados é iba á entrar en la sala del piano, para escuchar á miss Arinda.

M. Tower habia tomado una postura triunfal y se parecia á un hombre dichoso que pide á los otros perdon de su ventura.

—Sir Edawrd, prosiguió la condesa, ved ahí una puerta cerrada como la porterna de una ciudadela, la noche debe ser encantadora bajo los árboles de la terrasa; quisiera dar por ella algunas vueltas con M. Tower.

—En que pensais, señora?—dijo Edward con finjida sonrisa;—no estamos en vuestro castillo de Meudon; nos hallamos en el centro de Bengala. Hay allá abajo, cerca de los establos, vecinos que no son corderos.

—M. Tower no teme esos vecinos, no es cierto M. Tower?

—Yo, señora, dijo Tower demudado, yo no temo nada cuando tengo al brazo una linda jóven... sin embargo.....

—Sin embargo... vos temeis de todo, dijo Edward.

Tower se incorporó orgullosamente.

—Hubiera querido tambien, continuó Octavia, ver si se habia presentado en el horizonte, la estrella de sir Edward.

—Esta noche, señora, dijo Edward con una seriedad espantosa—los asuntos de este bajo mundo me impiden mirar al cielo.

—Sir Edward—dijo Octavia asombrada—creo adivinar vuestras palabras, pero no comprendo vuestro rostro.

—Lo que dice sir Edward—observó Tower—me parece bastante claro. Tiene muchos asuntos en este mundo, y por eso.....

—M. Tower, dijo Octavia, nada habeis comprendido. Verdaderamente prosiguió la jóven con una voz llena de ternura.—Verdaderamente, sir Edward, alguna cosa extraordinaria pasa en vos. Vuestro rostro no está á la disposicion de vuestra voluntad de hombre: él espresa sentimientos misteriosos que tratais en vano de encerrar en el fondo del corazon, hay en vuestra alma una lucha violenta que se manifiesta á pesar vuestro en vuestras facciones. Vuestra alegría no es mas que una mueca torpemente egecuta-

da; la fiebre hierva en todas vuestras arterias. Sir Edward, no sois el mismo, responded.

—Señora quitad una muger y esta noche de este mundo, y volveré á ser el mismo sir Edward.

—Como dice eso! venid, venid, añadió Octavia con emocion, entrad con nosotros. La música os devolverá vuestro caracter. Yo cantaré. Si, cantaré uno de vuestros aires favoritos; alguna bella cavatina del Cruzado, de Tancredo ó de la ópera nueva de Roberto... Vamos obedeced caballero. Venid.

Edward se dejó conducir por la condesa Octavia, á quien miss Arindacedió su puesto al piano.

Mr. Tower se decia así mismo: la condesa quiere darme celos; es evidente. Yo conozco á las mugeres! Finjamos no reparar en ese juego, mal jugado para una mirada como la mia. Esa muger está pillada; es menester sugetarla bien.

Reinó un gran silencio. Octavia abra-

zó á miss Ariuda, echó con un gracioso movimiento sus cabellos hacia atras, distribuyó sus sonrisas al auditorio y alargando sus bellos brazos desnudos hacia el teclado comenzó el gran aire del cuarto acto de *Roberto el Diablo*, entonces, como hoy todavía, jóven de melodía de gracia y de pasión.

La voz de la jóven vibraba con modulaciones celestes bajo los artesonados de la sala y se escapaba por los respiraderos aereos de las cornisas, y se extendia en los bosques vecinos, haciendo estremecer los soldados indianos entre las espesuras de la emboscada. Aquellos hijos de Bengala, todos artistas naturalmente, escuchaban el canto de la muger y los acordes del instrumento como dos voces de su cielo, y no habiéndose hallado jamás en una fiesta semejante, se adelantaban paso á paso hacia la habitacion, cual si un mágico encanto los hubiese arrancado de su puesto militar, sin escuchar la voz de sus gefes que daban con muelle acento

órdenes que ellos mismos juzgaban inútiles. Además, la victoria del valle de los Taugs, la ausencia de todo peligro, parecían escusar aquella relajación de disciplina; y la voz de la condesa Octavia, más imperiosa que la del deber, los atraía á todos á la terraza, á diez pasos de la habitación. En los intervalos de las estancias, hasta se oían los gritos de alegría del viejo Sing que aplaudía en su prisión aquella melodía que bajaba del firmamento.

Cesó el canto y estallaron los aplausos; Sir Edward radiante de placer, acababa de encontrar una de esas miradas que resplandecen para el porvenir.

De repente se oyó otra voz que parecía responder al canto de Octavia, desde lo alto de los árboles de la terraza, y las cabezas se levantaron espontáneamente hacia los aéreos respiraderos, para recoger aquel otro canto que venía de fuera.

Una voz dulce cantaba esta melodía india, cuyos primeros acordes hicieron

estremecer de alegría á todo el auditorio criollo, y llevaron el terror á los rostros heróicos de Douglas y de Edward.

EL EMIR DE BENGADOR.

»Si tu supieses que te adoro, como la estrella ama al cielo, como la abeja del Mysori ama la flor, en que liba la miel, tu vendrias á la hora en que el Ganges va á adormirse, tu vendrias ó angel mio, á sentarte bajo los rosales de tu Emir.

»Y alli mi dulce reina, bajo la noche serena y despues de un bello dia, las flores reanimadas, las riveras queridas, las noches embalsamadas, todo habla de amor!»

—Oh! esto es magnífico; exclamó Octavia palmoteando, se no hace concurrencia sobre los árboles. La melodía es deliciosa y llena de naturalidad. Creo haber pillado el compás; á la segunda copla acompaño al cantor... Conoceis á

ese nocturno, miss Arinda?

—Me parece, dijo Arinda, que he reconocido la voz de mi templador.

—Acercaos, sir Edward, dijo Octavia, os estais ahí separado, como un músico celoso. Venid á traducirme las palabras, vos que sabeis el indiano.

Edward atravesó la multitud, y al pasar dijo al oído del conde Elona, estrechándole energicamente la mano: Poneos á dos pasos de la puerta y al primer grito, *abrid!* que pronunciará Nizam, obedeced.

—Señora, dijo Edward, colocandose con indiferencia junto al piano, las palabras de las canciones indianas se parecen todas. Es siempre un hombre que dice á una muger tres palabras en veinte y cuatro versos.

—Si las tres palabras son bien elegidas, merecen ser traducidas sir Edward.

—Yo os amo.

—Es la cansion la que habla?

—Y yo la traduzco por mi cuenta, señora.

—Silencio! escuchemos la otra copla.
Voy á acompañarla.

»Si, tu vinieses, ó nomparella, como hacias otras veces para rodar á mi oido todas las perlas de tu voz; yo te daria ó ángel mio, mi hermoso palacio de Bengador con su jardin sobre el Ganges y sus balcones de oro sobre la mar.

»Y allí mi dulce reina bajo la noche serena, despues de un bello dia, las flores reanimadas, las riberas queridas, la noche embalsamada, todo habla de amor!

»Si tu vieses con que maravilla cambia una señal de mi mano á la pobre jóven de la víspera en sultana del dia siguiente, creerias mañana, ó angel mio que el dios azul del firmamento habia vuelto sobre nuestro Ganges, con el nombre de tu amante.

»Y allí mi dulce reina bajo la noche serena, despues de un bello dia, las flores reanimadas, las riberas queridas, las noches perfumadas, todo habla de amor!

Gritos de alegría saludaron al cantor

desconocido que acababa de mezclarse á la fiesta, y tomar su parte en el concierto. De todas partes se gritaba: es menester abrir las puertas al artista indiano.....

—Verdaderamente, sir Edward, dijo la condesa cruzando sus brazos é inclinando la cabeza, os lo digo todavía una vez, esta noche estais desconocido,.. Id á abrir la puerta á ese pobre indio que canta para que le den pan.

—Ya conocemos ese cantor, señora, es nuestro dependiente, cuidamos de él.

Una esplosion de gritos terribles resonó de repente en las salas bajas, cual si un volcan hubiese estallado en los patios interiores de la habitacion. Miss Arinda corrió hácia su padre para cubrirlo con su cuerpo; Amalia, la jóven huérfana del desastre de Missolonghi, no desmintió su noble origen: al punto brilló en su mano un puñal y lanzó miradas, de llama hácia la escalera. La condesa Octavia recordó tambien el honor de su pais, y sin conmoverse continuó el acompañamiento

de la cancion indiana en el piano. Un formidable conjunto de gritos de mugeres, cual se oye en las ciudades tomadas por asalto, resonó en el vestibulo, y todos los sirvientes de ambos seccos invadieron la sala y mostraron rostros trastornados por todas las contracciones de un espanto sin igual. Edward gritó:

—Condesa Octavia, ved ahí mi estrella que se levanta, pero se acostará sobre mí cadaver, vais á verlo!

Y arrebató á Octavia con una irresistible violencia de proteccion, por que Edward no veia mas que à ella en aquel horrible tumulto, y relegandola al estremo de la sala, y haciendole un baluarte de muebles amontonados, se colocó sobre aquella barricada improvisada, provisto de todas armas y pronto á usar de ellas.

—Abrid! Abrid! gritó Nizam con voz de trueno.

Elona, Douglas y algunos sirvientes, colocados en el primer escalon de la es-

calera que conducia del vestíbulo á las salas bajas, habian empeñado un combate terrible con una banda de Taugs que parecia salir del infierno. Las descargas de armas de fuego, resonaban en la casa. El Nabab, con sus amigos criollos se desprendieron de manos de las mugeres, y fueron á mezclarse en la pelea. Los Taugs subian siempre, dejando cadáveres sobre cada escalon, y el pequeño número de defensores iba á sucumbir al ataque de doscientos demonios, cuando Elona oyendo el grito de Nizam, se precipitó hacia la puerta y la abrió. Al punto, el batallon de soldados de Moss inundó el vestibulo, y rodó como un torrente de fuego por la escalera, arrasando todo con una furia de impetuosidad irresistible, en medio de una tempestad de rugidos que dominaba el fracaso de las detonaciones. Taugs y soldados cayeron juntos como una catarata de bronce viviente en los abismos de los patios interiores, donde las iluminaciones de la fiesta reflejaron sobre una

escena inaudita de carniceria y desolacion. Allí se descubrió la estratagema de ataque preparada por diez años de trabajos subterrneos y cuyo objeto aquella noche era arrebatár al viejo sing. Los Taugs, escapados á la mortandad de su valle, habian tentado aquel último golpe. Una brecha horizontal, larga como la abertura de un pozo se mostraba abierta en el angulo de un patio, y nuevos estranguladores, estendiendo los brazos y levantando sus cabezas calvas y horribles, salian aun de aquella caverna, como enormes reptiles atraídos del fondo de la tierra para devorar los restos de un festin. Aquellos no mostraron mas que la mitad de su cuerpo; la tierra que habian cavado les sirvió de tumba, y otros cadáveres acabaron de llenar aquella cima, que pareció por algunos instantes, un respiradero del infierno vomitando sus monstruos desencadenados.

Tal fué la última convulsion de agonia de la horda de estranguladores

indianos en el canton de Nerbudda:

Nizam, el primero que entro en el vestibulo, no habia seguido á los soldados en la pelea sangrienta de la escalera y de los patios, se habia precipitado en la sala del concierto, cerrando y atrancando la puerta y condujo á las mugeres al sitio, en que sir Edward velaba como un batallon, por la salvacion de Octavia. Nizam se habia colocado al lado de su amo, cuyas intenciones habia comprendido al instante.

Al primer grito que salió de los patios inferiores, Edward habia adivinado el nuevo género de ataque de los Taugs. Todas las cosas misteriosas de los últimos dias se esplicaban á este primer grito. Desde hacia diez años, se minaba sordamente bajo la habitacion de Nerbudda, y la entrada de aquella mina se ocultaba sin duda entre los árboles y espesos matorrales del bosque de la fuente donde el conde Elona habia caído prisionero de los Taugs. Edward temia con justa razon, que alguna otra brecha vi-

niese á estallar en el suelo ó en los muros de la sala, y se habia improvisado una ciudadela en el sitio mas seguro, para allí ocultar su tesoro de amor y defenderlo en el momento del peligro con la heroica energia de la desesperacion.

Gritos y lágrimas de alegría acogieron á Douglass, Elona y los otros defensores de la habitacion, á su entrada en la sala. Las escenas de ternura que suceden á la victoria, se adivinan y no se cuentan. Se felicitó á Edward por el valor excepcional y sublime que habia mostrado reusando su parte de accion en el combate de la escalera.

—Sir Edward, le dijo Octavia estrechándole las manos, ayer creia que no podiais inventar ya nada mas en acciones grandes ó vulgares por el amor de una muger; estaba equivocada. Habeis tenido el heroismo de ocultaros durante una batalla y abandonar á vuestros amigos. Una muger comprende estas cosas y no las olvida jamás.

M. Tower entró el último; se había arreglado un desorden de tocado con bastante arte, pero las indiscreciones domésticas manifestaron que el tutor lanzándose con los otros hacia el vestíbulo había ganado él solo lo alto de la casa.

No se esperó que la luz del día viniese á manifestar todos los horrores de la noche á los ojos de las mugeres: antes de la salida del sol toda la reunion de Nerbud-da se puso en camino para la poblacion de Roudjah. La mitad de los soldados de Moss les servia de escolta, la otra mitad acuarteló en la habitacion.

Aqui, los detalles intermediarios de que hemos hablado antes, en nuestra teoria de las transiciones, serian mas ociosos y mas inútiles que nunca. Nos limitaremos á consignar, por desenlace, las últimas palabras que fueron cambiadas entre Edward y Octavia, cuando al amanecer, entraban en el vestíbulo de la posada de Roudjah.

—Sir Edward, dijo Octavia, tenemos

necesidad de reposo, antes de separarnos por algunas horas, debo anunciaros que tengo la mision de invitaros al doble casamiento del conde Elona y del coronel Douglas, que será celebrado aquí pasado mañana, relijiosa y civilmente. Ya veis sir Edward que vuestra estrella no impide que vuestros amigos se casen.

—Es eso todo lo que teneis que decirme? dijo Edward melancólicamente.

—No, sir Edward,—contestó la jóven estrechándole las manos,—queria añadir que debemos volver la política de invitación á esos señores, no es cierto?... Me mirais con aire estrabiado?. Ya he tomado mis noticias antes de la aurora mientras caminaba, hablando con esas señoras criollas... Y me mirais todavia!.. Sabreis que tenemos en Roudjah un misionero romano de la propaganda y un ministro presbiteriano.

—Señora mi cabeza arde,—dijo Edward echando sobre Octavia una mirada que pareció envolverla como una llama,—mi razon se estrabia, esplicaos mas

claro; estoy atolondrado.....

—Tanto mejor! sir Edward, vos me amais! Adios; prometedme soportar la dicha con calma. Vuestra estrella se esconde en el horizonte. Mirad. Mañana invitaréis á vuestros amigos para el casamiento de la condesa Octavia y de sir Edward.

Un acceso de inmensa alegría agitó el pecho de Edward, y suprimió la palabra y la respiracion sobre sus labios. Estrechó y besó las manos de Octavia con una furia de pasion que pareció asombrar á la jóven, y cuando se incorporaba para separarse de ella oyó la mas dulce de las voces decirle: Adios mi querido Edward; hasta mañana.

En aquel momento, M. Tower entraba á su vez, con paso de vencedor; venia de despedir, en la puerta, un grupo de damas criollas que habia acompañado á Roudjah, y á las que habia contado sus hazañas de aquella noche.—Ah! sois vos M. Tower!—dijo Octavia, os esperaba.

Dadme el brazo hasta mi habitacion.

—De la mejor gana, señora, con todo mi corazon... Ob! señora! que noche! Que pensais de esta noche? Ved ahí á lo que se esponen, decian esas jóvenes criollas, los que se establecen en las colonias!....

—Pues bien! M. Tower, yo voy á establecerme aquí; aqui en las inmediaciones, entre las copias naturales de Saint-Germain y de Meudon.

—Sola?

—Sola, Oh! no! M. Tower, me caso... si, me caso.,. adivinais con quien?....

—Eh! señora—dijo Tower con maligna sonrisa—tal vez se podria adivinar.....

—Mañana lo sabreis—dijo Octavia cerrando la puerta en las narices de M. Tower.

— Es conmigo dijo el ex-tutor.

FIN.



